

Nacionalismo español, deporte y medios de comunicación: del gol de Zarra a Barcelona '92

Andrés Pérez Mohorte

Máster Interuniversitario de Historia Contemporánea

Curso 2012/2013

15/11/2013

Universidad de Zaragoza

Tutor: **Gema Martínez de Espronceda**



Facultad de
Filosofía y Letras
Universidad Zaragoza

Índice

1. RESUMEN	3
2. INTRODUCCIÓN	4
3. MARCO TEÓRICO	7
i. El nacionalismo español en la historiografía contemporánea	7
ii. Deporte e identidad	9
iii. Deporte y política en la España del siglo XX	13
iv. El análisis de los discursos patrióticos en torno al deporte	20
v. Conclusiones	26
4. EL FRANQUISMO, EL FÚTBOL Y LOS OTROS DEPORTES	28
i. Introducción	28
i. La victoria frente a Inglaterra de la selección española en 1950	29
i. El gran éxito: la Eurocopa de 1964	33
ii. 1959: el Tour de Federico Martín Bahamontes	41
i. Santana y la Copa Davis: del ostracismo al orgullo de ser español	48
5. BARCELONA'92 Y MIGUEL INDURAIN, LOS ÉXITOS DE LA DEMOCRACIA	63
i. Introducción	63
ii. Barcelona'92: el progreso de España	64
iii. Los cinco Tour de Francia de Indurain: el primer referente	77
6. CONCLUSIONES	83
7. BIBLIOGRAFÍA	85

Resumen

Desde su surgimiento en los albores del siglo XX, el deporte moderno ha estado íntimamente ligado a la política. Este trabajo trata de abordar parcialmente cómo un modelo ideológico y político concreto, el del nacionalismo español, ha utilizado los diferentes éxitos deportivos de los atletas españoles en su beneficio. Concretamente, el estudio se interesa por cómo los medios de comunicación han instrumentalizado el deporte con objetivos nacionalizadores. Desde las primeras victorias de la selección española de fútbol hasta los Juegos Olímpicos de Barcelona. La prensa escrita ha incrustado en su narrativa diaria retóricas patrióticas que han buscado comunicar nación a raíz de los fenómenos deportivos más relevantes del país. El primer Tour de Francia cosechado por un ciclista español, el primer trofeo internacional de fútbol obtenido por la selección nacional, los primeros éxitos de los tenistas españoles en el circuito mundial. Logros deportivos que los medios de comunicación han interpretado en clave nacional. Mediante la creación de estereotipos y modelos de españolidad y la identificación constante de los atletas con la nación española en las crónicas, reportajes y columnas de opinión, los éxitos deportivos han pasado a ser algo más que victorias sobre los terrenos de juego: se han convertido en auténticos hitos de la españolidad, en producto de un proyecto nacional que concierne a todos los ciudadanos del Estado y que busca perpetuar y cohesionar su identidad nacional.

Primero durante el franquismo, reafirmando tópicos sobre el carácter de los españoles a partir de los escasos logros deportivos obtenidos durante la dictadura, y más tarde durante la democracia, asociando al crecimiento casi imparable —a partir de la década de los noventa— del deporte español a la modernidad alcanzada por la nación, su progreso económico y su normalización política en el contexto de los estados europeos, los medios de comunicación han incrustado análisis deportivos en una retórica de claro corte patriótico. Sus discursos han variado en función del posicionamiento ideológico del periódico de turno o del contexto político y social imperante, pero en esencia han tratado de transmitir nación mediante el acto deportivo como telón de fondo. Este análisis que se presenta a continuación trata de conjugar el estudio del nacionalismo español, del deporte y de los medios de comunicación mediante la observación de los discursos tanto durante el franquismo como tras la llegada de la democracia, orientado hacia el fútbol como deporte rey y protagonista absoluto de la vida diaria de los ciudadanos españoles pero también hacia otros deportes de amplio calado social y protagonismo nacional —como el ciclismo, el tenis y el atletismo durante los Juegos Olímpicos—.

Palabras clave: nacionalismo español, deporte y política, medios de comunicación

Introducción

Desde su irrupción en la vida social de los europeos en la recta final del siglo XIX, el deporte se ha convertido en protagonista absoluto del día a día de occidente. No hace falta remontarse al origen de los tiempos para comprobarlo. Una observación superficial de la actualidad informativa del presente permite comprobar cómo el deporte goza de un estado de salud óptimo y de un protagonismo social por encima de cuestiones, en apariencia, menos triviales. Mientras los informativos televisivos realizan grandes despliegues para la cobertura de los eventos deportivos de más entidad y los gobiernos de distinta índole se movilizan en aras de obtener la organización de Juegos Olímpicos o campeonatos del mundo, la sociedad asiste encendida a los partidos de fútbol semanales o a los trofeos internacionales entre selecciones. El deporte, algunas modalidades por encima de las demás, es quizá uno de los principales puntos de socialización y nacionalización sobre los que se articulan las sociedades del siglo XXI. Alrededor de la parafernalia de banderas, símbolos y cánticos se gestan retóricas nacionalistas y discursos patrióticos. Una sociedad que mira hacia el deporte y que se mira en él, y cuyos medios de comunicación reproducen metáforas y discursos paralelos en clave social sobre los valores y los éxitos deportivos.

España ha asistido a una auténtica explosión de su capacidad deportiva durante la última década. Los éxitos profesionales iniciados en los Juegos Olímpicos de Barcelona, en 1992, cimentados durante la década de los noventa y finalmente refrendados en los primeros años del siglo XXI, han mostrado cómo las victorias deportivas han sido capaces de cohesionar a la sociedad española como pocos fenómenos recientes. Fascinado desde un primer momento por los discursos patrióticos de los medios de comunicación tras las grandes gestas de la selección española de fútbol y por las grandes reuniones sociales en todas las ciudades del país para disfrutar y celebrar sus éxitos, este trabajo nace de dos de las grandes pasiones del autor, que al fin y al cabo no son sino intrigas profesionales —como periodista— e intelectuales —como interesado en la Historia y estudiante del Máster de Historia Contemporánea—: por un lado, el papel de los medios de comunicación en la formación de mentalidades colectivas, de comunidades imaginadas, modernas; por otro, la labor del deporte como ejercicio de liturgia local, regional o nacional, en torno al cual se exacerban los sentimientos, se subliman las emociones primarias y se desarrollan discursos de pertenencia a una comunidad concreta. La mezcla de ambas materias, medios de comunicación y deporte, me ha conducido hasta este trabajo: el estudio de los medios de comunicación como reproductores de los discursos del nacionalismo español a través de los éxitos deportivos. Las siguientes páginas que podrán leer a continuación son fruto de una pregunta que ha rondado mi cabeza durante muchos años: ¿por qué?

O más concretamente: ¿por qué el deporte es capaz de generar cohesión identitaria allá donde otros elementos de la esfera pública, como los partidos políticos o el entramado asociativo de la sociedad civil, no lo son? Huelga decir que el origen de esta pregunta es antiguo y que, tras el estudio de las diferentes formas de nacionalismo y del efecto de los medios de comunicación en la sociedad española, se ha matizado y se ha transformado. La matriz de la cuestión, no obstante, ha permanecido inalterable. ¿Por qué? Y más concretamente: ¿cómo? Si este trabajo es el resultado de la primera pregunta, la metodología, su contenido, el modo de encontrar la respuesta, se encuentra en la segunda. ¿De qué modo se han reproducido los discursos del nacionalismo español en los medios de comunicación a raíz de los éxitos deportivos de distintas variantes? El único modo de averiguarlo es acudir a los discursos, y por tanto, a la fuente primaria. A la prensa escrita.

A la hora de responder a las preguntas que guían las líneas básicas de este proyecto, es de obligado cumplimiento el repaso exhaustivo de la bibliografía existente. Las fuentes consultadas para tal efecto se pueden organizar en dos niveles. Por un lado, todas aquellas obras dedicadas al estudio del nacionalismo español. Por otro, aquellas relativas a las relaciones existentes entre el deporte y la política en la historia de España. Cabe incluir aquí la decisión de estudiar únicamente el nacionalismo español en detrimento del resto de nacionalismos que también se dan en España y que han supuesto un punto de conflicto fundamental durante los últimos dos siglos para comprender la historia del país. La decisión de escoger únicamente el nacionalismo español como vehículo de estudio responde a una mera cuestión logística y de espacio: es complicado, por no utilizar un adjetivo más grandilocuente, abarcar en un Trabajo de Fin de Máster como este un estudio tan amplio, que ocupa tantas ramas diferentes. En un principio, sopesé la posibilidad de extender el estudio al nacionalismo vasco y al catalán, e incluso al gallego. Pero la avalancha de bibliografía y de fuentes primarias que tendría que haber acometido me superaba ampliamente. Por lo que, ante la tesitura de elegir entre unos y otros, me decanté por el nacionalismo español. Dos motivos fundamentales me empujaron a esta decisión: se trataba del que mejor conocía en base a la historiografía tratada a lo largo del Máster y me interesaba más que los demás. Quizá porque mis experiencias personales, por situación geográfica y social, estaban más cerca del nacionalismo español que de los periféricos; quizá porque instintivamente siempre me ha interesado más su surgimiento, distintas formas y evolución a lo largo del siglo XX, con la piedra de toque fundamental que supuso la dictadura franquista para su actual formulación; o quizá porque era el que más preponderancia lograría en el discurso mediático de la prensa escrita, no sólo durante el monopolio informativo del franquismo, sino también antes y después, dado que los grandes medios españoles han tenido carácter nacional y que las competiciones deportivas internacionales nunca han contado con la presencia de las nacionalidades subestatales.

Determinada la materia —deporte, nacionalismo español y medios de comunicación— y el ámbito —siglo XXI, principales éxitos deportivos españoles— resta establecer los posibles vacíos historiográficos y bibliográficos al respecto. En lo relativo al ámbito del nacionalismo español las investigaciones son amplias, de hondo calado histórico y con profundos debates historiográficos. El nacionalismo español ha sido uno de los grandes temas de la historiografía nacional tanto a partir de la Guerra Civil como en las décadas posteriores. Las perspectivas al respecto han variado con frecuencia y los debates se mantienen muy vivos a día de hoy: de hecho, a lo largo del trabajo se mencionarán diversos libros o monográficos que en la actualidad están abriendo nuevas vías y perspectivas para el estudio del nacionalismo español, atendiendo a importantes teorías recientes y estudios culturales, y discutiendo ideas y trabajos de hondo calado durante las dos últimas décadas de la historiografía española al respecto. En fin, se trata de un campo muy prolífico y apasionante a partir del cual trataré de desarrollar las cuestiones que conciernen al tema concreto de este trabajo: deporte y medios de comunicación, haciendo hincapié en la prensa escrita.

Sobre este aspecto, hay muchos trabajos que mezclan deporte y política, tanto a nivel universal como español, pero no tantos que establezcan lazos de unión entre los nacionalismos, piedra angular de buena parte de la historia contemporánea de España, y los medios de comunicación, vertebradores de las sociedades modernas. El debate historiográfico en esta materia es más reducido, y si bien se pueden encontrar algunos textos y proyectos relativos a la labor de los medios de comunicación escritos como proyectores de discursos nacionalistas en base a eventos deportivos, se trata aún de un campo donde se pueden llevar a cabo nuevas investigaciones. Este es el objeto, parcial y reducido, dadas las limitaciones de las que parte tanto este trabajo como el autor, de las líneas que seguirán a continuación. Cabe mencionar finalmente, y antes de entrar en materia, las líneas generales metodológicas sobre las que se asienta el proyecto. Como ya he explicado con anterioridad, este trabajo pone su atención sobre los discursos y los mensajes que los medios de comunicación transmitían a sus lectores con motivo de diversos éxitos deportivos, y si esos discursos tenían contenido nacionalizador o no. Por ello, buena parte del trabajo irá destinado a analizar qué se cuenta y cómo se cuenta en los periódicos. Se seleccionarán algunos de los triunfos deportivos más relevantes de las últimas décadas, y se buscará en los periódicos oportunos cuál era el tratamiento y exposición de estos hechos, y si existía una intención expresa de establecer paralelismos entre el valor de las victorias en la pista, la carretera o el terreno de juego y los atributos intrínsecamente positivos de España y los españoles. Si bien el tratamiento mediático de cada uno de los eventos deportivos destacables se analizará por separado, se debe entender el trabajo como un todo.

Marco teórico: bibliografía sobre el deporte, la política, los nacionalismos y los medios de comunicación

El nacionalismo español en la historiografía contemporánea

Antes de entrar propiamente en materia, hay algunos estudios sobre nacionalismo que por su influencia e importancia en la historiografía universal merecen ser mencionados brevemente. Es el caso de Anthony D. Smith, cuya obra se ha adentrado con frecuencia en esta cuestión y que ha aportado algunos conceptos fundamentales: entre ellos, cabe destacar la diferenciación del nacionalismo desde dos puntos de vista. Por un lado el cívico, que encontraría sus orígenes en el proceso de industrialización y de creación de los estados modernos y que surgiría como el acuerdo tácito entre una sociedad para dotarse de una organización común bajo el marco del estado, y por otro el étnico, cuyos orígenes se remontarían mucho más atrás en el tiempo y donde la existencia del estado o de la nación se daría por supuesta a un conjunto determinado de habitantes¹. Otros autores que han publicado obras de obligada lectura sobre el nacionalismo son Benedict Anderson² —y su teoría de las «comunidades imaginadas», construcciones sociales que generan identidad nacional tras la progresiva alfabetización de las masas, el surgimiento del capitalismo y el declive de las monarquías absolutas—, Ernest Gellner³ y Eric Hobsbawm⁴ —ambos representantes de la teoría modernista de los nacionalismos—. Por último, en este pequeño apartado, cabe apuntar la obra y tesis más célebre de Michael Billig: el nacionalismo banal. De las tesis de Billig sobre el nacionalismo cotidiano y los recursos y retóricas nacionalizadores comunes a los ciudadanos, en ocasiones imperceptibles pero que perpetúan la idea de nación, surge directamente el análisis de los medios de comunicación, de su discurso, en torno a los éxitos deportivos más relevantes del país⁵.

En lo relativo al nacionalismo español, sin duda columna vertebral de este trabajo, su estudio ha variado a lo largo de los años, y buena cuenta ha dado de ello Ferran Archilés recientemente⁶. En su repaso historiográfico a las distintas corrientes que han estudiado el

1 SMITH, Anthony D.: *Las teorías del nacionalismo*, Barcelona, Ediciones Península, 1976; SMITH, Anthony D.: *Nacionalismo: teoría, ideología, historia*, Madrid, Alianza, 2004.

2 ANDERSON, Benedict: *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

3 GELLNER, Ernest: *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza, 2008; GELLNER, Ernest: *Cultura, identidad y política: el nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, Barcelona, Gedisa, 1998.

4 HOBBSBWM, Eric: *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1992.

5 BILLIG, Michael: «El nacionalismo banal y la reproducción de la identidad nacional», *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 60, núm. 1, ene.-mar., 1998, pp. 37-57.

6 ARCHILÉS, Ferran: «Melancólico bucle. Narrativas de la nación fracasada e historiografía española contemporánea», en SAZ, Ismael; ARCHILÉS, Ferran (eds.): *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011, pp. 245-330.

fenómeno del nacionalismo a lo largo de la historia, el historiador, de hecho, tiende a resumirlo en una sola tendencia: la del «melancólico bucle». ¿Qué significa esto? Que durante años, los historiadores españoles que se han acercado al nacionalismo español lo han hecho desde un punto de vista pesimista, marcado por las ideas de Ortega y Gasset⁷ y por el regeneracionismo post-desastre de 1898. Un nacionalismo, según ellos, que habría surgido fatalmente de la revolución liberal y burguesa fallida durante el siglo XIX y un nacionalismo que, finalmente, había tendido a ser reaccionario y conservador, como la dictadura franquista daba buena cuenta de ello. Para Archilés, la historiografía sobre el nacionalismo español y sobre la idea de España tendía a perpetuar el discurso de fracaso y metáforas negativas antes que ponerlo en duda. Así, la producción historiográfica hasta años muy recientes no ha sido capaz de romper con dicho bucle. Esta idea implica que, a la hora de adentrarnos en la producción historiográfica sobre el nacionalismo español, y siguiendo al historiador, nos encontraremos primordialmente con obras que destaquen su surgimiento anómalo a raíz de las circunstancias anómalas del siglo XIX español. Todas estas circunstancias confluían en la «débil nacionalización» del pueblo español, o lo que es lo mismo, en la escasa penetración social del nacionalismo español. Esta teoría o tesis, formulada en su momento por Borja de Riquer⁸, sería la predominante durante prácticamente todos los años noventa. En este sentido, puede ser de gran utilidad primero citar aquí al propio De Riquer cuando apunta una definición de nacionalización: «complejo proceso social mediante por el cual diferentes colectivos acaban aceptando, de forma más o menos explícita, una 'nueva conciencia' de pertenencia a una comunidad definida ya como 'nación'». De Riquer desarrolla en páginas posteriores el fracaso del nuevo Estado liberal español surgido en el siglo XIX para realizar una nacionalización, conforme a los parámetros antes mencionados, efectivos. El nacionalismo español no logró desarrollar una empresa nacional común por las propias disfuncionalidades del Estado liberal y de la fallida o incompleta revolución industrial. Como consecuencia, sin despreciar su ascendencia secular y condicionantes culturales, surgieron identidades nacionales propias como la catalana y la vasca que ponían en duda la existencia misma del Estado español.

Sobre este presupuesto se desarrolla la idea de la débil nacionalización española: débil impulso nacionalizador de la burguesía, deficiente administración, fuerte peso de los localismos y del militarismo y, en definitiva, un camino muy diferente al de otros países como Francia o Italia, que sí lograron imbricar a su población del espíritu nacional. En la línea de De Riquer se han situado obras de algunos historiadores contemporáneos, como es el caso de Juan Pablo Fusi⁹ o de

7 ORTEGA Y GASSET, José: *España invertebrada: bosquejo de algunos pensamientos históricos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1999.

8 DE RIQUER, Borja: «La débil nacionalización española del siglo XIX», *Historia Social*, Núm. 20, 1994, pp. 97-144.

9 Véase FUSI, Juan Pablo: «Los nacionalismos y el Estado español: el siglo XX», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. 22, 2000, pp. 21-52; o la propia obra de FUSI: Juan Pablo, *España, la evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de Hoy, 2000.

José Álvarez Junco¹⁰, cuyas obras han tenido un impacto muy amplio. Recientemente las tendencias historiográficas han cambiado. A ello ha ayudado la publicación de trabajos que han renovado los estudios sobre el nacionalismo español. Merece la pena destacar dos publicaciones recientes que aglutinan en sus páginas pequeños trabajos sobre la cuestión. Es el caso de los libros coordinados por Carlos Forcadell y Pilar Salomón¹¹ y por Ismael Saz y el propio Archilés¹². En el caso de los primeros, y sin abandonar la centralidad de la nacionalización como discurso primordial, se aborda la cuestión nacional española desde la perspectiva del siglo XX. En el caso de los segundos, se adoptan perspectivas novedosas, que se imbrican del nacionalismo banal, y que abarcan campos tan distantes como el deporte o los espectáculos televisivos. Los estudios de Alejandro Quiroga en torno a la nacionalización española y la identidad nacional española a lo largo del siglo XX también ahondan en nuevas perspectivas sobre el tema: ya sea aplicando estudios antropológicos o modelos comunicativos al proceso de transmisión de identidades o recogiendo la diversidad de identidades nacionales españolas que llega a darse en el seno de la sociedad a lo largo de la historia¹³. En todo caso, todos estos nuevos trabajos convergen hacia una dirección clara: un mayor peso de la historia social y cultural y, en definitiva, la apertura de nuevos campos de estudio respecto a los ya tratados¹⁴.

Deporte e identidad

Antes de entrar en las ramificaciones identitarias del deporte o en el uso nacionalista por parte de distintos movimientos políticos de las competiciones y los logros deportivos, conviene detenerse en algunos trabajos relativos a la realidad del deporte dentro de la sociedad y del marco del Estado. Uno de los autores que más ha trabajado este campo ha sido Luis María Cazorla Prieto, y una de sus obras más reseñadas y relevantes es *Deporte y Estado*¹⁵, donde el autor repasa algunas de las claves sociológicas, económicas, políticas e históricas para comprender el fenómeno deportivo a partir del siglo XIX y muy especialmente en el siglo XX. La obra de Cazorla Prieto es

10 ÁLVAREZ JUNCO, José: *Máter dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001. También: ÁLVAREZ JUNCO, José: «Los 'amantes de la libertad'. La cultura republicana española a principios del siglo XX», en TOWNSON, Nigel (ed.): *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 265-292.

11 FORCADELL, Carlos; SALOMÓN, Pilar; SAZ, Ismael (eds.): *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, Rústica, 2009.

12 SAZ, Ismael; ARCHILÉS, Ferran (eds.): *La nación de los españoles. Discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea*, Valencia, Publicacions de la Universitat de Valencia, Rústica, 2012.

13 Véase, por ejemplo, tanto QUIROGA, Alejandro: «La nacionalización en España, una propuesta teórica», *Ayer*, núm. 90, 2013, pp. 17-38; como el número entero de la revista dedicado al mismo tema.

14 En este sentido, cabría mencionar aquí PERIS BLANES, Àlvar: «La nación española en la tele-realidad: símbolos, cultura y territorio», pp. 203-245; o GARCÍA CARRIÓN, Marta: «Escribir sobre cine para hablar de España: discursos de nacionalismo español en la cultura cinematográfica de los años veinte y treinta», pp. 169-203, ambos en SAZ, Ismael; ARCHILÉS, Ferran (eds.): *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011. También vale la pena destacar AIZPURU, Mikel: «Sobre la astenia del nacionalismo español a finales del siglo XIX y a principios del XX», *Historia contemporánea*, Núm. 23, 2001, pp. 811-849.

15 CAZORLA, Prieto: *Deporte y Estado*, Pamplona, Thomson Reuters Aranzadi, 2013.

larga y detallada, pero en líneas generales trata de dar una respuesta al hecho sociológico tanto del deporte entendido como espectáculo para las masas como entendido desde un punto de vista de realización personal y fisiológica. En este sentido, para Cazorla Prieto la popularización masiva e internacional de deporte responde en gran medida a los desequilibrios generados en el individuo por la vida y la sociedad moderna. Según él, el progresivo proceso de deshumanización del trabajo y la delegación en máquinas u otros procesos tecnológicos de la labor productiva del ser humano ha supuesto que el individuo moderno no encuentre ya en su trabajo la autorrealización. Desde este punto de vista, la aparición de los grandes espectáculos deportivos, aparejados al mismo tiempo a la nueva sociedad del espectáculo y de masas, se han transformado en la principal herramienta de escapismo social para el individuo. Si éste se encuentra apesadumbrado por su trabajo, si «se siente cansado», como Cazorla Prieto inquiere, si su trabajo es una losa mecánica que le impide alcanzar la autorrealización personal, ¿no sería imprescindible escapar de tan gris existencia? El ser humano de las sociedades occidentales encuentra en el deporte la válvula de escape ideal para ello. La profunda identificación social de la colectividad en torno a determinadas identidades proyectadas por los clubes y los eventos deportivos sería la consecuencia natural de una sociedad en la que, poco a poco, el deporte se ha erigido como protagonista absoluto. Y como consecuencia natural del proceso antes mencionado, afirma Cazorla Prieto.

Pero el deporte no sólo corregiría estos desequilibrios concretos referidos a la autorrealización o la felicidad psicológica, e incluso fisiológica —merece la pena mencionar brevemente el debate que Cazorla Prieto introduce sobre la actividad/pasividad del espectador deportivo, posiblemente mucho más activa físicamente que la de los espectadores de cualquier otro evento cultural—, del ciudadano de la sociedad contemporánea occidental, sino que además le permitiría una suerte de liberación en la naturaleza vedada desde el surgimiento de los grandes centros urbanos. A un nivel personal, el individuo puede recrearse en la naturaleza y escapar de la asfixiante ciudad del siglo XX mediante el ejercicio del deporte, corrigiendo así el desequilibrio ecológico que los hombres y las mujeres modernas afrontan en su vida diaria. Este breve esquema permite esbozar las ideas que Cazorla Prieto introduce sobre el hecho sociológico del deporte: un poderoso foco de atracción para las sociedades modernas, cuya propia estructura deriva en el protagonismo de los espectáculos deportivos y de la práctica deportiva en la vida diaria de las personas. Cazorla Prieto ofrece estas explicaciones no sin caer en cierto moralismo, advirtiendo de los riesgos que la sociedad moderna, a su juicio, incurre al caer en el consumismo o en la deshumanización del trabajo. No cabe sino enfrentarse a las tesis de Cazorla Prieto con espíritu crítico y entendiendo que sus ideas, si bien solventes, parten de presupuestos ideológicos concretos. Pero su estudio es útil porque ofrece un marco narrativo idóneo en el que enmarcar el gran protagonismo social del deporte y, a partir de ahí, explicar las relaciones identitarias desarrolladas

entre aficionados y clubes o selecciones nacionales.

En este sentido, uno de los trabajos que mejor ha abordado la cuestión identitaria del deporte español es el de Ramón Llopis Goig¹⁶. El estudio de Llopis Goig es interesante por varios motivos. El primero es su transversalidad disciplinar: desde la sociología hasta la historia, pasando por la antropología, Llopis Goig realiza un somero repaso tanto a los orígenes como a la evolución del fútbol español, sin dejar de lado debates de plena actualidad en el mundo de la sociología como los efectos de la modernidad, o la postmodernidad, en las identidades locales-nacionales. De hecho, otro de los atractivos del texto de Llopis Goig radica en su capacidad para ofrecer nuevas perspectivas a la hora de afrontar las relaciones entre el fútbol y la identidad nacional o regional. En este sentido, el autor repasa diversos estudios sociológicos que ponen en duda las tradicionales relaciones identitarias entre los clubes de fútbol y sus seguidores. Para Llopis Goig, la llegada de la globalización podría haber puesto en crisis el tradicional modelo de club de fútbol con potente arraigo social en su ciudad o región. Así, las identidades nacionales a través del fútbol, cimentadas durante todo el siglo XX tanto desde la relación socio-club como desde los Estados, estarían atravesando un periodo de importante transformación. ¿Son ahora los clubes de fútbol, muchos de ellos transnacionales y de amplia ramificación mediática, representantes de la identidad, en tanto adscripción a una serie determinada de valores y rasgos definitorios de una comunidad concreta, local de su ciudad o región? El análisis de Llopis Goig tiene una gran ventaja frente a otros aquí citados anteriormente: busca respuestas en el fútbol actual y en su proceso de transformación a partir de los noventa. En este sentido cita la célebre sentencia Bosman¹⁷, mediante la cual se eliminaron las barreras de entrada a la libre circulación de futbolistas del espacio comunitario. La ley Bosman supuso un antes y un después en la estructura de los clubes porque permitió la llegada masiva de extranjeros. Desde este punto de vista, la internacionalización de las plantillas, un efecto derivado de la globalización, podría haber eliminado los rasgos identitarios —futbolistas de ámbito local, representantes fidedignos de la comunidad social en la que se desenvuelve un club de fútbol en concreto— de los diferentes equipos que vertebran las ligas de cada país europeo.

Este es un punto de partida interesante a la hora de analizar el proceso de transformación del fútbol, y por tanto de sus relaciones sociales e identitarias con sus aficionados, desde los noventa hasta nuestros días. Junto a la internacionalización de las plantillas, Llopis Goig introduce otra serie de hechos que podrían estar transformando el tradicional paradigma social de los clubes de fútbol: la universalización definitiva de la Champions League o la transformación de los clubes españoles

16 LLOPIS GOIG, Ramón: «Clubes y selecciones nacionales de fútbol. La dimensión etnoterritorial del fútbol español», *Revista internacional de Sociología (RIS)*, vol. LXIV, 45 (2006), pp. 37-66.

17 La sentencia del caso Bosman se puede consultar en «Union royale belge des sociétés de football association ASBL y otros contra Jean-Marc Bosman y otros». [<http://eur-lex.europa.eu/LexUriServ/LexUriServ.do?uri=CELEX:61993J0415:ES:HTML>, consultado por última vez el 19/09/2013]

en Sociedades Anónimas Deportivas, siguiendo los trabajos de Jordi Bertomeu¹⁸, habrían contribuido a limar y redefinir el carácter identitario de los clubes de fútbol del siglo XXI. Sin duda parece un marco teórico adecuado a la hora de afrontar el nuevo papel de los clubes de fútbol en la significación etnoterritorial de la sociedad española, pero, a la hora de la verdad, un breve trabajo de campo de Llopis Goig pone de manifiesto que, por el momento, la transformación no es tan grande como pudiera parecer a primera vista. Las encuestas ofrecidas por el autor muestran cómo la mayor parte de los aficionados españoles siguen considerando a sus respectivos clubes como importantes baluartes representativos de su ciudad, y por tanto de su identidad colectiva. Asimismo, Llopis Goig pone el ejemplo concreto del Fútbol Club Barcelona, cuya ramificación identitaria en toda la sociedad catalana sigue estando fuera de toda duda. Así, en encuestas mostradas hacia el final de su trabajo, se puede comprobar cómo la llegada masiva de futbolistas extranjeros a las filas del equipo catalán —en el momento de la elaboración del estudio, el Barcelona era el club español con mayor porcentaje de jugadores no españoles en su plantilla— no afecta al valor identitario y simbólico del Fútbol Club Barcelona. De hecho, no todos los aficionados dan la misma importancia al valor de la cantera y a la presencia de jugadores catalanes, y una gran mayoría considera que su club representa a Cataluña en su conjunto. Estos datos y el caso concreto del Barcelona, como club, junto al Athletic de Bilbao, que mejor ha representado históricamente la dimensión etnoterritorial del fútbol español, ponen en solfa los posibles y devastadores efectos de la globalización en el calado social e identitario del fútbol. La función nacionalizadora e identitaria, también desde un punto de vista regional, en otro acierto de Llopis Goig al no cerrar la puerta a análisis socio-identitarios de clubes provenientes de regiones de menor carga nacionalista pero sí regionalista, no parece, por el momento, haberse desintegrado de la estructura de los clubes españoles. Cabe esperar, sin embargo, que los estudios en este sentido se amplíen y abarquen fenómenos más recientes, donde la transnacionalidad de los grandes clubes de fútbol es cada día mayor y las identidades superpuestas que recoge Llopis Goig —la posibilidad de apoyar tanto al equipo local como a equipos de mayor relevancia— podrían comenzar a quebrarse.

Por último, otro aspecto muy interesante del trabajo de Llopis Goig queda referido a una cuestión que nos interesa especialmente: la selección española de fútbol. En su análisis etnoterritorial de la estructura del fútbol español, Llopis Goig encuentra obvias contradicciones entre lo que simboliza o deja de simbolizar la selección española. Por un lado, no deja de lado hechos como el amplio seguimiento del combinado nacional cuando se acerca a cualquier estadio del país o las audiencias y expectación mediática que genera la selección cuando se acerca un trofeo internacional. Pero por otro, Llopis Goig acentúa en exceso, desde nuestro punto de vista, los problemas identitarios asociados a la selección tras la dictadura franquista hasta nuestros días. En

18 BERTOMEU, Jordi: *Transformación de clubes de fútbol y baloncesto en Sociedades Anónimas Deportivas*, Madrid, Civitas, 1993.

este sentido, cita un célebre texto en *El País* del ahora ministro de Educación, José Ignacio Wert¹⁹, en el que el entonces columnista dudaba del espíritu nacional de los jugadores, punto de partida de los fracasos continuados a los que se veía abocada la selección. Asimismo, recuerda las declaraciones de Javier Clemente sobre la poca identidad nacional del combinado español²⁰ o los problemas asociados a la identidad española derivados del histórico conflicto de nacionalidades en el Estado español. Pese a reconocer el carácter ambivalente de su análisis al respecto, Llopis Goig deja entrever el mayor peso social de los clubes frente a la selección y un «declive» del combinado nacional a partir de los años ochenta y hasta nuestros días, motivado por factores como la falta de victorias; la naturaleza hermética de la selección nacional, al no poder contratar o vender a jugadores —algo que, como es obvio, es común a cualquier equipo nacional y disciplina deportiva, por lo que no parece un argumento muy sostenible en este sentido—; la escasa continuidad competitiva a nivel internacional del equipo frente a los clubes; y la ganancia simbólica e identitaria de los clubes españoles a nivel regional y local tras el franquismo.

Parece claro que el análisis de Llopis Goig al respecto ha quedado en entredicho visto en perspectiva. ¿Dónde está el «declive» identitario de la selección española hoy en día, tras las recientes victorias del combinado y el masivo apoyo público de los ciudadanos españoles al equipo nacional? ¿No es acaso el análisis de Llopis Goig otra forma de «melancólico bucle» sobre el poder aglutinador de la identidad española? El análisis incide, además, en los fracasos —otro término tan recurrente en el estudio historiográfico sobre el nacionalismo español— de la selección a lo largo de su historia, cuestión que también podría ser analizada desde un punto de vista algo más crítico —la Eurocopa de 1964 fue un gran éxito que selecciones como Inglaterra o Portugal aún no han conseguido; Francia no logró su primer cetro Europeo, precisamente ante España, hasta la década de los ochenta, y lo mismo se puede decir de Holanda—. Sea como fuere, parece evidente que las muestras de fervor público hacia la selección han estallado con las victorias.

Deporte y política en la España del siglo XX

Un campo especialmente prolífico a la hora de estudiar las relaciones entre la política, el poder y los deportes es la dictadura franquista. Hay numerosos estudios que dan fe de ello, y pocos han sido tan influyentes y tienen tanto recorrido en la bibliografía aquí recopilada como el libro de Duncan Shaw sobre el fútbol y el franquismo²¹. La obra de Shaw muestra cómo el franquismo se valió del deporte rey como «droga social» y se utilizó como punta de lanza de la «cultura de la

19 «Anorexia Patriótica», *El País*, 21/03/2001. [http://elpais.com/diario/2001/03/21/opinion/985129212_850215.html], consultado por última vez el 19/09/2013]

20 Llopis Goig cita una entrevista concedida a *El País* el 02/06/1996, pero no especifica el título por lo que no he logrado encontrar el enlace.

21 SHAW, Duncan: *Fútbol y franquismo*, Madrid, Alianza, 1987.

evasión» del país. La perspectiva de Shaw dota al fútbol de un carácter narcótico y nacionalizador, también propagandista, especialmente personificado en el Real Madrid, que se adecua bien a parte de los presupuestos de los que surge este trabajo. La interacción social entre nacionalismo y fútbol se realiza en una doble dirección para Shaw. Por un lado, existe un claro afán por parte del franquismo de instrumentalizar políticamente el que a la postre será el principal club del país, el Real Madrid, y por otro, tanto el Athletic de Bilbao como el Fútbol Club Barcelona servirán como amarres identitarios de una porción relevante de las poblaciones catalana y vasca. Dentro de la cultura de la evasión, dentro de los campos de fútbol, según Shaw, podían deslizarse las pasiones nacionalistas de catalanes y vascos en forma de banderas y cánticos. Una válvula de escape para la vida cotidiana del franquismo, como acierta a señalar Paul Preston en el prólogo del mismo, y un instrumento propagandístico de primer valor cuando lleguen los triunfos internacionales del Real Madrid y, muy especialmente, de la selección española de fútbol. De entre las muchas citas reveladoras que recoge Shaw en su obra, pocas representan con tanta fidelidad la estrecha relación que unió al fútbol con los objetivos propagandísticos y nacionalizadores del franquismo como la que José Solís pronunció frente a los futbolistas del Real Madrid poco después de proclamarse campeones de Europa por quinta vez: «Vosotros habéis hecho mucho más que muchas embajadas desperdigadas por esos pueblos de Dios. Gente que nos odiaba ahora nos comprende, gracias a vosotros, porque rompisteis muchas murallas»²².

Muy destacado es también el trabajo de Teresa González Aja tanto como coordinadora de *Sport y Autoritarismos: la utilización del deporte por el fascismo y el comunismo*²³ —título que induce al engaño, ya que también se hablan de las relaciones deporte-estado entre países con regímenes liberales— como como autora del capítulo dedicado al deporte durante el franquismo y los primeros años del siglo XX en España. El texto de González Aja quizá sea paradigmático de la historiografía sobre deporte y política en España: preponderancia absoluta del franquismo frente a otros periodos históricos, apoyo puntual de la prensa como elemento histórico de referencia y protagonismo del fútbol sobre cualquier otro deporte. Es normal que así sea, por otro lado, dada la inmensa influencia del franquismo en el siglo XX español y la abrumadora popularización del fútbol en detrimento de otros deportes. No obstante, el valor del trabajo de González Aja no sólo estriba en su elegante forma de escribir, clara y concisa, sino también en su presentación cronológica de los hechos. González Aja decide remontarse a los orígenes del deporte moderno en España para, progresivamente, terminar en el franquismo y su utilización consciente del deporte como herramienta propagandística y nacionalizadora. Antes de nada, merece la pena destacar la importancia de la obra que ella misma coordina: *Sport y Autoritarismos: la utilización del deporte*

22 SHAW, Duncan: *op. cit.* pág. 18.

23 GONZÁLEZ AJA, Teresa (ed.): *Sport y autoritarismos: la utilización del deporte por el comunismo y el fascismo*, Madrid, Alianza, 2002.

por el fascismo y el comunismo es un análisis transversal y completo de las relaciones históricas entre el deporte y el Estado. De especial valor son los trabajos de Pierre Arnaud sobre los orígenes del deporte y su rápida identificación con las representaciones nacionales europeas. Arnaud muestra cómo progresivamente todos los países europeos se interesaron por los obvios elementos representativos de los distintos combinados y equipos que representaban sus idearios nacionales, y cómo desde muy temprana edad, en los primeros partidos de fútbol o rugby, la identificación nacional y nacionalizadora de las selecciones deportivas tuvo un protagonismo radical. Del mismo modo, el libro recoge trabajos sobre los Juegos Olímpicos organizados por el régimen nazi, la política deportiva de la Unión Soviética o el fascismo italiano, el deporte y las relaciones internacionales durante los años de entreguerras. Pero, como ya se ha dicho, el título de la obra es más que engañoso: en su interior también se encuentran estudios sobre el papel del deporte en Francia en oposición a los regímenes autoritarios, la importancia de la gimnasia en Bélgica o la relevancia del deporte británico como un eje más dentro de la política del apaciguamiento. Se han nombrado someramente dado que no sería pródigo aquí introducir un análisis de todos estos textos, pero sin duda merecen ser citados, aunque sea de este modo tan breve, por sus aportaciones a la hora de contextualizar el papel del deporte en la convulsa sociedad europea de entreguerras.

Entrando ya en materia, el estudio de González Aja²⁴ se remonta a finales del siglo XIX para explicar el posterior auge popular de los deportes moderno: por un lado, se popularizaron fiestas locales y juegos populares de manera progresiva, siendo la tauromaquia la actividad físico-recreativa más paradigmática de todos ellos; y por otro, las clases altas y burguesas comenzaron a adoptar las costumbres deportivas y de juegos de la sociedad inglesa. Desde un inicio, según González Aja, las clases populares comenzarán a llegar a las distintas actividades deportivas a rebufa del fomento de las clases aristocráticas, que observaba en los deportes una buena forma de inculcar sus valores tradicionales al resto de la sociedad. Un ejemplo evidente de todo ello sería el propio rey Alfonso XIII, gran aficionado al deporte y practicante de muchos de ellos. Esta tendencia se revertería con la llegada de la II República: el impulso deportivo quedaría ahora en manos de las clases populares y se apartaría poco a poco a la clase aristocrática. Los dirigentes de la II República tratarían de «democratizar y socializar» el movimiento olímpico como forma de llevar el deporte a todas las capas sociales, hasta entonces relegadas a un segundo plano dentro de la promoción y la práctica deportiva. Hasta entonces, el acceso a la actividad y la formación física había quedado relegada únicamente a esferas muy concretas de las clases burguesas y aristocráticas. La gimnasia, por ejemplo, uno de los deportes más conocidos y practicados durante los primeros años del siglo XX, quedaría en manos del Ejército y de diversas instituciones internas creadas *ad hoc* para su

24 GONZÁLEZ AJA, Teresa: «La política deportiva en España durante la República y el Franquismo», en GONZÁLEZ AJA, Teresa (ed.): *Sport y autoritarismos: la utilización del deporte por el comunismo y el fascismo*, Madrid, Alianza, 2002, pp. 169-203.

promoción, tomando como modelos las estructuras organizativas y reglamentarias de otros países, en especial las suecas. Como se aprecia, el acercamiento de González Aja al deporte de inicios del siglo XX tiene un enfoque tanto histórico como sociológico, e ilustra la brecha existente entre la popularización de ciertos deportes durante esos mismos años —la profesionalización del fútbol llegaría a finales de los años veinte, antes de la II República— y el acceso a la actividad y a la educación física. No obstante, hubo proyectos encaminados a popularizar la misma en las clases populares. La autora cita el ejemplo de la Institución Libre de Enseñanza, desde donde se trató de introducir el deporte como una forma de completar la educación de los alumnos, no sólo desde un punto de vista físico sino también espiritual. Se promovieron excursiones y diversas actividades físicas, destacando asimismo la gimnasia por encima de otras. En cualquier caso, los intentos de la Institución Libre de Enseñanza quedarían igualmente reducidos a un campo aún elitista.

Pero la gran aportación de González Aja al campo de estudio en el que se desarrolla este trabajo es su breve pero concienzudo análisis de la situación deportiva de España durante la dictadura franquista. El protagonismo del fútbol viene dado por la propia constitución de la realidad deportiva española durante el franquismo: fue el único deporte que a nivel nacional otorgó alegrías en forma de victorias. También era el más seguido y aquel donde los clubes privados eran más populares y cosechaban mejores resultados en competiciones internacionales. Sin embargo, González Aja no sólo se refiere al *deporte rey* en su estudio, sino que ramifica las posibilidades del mismo estudiando el modelo organizativo del deporte dentro de la dictadura. La estructura deportiva española durante el franquismo pronto quedaría completamente a merced del aparato estatal: como ilustra la autora, todas las federaciones estarían supeditadas desde muy pronto a la Delegación Nacional del Deporte (DND). Esta institución controlaría todas las facetas del deporte a muy distintos niveles: desde la designación de los presidentes de cada una de las federaciones, las cuales perderían su autonomía de manera inmediata tras la creación de la DND, hasta la supervisión y censura de la prensa deportiva. Los principales dirigentes de la DND pertenecerían al falangismo, quien rápidamente observaría en los deportes un vehículo idóneo para transmitir al mundo sus ideales sobre España y los ciudadanos españoles. Desde el punto de vista falangista, se observaba el deporte al modo fascista o nazi: una gran celebración patriótica en la que los deportistas nacionales mostraban al resto del mundo las virtudes de la raza. Lejos de este ideal, como muestra González Aja, el deporte español nunca logró los éxitos que sí lograron en su día los atletas italianos o alemanes. Según explica la investigadora, el franquismo deseaba explotar las posibilidades propagandísticas y nacionalizadoras del deporte, pero nunca ofreció las herramientas adecuadas para ello. Por un lado, la dictadura no estuvo dispuesta a financiar un modelo deportivo de Estado que, a la postre, permitiera aumentar los éxitos de las delegaciones españoles. Como se verá más

adelante en el trabajo del investigador Carlos Jesús López Díaz²⁵, los atletas españoles participaron con escaso éxito en los primeros Juegos Olímpicos celebrados tras la Segunda Guerra Mundial. La tónica se mantendría durante todos los años del franquismo. La falta de recursos se unió a la escasa planificación directiva de quienes se situaron al frente de la Delegación Nacional del Deporte y de las federaciones. Lejos de tratarse de personas relativas al ámbito deportivo, el régimen colocó a cargos de confianza que poco o nada tenían que ver con la materia que tenían entre manos. Dada esta situación, relata González Aja, el deporte español apenas tuvo repercusión internacional durante la mayor parte de los años de la dictadura, con la excepción de deportistas singulares que cosecharon éxitos de diverso calado —el gimnasta Blume, el ciclista Bahamontes o el tenista Santana— cuyas victorias poco o nada debían al aparato franquista.

En cualquier caso, González Aja pondera convenientemente la importancia del fútbol durante el franquismo. Utilizado como herramienta de distracción social de primer nivel, por la vía de la «cultura de la evasión», el fútbol se convirtió en el primer deporte de los españoles. Falange observó en las virtudes del juego atributos propios, y positivos, del carácter genuinamente español —como la furia o la impetuosidad, tópicos ya acuñados en los Juegos Olímpicos de Amberes y que se repetirían con frecuencia en la prensa deportiva— y los clubes españoles, así como la selección, ejercieron de embajadores del régimen en sus salidas internacionales. Como ilustra López Díaz en su investigación, los dirigentes de la Delegación Nacional del Deporte utilizaron los Juegos Olímpicos de Helsinki como herramienta diplomática, con objeto de colocar a España en el mapa internacional de las relaciones políticas²⁶. González Aja es escéptica a este respecto y considera que el Real Madrid o la selección española difícilmente consiguieron dotar a España de mejores relaciones políticas con sus vecinos europeos o de otros continentes. En este sentido, España pasó largo tiempo después de la Guerra Civil sin poder enfrentarse a las principales selecciones europeas por la negativa de éstas —como es el caso de Inglaterra y de Francia— y la propia FIFA tuvo mucha delicadeza a la hora de configurar los grupos del Mundial de 1950, en el que España participó. Sí incide, en todo caso, en el papel de limpieza de imagen que ejercieron los clubes y la selección a partir de los años cincuenta y durante los años sesenta para el franquismo. Los triunfos del Real Madrid, cuyo máximo dirigente era un hombre del régimen, situaron a España en el plano mediático internacional y lograron suavizar la imagen que el resto de los europeos tenían de la España de Franco. Se puede decir algo parecido de la gran victoria de la selección española en 1964 frente a la Unión Soviética, con motivo de la final de la Eurocopa. El análisis de González Aja queda circunscrito de forma minoritaria al Real Madrid. Admite que el papel del Barcelona o del Athletic Club de Bilbao fue menor, no sólo por una trayectoria deportiva de menor calado

25 LÓPEZ DÍAZ, Carlos Jesús: «España en los Juegos Olímpicos de Helsinki 1952. La utilización del deporte y la prensa por el franquismo», *AGON International Journal of Sport Sciences*, 2(1) (2012), pp. 33-46.

26 *Ibid.*, pp. 41-44.

internacional que la de su rival madrileño, sino también por las particularidades etnoterritoriales del fútbol español. Tanto uno como otro club sirvieron de baluarte a las aspiraciones regionalistas de catalanes y vascos. Así pues, González Aja incide también en la identificación popular del Real Madrid como equipo del régimen. Hay que entender esto último de forma relativa: si bien el Madrid no tenía demasiados problemas en servir de embajador de España en el extranjero y contribuir a mejorar la imagen del país gracias a sus triunfos, en una identificación voluntaria, fue el régimen quien utilizó los éxitos del club para asociarlos al éxito de la nación —figurado o no—.

Si bien los artículos y libros que relacionan deporte y política son comunes, no es tan habitual, y por tanto se podría señalar cierto vacío bibliográfico, encontrar trabajos que también centren sus miradas en el efecto que los medios de comunicación tienen sobre ambos fenómenos. En este sentido, uno de los textos más citados y recurrentes en la bibliografía recopilada para este trabajo es el de Díaz-Noci. En un clarividente artículo, Díaz Noci analiza el arraigo social y las funciones identitarias de dos deportes muy distintos en el País Vasco: por un lado, qué papel jugó el fútbol a la hora de articular un discurso nacionalista vasco entre la población urbana y liberal de Bilbao; y, por otro, si ese papel fue replicado de algún modo por el nacionalismo vasco tradicionalista del ámbito rural, aunque en este caso alrededor de juegos de honda tradición popular, destacando por encima de todos ellos la pelota vasca²⁷. De forma esquemática, Díaz Noci se vale del papel de los medios de comunicación tanto en castellano como en euskera para mostrar de qué modo los periodistas vascos propulsaron la popularización de uno y otro deporte, junto a una retórica nacionalista o de profunda significación local en base tanto a estereotipos relativos al juego como a la propia sociedad vasca. Se trata sin duda de un trabajo que sirve de referente para este que aquí se desarrolla. Combina nacionalismo, función social y nacionalizadora del deporte y papel de los medios de comunicación, prensa escrita en su totalidad, en la vertebración de la sociedad y en el desarrollo de un discurso nacionalizador y difusor del espectáculo deportivo. Parte de principios muy semejantes sobre los que se cimenta este trabajo, con dos salvedades de importancia: no dota de tanto protagonismo a los discursos empleados en las distintas publicaciones escritas a las que se acerca y se fija únicamente en el caso concreto del nacionalismo vasco, dejando de lado cualquier otra manifestación identitaria.

Sin embargo, son cuestiones no demasiado relevantes a la hora de fijar el estudio de Díaz-Noci como modelo tanto metodológico como analítico del efecto nacionalizador de los deportes. Las virtudes de este trabajo son muchas, comenzando por la propia variedad y diversidad de la sociedad vasca de principios del siglo XX. Este es el marco que elige el investigador para centrar su análisis: los años veinte y los años treinta, época convulsa desde un punto de vista social y político

27 DÍAZ NOCI, Javier: «Los nacionalistas van al fútbol. Deporte, ideología y periodismo en los años 20 y 30», *ZER Revista de estudios de comunicación*, 9 (2000), pp. 357-394.

que contempló no sin celeridad la transformación del fútbol como un juego amateur en un espectáculo deportivo. La visión de Díaz-Noci es interesante desde el momento en que ilustra de qué modo el fútbol fue abrazado por la burguesía liberal-nacionalista de los grandes centros urbanos. El caso paradigmático es el del Athletic de Bilbao, uno de los primeros clubes de la península que desde sus inicios, gracias a la acción de sus fundadores, socios y jugadores, tuvo una ligazón obvia con el Partido Nacionalista Vasco (PNV). Según expone Díaz-Noci, el nacionalismo vasco urbanita y cosmopolita, abierto más al mundo exterior que sus homólogos rurales dada la posición de Bilbao como ciudad industrial y comercial, comprendió rápidamente que el fútbol podía ser utilizado como vehículo nacionalizador. No en vano, y al igual que se ha hecho mención en páginas anteriores en el análisis del trabajo de Llopis Goig²⁸, el fútbol y el deporte en general permitirían crear nuevas identidades y lealtades sociales. Ideal en un contexto como el vasco, región receptora de inmigrantes durante estas décadas. Esta perspectiva puede ser proyectada a otros clubes de fútbol en otras regiones, y de ahí el interés que ofrece el trabajo de Díaz-Noci. Además, el autor lo antepone frente a la sociedad rural vasca, que rechaza en primera instancia el fútbol al ver en toda su modernidad asociada una amenaza a las formas de vida tradicionales del interior del territorio vasco. Allí el nacionalismo de corte foralista, según Díaz-Noci, se fijará en otro deporte, la pelota: a través de este juego implantado en la memoria colectiva del pueblo vasco desde mucho tiempo atrás, se impulsará la lengua autóctona y los valores asociados al tradicionalismo nacionalista. Esto sucederá especialmente, como comenta el investigador, en el País Vasco «continental», en referencia al territorio francés.

De especial interés para esta investigación, dentro del propio trabajo de Díaz Noci, es el apartado dedicado al papel de la prensa en la formación de un imaginario colectivo en torno al deporte vasco. Díaz Noci no sólo hace acopio de numerosas publicaciones españolas y francesas a uno y otro lado de la frontera, sino que analiza, aunque con brevedad, sus relatos y su adscripción identitaria. No es casual que la prensa relativa al fútbol, como ya se ha dicho de corte liberal y urbana, estuviera escrita mayoritariamente en castellano y abriera su vocabulario a diversos anglicismos para describir las fases del juego. Como tampoco lo es que la prensa apegada al tradicionalismo rural se escribiera en euskera. Ambos son ejemplos superficiales pero significativos de cómo los medios de comunicación no sólo narraban una serie de hechos deportivos, sino que los edulcoraban y matizaban para insertarlos en un imaginario colectivo de corte nacionalizador. La relevancia del deporte en la sociedad vasca de los años veinte y treinta va de la mano de la proliferación de revistas y periódicos que tratan los eventos de mayor importancia. El trabajo muestra la evolución de la terminología periodística en torno al deporte, los usos habituales del lenguaje ya sea en castellano o en euskera o el desarrollo de clichés deportivos.

28 LLOPIS GOIG, Ramón: op. cit. pág. 40.

El análisis de los discursos patrióticos en torno al deporte

El eje sobre el que rota este estudio es el análisis de los discursos patrióticos a propósito de los éxitos deportivos. Y en este sentido y relacionado con el trabajo citado por último en el anterior apartado, uno de los estudios que mejor se adapta a esta temática es el realizado por Julián Sanz Hoya sobre la evolución de la selección española de fútbol como vehículo del nacionalismo español desde el franquismo hasta nuestros días, tras los importantes éxitos obtenidos por el combinado nacional tanto en el verano de 2008 como en el verano de 2010²⁹. Sanz Hoya utiliza varios elementos que son comunes a los objetivos que aquí perseguimos: observar a través de la prensa los discursos patrióticos que los grandes medios de comunicación introducen con motivo de los éxitos deportivos. Sanz Hoya se centra exclusivamente en la selección española de fútbol, dado que es el elemento deportivo que mayor seguimiento logra en España, pero este análisis es igualmente válido para otros deportes y deportistas. El planteamiento de Sanz Hoya se divide en dos partes muy diferenciadas: la selección española de fútbol dentro del franquismo y la selección española de fútbol durante el periodo democrático actualmente vigente, en especial tras las victorias del combinado. Como el propio título de su texto da a entender, se trata de un viaje desde «la azul» hasta «la roja»: un análisis comparado del uso nacionalista y nacionalizador que tanto la dictadura franquista y todo su aparato mediático como los principales medios de comunicación de la democracia hicieron de los éxitos de la selección.

La aportación más interesante de Sanz Hoya rota en torno a los discursos utilizados en prensa para exaltar y extrapolar las virtudes de los futbolistas españoles a las virtudes de todos los españoles. Esto se trata de algo especialmente evidente durante el franquismo: los periódicos, siempre controlados por el régimen, tratarían de explotar una serie de determinados tópicos sobre el carácter natural de los españoles para realizar una identificación consciente entre los once futbolistas reunidos bajo la camiseta de la selección española y el resto de ciudadanos del país. Se trata de una serie de atributos ya expuestos con anterioridad y que vertebran realmente el discurso mediático en torno al deporte español y la personalidad de los españoles: la raza, la virilidad, la impetuosidad, el genio hispánico y la furia, explotada desde la medalla de plata obtenida en Amberes en 1920 y que se convertirá en el auténtico tópico que habría de definir el estilo de juego de la selección y, de rebote, la idiosincrasia del pueblo español. Con mayor o menor entusiasmo, en función de la personalidad propia de cada periódico, Sanz Hoya analiza cómo todos los diarios reprodujeron fielmente el discurso en torno a las consignas articuladas por Falange en torno al

29 SANZ HOYA, Julián: «De la azul a 'la roja': fútbol e identidad nacional española durante la dictadura franquista y la democracia», en SAZ, Ismael, ARCHILÉS, Ferran (eds.): *La nación de los españoles. Discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea*, Valencia, Publicacions de la Universitat de Valencia, Rústica, 2012, pp. 419-437.

deporte español, como ya vislumbrara González Aja con anterioridad. La selección española se convirtió así en un núcleo aglutinador de todas las identidades hispánicas y trató de servir de punto de unión entre el franquismo y todos los españoles, ejerciendo, al menos de forma teórica, de ancla identitaria entre los distintos ciudadanos españoles. Si los futbolistas de la selección representaban fielmente los atributos de la identidad española, entonces sus éxitos serían los de todo el país. Este doble juego representativo tendría su punto culminante, según muestra Sanz Hoya, en la victoria de España sobre la Unión Soviética en la Eurocopa de 1964. El equipo español se impondría en Madrid y bajo la atenta mirada de Francisco Franco al archienemigo tradicional del régimen: el comunismo. Los medios reprodujeron con entusiasmo las consignas enviadas por el régimen —los «veinticinco años de paz» son un lugar común recurrente en las crónicas posteriores al partido— y, partiendo del tópico de la furia y la genialidad pícaro de los futbolistas españoles frente al orden industrial de los soviéticos, utilizaron la consecución del título europeo como espejo en el que reflejar el éxito del régimen: el gol de Marcelino se convertía así en la viva imagen de la modernización de la España de los sesenta, impulsada por el turismo y los planes desarrollistas, y la selección triunfante repleta de estrellas internacionales mostraba cómo la unión de todos los españoles en torno al régimen propiciaba el progreso del país. Como decimos, el discurso empleado por la dictadura era especialmente evidente en torno a la idea que el franquismo quería transmitir de sí mismo y del país que gestionaba al resto de los europeos, pero no significa que el discurso nacionalizador en torno a la idea de España quedara reducido únicamente a la dictadura.

El gran logro, en lo que a historiografía sobre el deporte español se refiere, de Sanz Hoya reside en su análisis de los éxitos de la selección durante los últimos años. Se trata de un campo aún muy virgen, con pocos estudios al respecto y que, paradójicamente, cuenta con un gran potencial. No en vano, la última década ha visto nacer a grandes campeones nacionales en un puñado de deportes profesionalizados pero de gran relevancia social. Sanz Hoya establece un paralelismo histórico entre el objetivo nacionalizador —y explícitamente nacionalista— de los medios de comunicación franquistas con motivo de la selección española y el más sutil mensaje patriótico de los diarios generalistas y deportivos tras las conquistas recientes del combinado nacional. En el fondo subyace una idea semejante sobre el papel de la selección como elemento aglutinador de las distintas identidades nacionales del país. Los medios de comunicación contemporáneos también trataron de extrapolar su idea de la España del siglo XXI en base al modelo de juego de la selección española tanto en la Eurocopa de 2008 como en el Mundial de 2010: abandonado el tópico de la furia española y, por tanto, desligado el equipo nacional de las connotaciones históricas asociadas al periodo franquista gracias a un método de juego basado en la combinación y el pase en corto, los periódicos generalistas y deportivos encontraron en la selección nacional la imagen moderna y democrática que *el país* había alcanzado a finales de la primera década del pasado siglo. La

comunidad de futbolistas de diferentes regiones supondría el éxito de la España de las autonomías y su fútbol vistoso, alegre y moderno refrendaría la España dinámica y europea construida tras la dictadura franquista. Del mismo modo que el franquismo utilizaría elementos cosméticos como argumentos identitarios y mediáticos, como el color de la camiseta durante los primeros años de la dictadura o en la final de la Eurocopa de 1964, se acuñó el concepto «la roja» para hablar de la nueva selección española victoriosa y renovada. Los paralelismos y las metáforas, como analiza Sanz Hoya, se introdujeron en lo más hondo de la tradición cultural española: del mismo modo que la selección se había sobrepuesto definitivamente a su halo catastrofista y derrotista, cultivado durante décadas por los fracasos del combinado nacional en cada Eurocopa y Mundial, la España que quedaba representaba en los jugadores españoles abandonaba la senda de la particularidad y se enmarcaba dentro de la modernidad europea como una nación en igualdad de progreso a todas las demás. Probablemente este discurso ha sido matizado a partir del Mundial obtenido en Sudáfrica, a raíz del recrudecimiento de la crisis económica en el país, pero en 2008 existía en la mayor parte de los medios de comunicación, como bien expone Sanz Hoya. Un discurso que busca cohesionar la identidad española en torno a hechos y argumentos muy distintos a los articulados por el franquismo, pero en el que subyace el mismo componente nacionalizador que en ocasiones anteriores.

Otro de los estudios que más han abordado la interrelación entre identidades sociales y/o nacionales, medios de comunicación y fútbol es el pequeño texto de Luis Cantarero Abad³⁰. En él, el autor aborda la cuestión del club de fútbol Real Zaragoza en su entorno social, tanto de la propia ciudad de Zaragoza como de la comunidad autónoma de Aragón. Cantarero estudia los discursos de los medios de comunicación aragoneses durante un periodo muy concreto de 2004, apenas tres meses, donde el Zaragoza obtiene la Copa del Rey frente al Real Madrid y la salvación de categoría en Primera División. Hay que tener en cuenta la importancia deportiva del Real Zaragoza en la región: en una comunidad carente de cualquier otro tipo de representación deportiva de alcance, el Real Zaragoza ejerce de núcleo aglutinador de diversas identidades sociales. Este polo de atracción del Zaragoza es poderoso en Aragón pese a que, al contrario que otros equipos españoles, no se desarrolla a su alrededor ningún tipo de retórica política nacionalista. Pero sí existe un fuerte componente cultural aragonés que, como analiza Cantarero, los medios difunden con entusiasmo. Así, Cantarero acude, al igual que pretende este trabajo acudir, a los recortes de prensa de una serie concreta de publicaciones de ámbito aragonés. Y analiza cómo se forja la idea del Zaragoza como depositario de una identidad aragonesa y zaragozana: ya sea mediante el apoyo explícito a la concesión de prebendas públicas —aumento de los presupuestos para su financiación en detrimento

30 CANTARERO ABAD, LUIS: «La construcción de representaciones sociales a través del discurso textual: el club de fútbol del Real Zaragoza», en CANTARERO ABAD, LUIS, ÁVILA, RICARDO (COORDS.): *Ensayos sobre deportes: perspectivas sociales e históricas*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2007, pp. 143-178.

del deporte de base, promoción de un nuevo estadio de fútbol asimilable a otras grandes ciudades europeas— o la generación de una idiosincrasia propia del club en consonancia con el resto de la sociedad aragonesa —el valor de lo colectivo en detrimento de las personalidades individuales, por ejemplo, presente en los mito históricos del Real Zaragoza—.

Estos relatos construyen una imagen del Zaragoza como embajador de Aragón y de la ciudad: sus triunfos son importantes porque tienen repercusión internacional y benefician al nombre de la ciudad, algo que podría traducirse en recursos económicos para la misma, y porque representan simbólicamente atributos concretos de los ciudadanos de la ciudad. No es casual que los símbolos del Real Zaragoza sean los mismos que los de la ciudad —el león dorado, por ejemplo, simboliza la *rasmia* y fiereza del conjunto de fútbol al mismo tiempo que hace lo propio para con el carácter noble pero orgulloso de sus ciudadanos— porque en él se desarrolla también la identidad local de los zaragozanos. Así la identidad se traspasa: el club de fútbol es una herramienta útil para proyectar la identidad de los aragoneses, y el primero termina definiendo y condicionando a la segunda. El Real Zaragoza ejercería así de ancla identitaria para miles de aragoneses, que mediante el despliegue de diversos símbolos contribuiría a construir un imaginario regional identitario común. Sería un paradigma de la comunidad imaginada y un elemento de cohesión. Toda esta retórica es común en los medios de comunicación de la ciudad, que animan a la unión de todo el pueblo en torno a una bandera que no divide y que encarna las virtudes históricas de los zaragozanos —«Zaragoza no se rinde»— y que es motivo de orgullo en las victorias y de dolor en las derrotas. Todo este análisis, como ya hemos dicho, complementado junto a recortes de prensa, hace del trabajo de Cantarero un importante punto de referencia para el estudio que aquí se aborda.

En este sentido, y alejándonos ya de la órbita del fútbol, deporte que capitaliza en gran medida los estudios referidos a política y deporte en la historia de España, merece la pena citar el trabajo de Carlos Jesús López Díaz sobre la utilidad política de los Juegos Olímpicos de Helsinki, celebrados en 1952, para la dictadura franquista³¹. Al igual que el estudio de Díaz Noci, la investigación de López Díaz nos es de especial utilidad a la hora de estudiar las relaciones del poder, el deporte y los medios de comunicación. López Díaz afronta la cuestión desde una perspectiva mediática: cómo los Juegos Olímpicos sirvieron para transmitir en la prensa española valores sociales que la dictadura franquista creía conveniente transmitir al conjunto de la población nacional. No sólo eso: la investigación de López Díaz revela que el deporte era un arma de diferentes filos para el régimen dictatorial. Los Juegos Olímpicos sirvieron de punta de lanza para depurar la imagen en el extranjero de España y de la dictadura franquista: así lo muestran las comitivas glosadas por López Díaz que la delegación española celebraría en Helsinki, organizadas

31 LÓPEZ DÍAZ, Carlos Jesús: «España en los Juegos Olímpicos de Helsinki 1952. La utilización del deporte y la prensa por el franquismo», *AGON International Journal of Sport Sciences*, 2(1) (2012), pp. 33-46.

por el general Moscardó, presidente de la Delegación Nacional de Deportes, con el ánimo de establecer relaciones amistosas con diplomáticos de otros países en aras de mejorar la reputación del país en círculos internacionales. López Díaz acude tanto a extractos del Boletín Nacional del Estado como a crónicas y fragmentos de los medios de comunicación en su cobertura del evento deportivo para ilustrar estos hechos.

La recta final del estudio sirve de modelo aproximado a lo que se pretende acercar este trabajo: un análisis de los discursos patrióticos subyacentes a las noticias, reportajes y crónicas de los medios de comunicación en materia deportiva. En el caso del franquismo se aprecian con especial notoriedad, como López Díaz desarrolla en los resultados de su investigación: pese al pobre desempeño de los atletas españoles en Helsinki, mermado el deporte español tras la guerra y carente de ayudas públicas que permitieran florecer una verdadera cultura deportiva de base durante estos años, la prensa escrita tratará de ilustrar del modo más benevolente posible los resultados obtenidos por los principales representantes del país. Así, y sin llegar aún al nivel de euforia desatado posteriormente en otros espectáculos deportivos —la Eurocopa de 1964 y las Copas de Europa del Madrid, como se verá más adelante—, diarios como *ABC* o *El Mundo Deportivo* transmitirían una imagen poderosa y triunfalista de los atletas españoles, exaltando victorias menores y minimizando las derrotas —con mención especial para la selección española de Waterpolo, principal protagonista mediático del evento—. Para López Díaz, la prensa generalista «manipuló a la opinión pública» y exageró las posibilidades de los deportistas españoles antes de la celebración de los Juegos Olímpicos, algo que le llevaría más tarde a maquillar sus fracasos.

En lo relativo al campo del olimpismo, también merece la pena destacar el estudio de Gabriel Colomé sobre la organización y puesta en marcha de la Olimpiada Popular de 1936³², que tuvo lugar en Barcelona, pocos días después del golpe de Estado de Francisco Franco. Colomé analiza cómo la organización de este evento tuvo desde el primer momento un fuerte componente político: se planteó como una oposición obrera a los Juegos Olímpicos burgueses que tendrían lugar en Berlín, en la Alemania nazi, ese mismo año. De este modo muchas organizaciones socialistas y comunistas, además de dirigentes nacionalistas catalanes, observaron en la organización de dicha Olimpiada Popular un método efectivo de protesta contra los JJOO organizados en un país fascista. La presencia del Frente Popular en el gobierno tanto francés como español dinamizó las gestiones de los organizadores, una pequeña asociación deportiva catalana: diversos organismos gubernamentales aportaron dinero para la puesta en marcha de la Olimpiada Popular y alrededor de unos 6.000 atletas se desplazaron a la ciudad condal. Se permitió la participación de atletas en representación de determinadas regiones o ciudades y tanto socialistas como comunistas

32 COLOMÉ, Gabriel: «La Olimpiada Popular de 1936: deporte y política», *Working Papers: Institut de Ciènces Polítiques i Socials*, núm. 264, 2008.

participaron activamente en las actividades de promoción y organización. En definitiva, Colomé expone cómo a mediados de los años 30 el deporte era un componente claramente instrumentalizable por el poder político, haciendo hincapié en las posibilidades nacionalizadoras, socializadoras e ideologizadoras de los grandes eventos deportivos. Colomé también analiza qué dijo la prensa catalana, más concretamente de Barcelona, sobre aquella Olimpiada Popular y cuál era el marco ideológico y nacionalizador que pretendía construir a su alrededor.

Por último, merece la pena destacar que la utilización del deporte como vehículo de cohesión nacional o ideológica no se ha circunscrito únicamente al espectro mediático escrito. Sin duda tanto la televisión como la radio también han jugado un papel relevante, pero no hay que olvidarse tampoco del cine. Juan Antonio Simón Sanjurjo ha expuesto con claridad cómo el franquismo se sirvió de la industria cinematográfica para, a través de dos estrellas internacionales por aquel entonces enroladas en equipos de fútbol españoles, Ladislao Kubala y Alfredo Di Stéfano, transmitir valores que la dictadura franquista creía positivos³³. La participación de Kubala y de Di Stéfano en filmes promovidos por el régimen coincidió con un buen momento de salud de los cines españoles, que por aquel entonces tenían una amplia recepción de espectadores. Sanjurjo analiza como cine y fútbol fueron dos caras de la misma moneda para la dictadura franquista: dos herramientas idóneas para ahondar en la cultura de la evasión, desmovilizadora, que la dictadura pretendía imponer para mantener la paz social. En este sentido, la yuxtaposición de fútbol y cine en una sola ecuación permitió redoblar la potencia del mensaje. Las dos estrellas serían símbolos del poder financiero y deportivo de los clubes de fútbol españoles y portarían mensajes adecuados dentro del marco narrativo franquista: por un lado, Kubala sería presentado como una víctima del terror comunista, exiliado de su país de origen, Hungría, por la política represiva del régimen rojo; por otro, Di Stéfano encarnaría valores positivos asociados al modelo de hombre que el régimen deseaba, familiar, leal y valeroso. Las películas en las que participaron se enmarcaban dentro de discursos nacionalizadores en tanto que pese a ser extranjeros ambas estrellas decidían hacer suya la patria española y participar en la selección de fútbol nacional. Todo ello, en suma, apoyaba la cultura de la evasión citada con anterioridad y pone de manifiesto, aunque de manera singular, cómo las herramientas propagandísticas del régimen para utilizar el deporte como vehículo nacionalizador y de cohesión social se extendían ampliamente —aunque en este trabajo nos fijemos únicamente en el papel que los medios de comunicación escritos tuvieron en este sentido—. Y ya finalmente, desde una perspectiva más localista y reciente, Sixte Abadía Naudí y Xavier Pujadas Martí han tratado la realidad deportiva de la ciudad Barcelona a partir del proceso democratizador que surge en España tras la muerte de Francisco Franco y el agotamiento del régimen dictatorial. El estudio resulta de interés para la materia de estudio de este trabajo dada la relación que expone entre

33 SIMÓN SANJURJO, Juan Antonio: «Fútbol y cine en el franquismo: la utilización del héroe deportivo en la España de Franco», *Historia y Comunicación Social*, vol. 17, 2012, pp. 69-84.

administración pública y promoción del deporte, y por tanto interés político implícito, a partir de los años de democracia³⁴.

Conclusiones

La bibliografía relativa a las relaciones entre deporte y nacionalismo en España no es demasiado extensa. Como algunos autores exponen en sus trabajos, la historiografía aún no se ha interesado demasiado por el efecto del deporte a nivel social y a lo largo del siglo XX. Este trabajo pretende ser un acercamiento a este terreno, tratando de rellenar, aunque sea de forma parcial, los huecos que la actual bibliografía deja. Por un lado, se puede observar cómo la mayoría de los trabajos expuestos en este breve análisis se centran en el deporte de masas por antonomasia: el fútbol. Es normal que así sea, dado que ningún otro deporte en España es capaz de movilizar a la misma cantidad de personas ni de generar tantos lazos emocionales e identitarios, pero aún hay poca apertura de miras hacia los efectos sociales que puedan tener otros deportes. En este sentido, llama la atención el breve recorrido que tienen los Juegos Olímpicos: pese a tratarse de una gran fiesta de las naciones que históricamente ha tenido muchas lecturas políticas y que ha sido escenario de múltiples reivindicaciones ideológicas, la historiografía apenas se ha centrado en esta cuestión. Del mismo modo, la aparición de deportes con menos seguimiento, como el ciclismo o el tenis, es prácticamente inexistente. Si bien el fútbol centra prácticamente toda la atención, considero que no es conveniente dejar de lado los efectos nacionalizadores que puedan tener los demás deportes: en las siguientes páginas se expondrá cómo tanto el ciclismo como el tenis sirvieron en igualdad de condiciones para perpetuar mensajes políticos y nacionalizadores al conjunto de la población española. Es una vía aún por explorar y en el futuro puede tener muchas y diversas interpretaciones y lecturas: baloncesto, deportes de motor o categorías deportivas menores pero de importantes éxitos concretos, como el boxeo, podrían haber sido instrumentalizados del mismo modo. En este sentido, también existen carencias en el análisis de los discursos mediáticos asociados a los eventos deportivos y a los éxitos nacionales derivados de éstos.

Se ha visto, en todo caso, como hay varios trabajos que parten de los mismos planteamientos que éste, pero se trata de un terreno con muchas posibilidades y que, al igual que la exploración de otros deportes, puede deparar lecturas interesantes en el futuro. Los éxitos y los grandes acontecimientos deportivos gozan de una cobertura en prensa escrita muy amplia, y generalmente suele ir asociada a retóricas nacionalizadoras o políticas de toda condición. Diversas investigaciones han ahondado en el campo de lo identitario utilizando planteamientos próximos al nacionalismo banal: los equipos de fútbol y los deportistas más célebres de cada país son depositarios del

34 ABADÍA, Sixte; PUJADAS, Xavier: «Deporte y democratización en la España contemporánea: apuntes para un estudio», *Cultura, Ciencia y Deporte*, Murcia, núm. 2, 2005, pp. 51-56.

imaginario colectivo con frecuencia. Los campos de fútbol son espacios de socialización y de nacionalización. La producción literaria ha sido especialmente prolífica en el campo de lo político: se ha visto como los estados han tratado históricamente de utilizar el deporte, en España con especial relevancia el régimen franquista, para sus intereses sociales e ideológicos particulares. Las fuerzas nacionalistas, desde un punto de vista no estatal, tampoco han sido ajenas a este proceso: el acervo cultural que rodea a determinados equipos españoles, como el Athletic Club de Bilbao o el Fútbol Club Barcelona, está intrínsecamente ligado a los nacionalismos vascos y catalán. En definitiva, el deporte ha tenido un componente nacionalizador poderoso desde su nacimiento y, aunque esto la bibliografía lo haya tratado en menor medida, los medios de comunicación han tenido un papel importante en su construcción como herramienta socializadora e ideologizadora. Por desgracia, la historiografía se ha preocupado más hasta el momento de cómo se relaciona el poder con el deporte, o las distintas ideologías con el mismo —además de los análisis más centrados en las consecuencias sociales de la instrumentalización política del deporte—, que de los discursos asociados a dicha relación. Cabe destacar también otra gran carencia analítica de la bibliografía sobre deporte y política. Si antes nos referimos a la preponderancia casi total del fútbol, en el eje temporal sucede algo parecido con el franquismo. Este periodo, por la naturaleza autoritaria del régimen y por el control absoluto que tuvo sobre los medios de comunicación y la estructura deportiva, centra casi todas las miradas de la bibliografía recopilada aquí. Los trabajos que escapan a la fuerza centrífuga del análisis del franquismo lo hacen en los años previos al mismo: son pocos los estudios que, hasta el momento, se hayan interesado en profundidad por el papel del deporte y su efecto nacionalizador a partir de la Transición y hasta nuestros días. Algo paradójico, puesto que los mayores éxitos deportivos de España han llegado a partir de entonces. De igual modo, este trabajo tratará de paliar, parcialmente de nuevo, dicha carencia, tratando dos éxitos deportivos de indudable relevancia acaecidos durante la década de los noventa.

Análisis práctico (I): el franquismo, el fútbol y los otros deportes

Introducción

Como ya se ha visto, gran parte de los estudios relativos a deporte, política y procesos nacionalizadores han estado ligados a la dictadura franquista. Durante este periodo podemos encontrar los ejemplos más obvios de propaganda y nacionalización de las masas a cuenta de los contados éxitos que los deportistas españoles lograron durante estos años. La dictadura no dudó en utilizar todos los recursos mediáticos disponibles a su alcance para proyectar una imagen de España acorde a los talentos deportivos que destacaban en el contexto internacional. Los triunfos individuales de Santana y Bahamontes servirán para fomentar una imagen determinada de la españolidad: así, se transmitirán valores relativos al esfuerzo, el pundonor y la capacidad de sufrimiento, complementados con el carácter luchador y obstinado de los deportistas nacionales. Sus triunfos podrían ser vistos como herramientas políticas de primer orden en el panorama internacional —como es el caso de Santana— o como ejemplo de los progresos internos del país —como es el caso de Bahamontes—. La elección de estos dos deportistas y sus respectivos éxitos viene dada por, primero, la importancia de sus especialidades —tenis y ciclismo— desde un punto de vista popular y, segundo, su papel como pioneros españoles en dos deportes hasta entonces remotos para el conjunto de la población.

Los éxitos colectivo de la selección española en este periodo pondrán el acento en la unión de todos los españoles en torno a una empresa común y servirán de reflejo casi igual a las vicisitudes políticas propias de la nación. De especial exhibición ideológica son algunas de las crónicas recogidas en este trabajo tras el triunfo ante la Unión Soviética en 1964, en la final de la Eurocopa de las naciones. Pese a la importancia de los logros de otros deportistas, el fútbol tendrá un peso desproporcionadamente mayor en el relato nacionalizador y deportivo del franquismo. La popularidad del fútbol y su sencilla identificación con la nación, dadas las características propias de los torneos internacionales que comenzaron a funcionar durante la posguerra, lo colocarán a la cabeza mediática tanto de *ABC* como de *La Vanguardia* como de *Mundo Deportivo*. Serán estos tres diarios los analizados en las páginas siguientes. El objetivo de este primer apartado es ahondar en el relato mediático, nacionalizador e ideológico del franquismo en torno a la selección española de fútbol, como ya se ha hecho en otros estudios, y comparar este discurso con el desarrollado en torno a las victorias deportivas, aisladas y excepcionales pero no por ello menos importantes desde un punto de vista deportivo, de la selección española de tenis, Manuel Santana y Federico Martín Bahamontes, enrolado en el equipo nacional ciclista que competiría en el Tour de Francia de 1959.

La victoria frente a Inglaterra de la selección española en 1950

Pocos goles han marcado tanto el imaginario colectivo de un equipo de fútbol como el de Zarra frente a Inglaterra en el Mundial celebrado en Brasil en 1950. España logró eliminar a Inglaterra, por muchos considerada aún el mejor equipo del mundo en tanto inventores del juego, con el que, durante muchos años, fue prácticamente el único aval de la selección española en su historia. Aquel gol, el de Zarra, supuso la clasificación de la selección española por primera —y hasta 2010, única— vez en su historia a lo que hoy en día podríamos denominar como «semifinales» del torneo. España accedió a una especie de fase final de la que se bajó rápidamente tras una goleada de Brasil, la anfitriona, quien se jugaría el Mundial más tarde frente a Uruguay. Aquel partido pasó a los anales de la historia posteriormente, conocido como el «Maracanazo» y glosado con frecuencia como una de las gestas más inverosímiles de siempre, en la que Uruguay se impuso a Brasil para absoluto drama nacional de los brasileños. Pero esa no es la historia que nos ocupa: España habló durante mucho más tiempo de su propio «maracanazo», el que Zarra certificó frente a Inglaterra, nada menos que los inventores del fútbol y uno de los equipos más prestigiosos de su tiempo³⁵. Como es natural, el hecho contó con una gran recepción de la prensa española. El *ABC* dedicó al día siguiente de la victoria un volumen muy amplio de páginas, en su número del 4 de julio de 1950. La final se había jugado el día 2, domingo, pero por aquel entonces el diario no salía los lunes. Así que las hazañas del combinado nacional se narraron con tardanza, sin que las crónicas se resintieran en vitalidad. Antes que nada merece la pena destacar la condición natural de inferioridad que los periodistas del diario madrileño tomaban respecto a los ingleses. Esto se publicaba en *ABC* el mismo 2 de julio de 1950³⁶:

«Así como decíamos hace siete días que una derrota o un empate frente a Estados Unidos sería lo más lamentable que pudiera ocurrir a nuestro equipo, hoy, aunque algunos nos tachan de pesimistas, diremos que no nos sorprendería un triunfo de los británicos, pues aunque tenemos fue en nuestros jugadores, no ignoramos las dificultades que la lucha presenta».

Nada de triunfalismos previos. Sin embargo, el redactor se encomendaba a los elementos clásicos de exaltación de la selección española y del carácter típicamente español: la furia, el coraje, el fútbol impulsado por el corazón. España se habituaba a sí misma a su propio estereotipo. Los españoles eran jugadores que practicaban un fútbol «ardoroso, genial, realizado a ráfagas como producto de chispazos o corazonadas e incluso a veces de milagrosas e insospechadas

35 «La mejor España eliminó a la orgullosa Inglaterra», *Historia de los Mundiales de Fútbol*, Madrid, As, 2006, pp. 70-71.

36 «España juega hoy un partido decisivo», *ABC*, 02/07/1950, pág. 33.

improvisaciones», frente al juego «sereno, equilibrado, académico, casi de laboratorio» de los ingleses. El carácter común de los españoles, su especificidad nacional, quedaba así ventilado con ligereza en las líneas de un pequeño artículo preparatorio. Sin embargo, pese a admitir la natural superioridad inglesa, *ABC* se reservaba cierta crítica a la soberbia del combinado anglosajón dos páginas más atrás, en un artículo dedicado a las reacciones del entorno del equipo británico:

«En su primera plana, el 'Daily Herald' ilustra el pronóstico de mañana en Río nada menos que con la reproducción de un cuadro de historia —de historia inglesa—, en el que aparece un guerrero español del siglo XVI vencido y a punto de ser encadenado por otro personaje que bien pudiera representar a Francis Drake».

Tanto el tono general del artículo como su propio titular advierten de unas «arrogancias» inglesas que hacían las veces de enemigo externo, ataque al español y podían servir de cohesión frente a una indudable ofensa de la selección que representaba a todos los españoles. No obstante, se insiste, al igual que antes, en la dificultad de la clasificación: «Se desea con ardor la victoria, pero nadie lealmente se atreve a calcular que es fácil». En las mismas coordenadas se manejaba *La Vanguardia* en su previa del partido, aunque desde un punto de vista más analítico y menos pasional que los redactores de *ABC*. Para el diario catalán, España se enfrentaba igualmente a uno de los equipos más poderosos del planeta al que su derrota inesperada frente a Estados Unidos no debía bajar de su histórico prestigio. *La Vanguardia*, no obstante, titulaba con un esperanzador pero decidor «Posibilidades del equipo español», al que en el artículo se refería como «nuestro equipo»³⁷.

Dado este panorama, resulta natural que ambos periódicos se entregaran con fervor a la victoria inesperada del combinado español. Podría darse, pero sin duda sería excepcional. Y lo fue: España venció a Inglaterra. *ABC* celebró el evento llevando a portada dos fotografías del partido³⁸ e incluyendo dos nuevas tomas en sus primeras páginas, generalmente dedicadas a un apartado gráfico con lo más destacado del día³⁹. Ya en páginas interiores, el partido era el principal protagonista. Ocho páginas dedicadas prácticamente en su integridad a narrar la gesta de Zarra y compañía, abriendo la información del periódico. Era una ocasión extraordinaria para sacar pecho nacional y *ABC* no la podía desperdiciar. «Nuestra selección nacional logró el domingo, en Río de Janeiro, al vencer brillantemente a la de Inglaterra, uno de los triunfos más notables de la historia del fútbol español». Y nada menos que una página completa de apertura dedicada a tan reseñable evento. Tres columnas completas en las que se narraban las vicisitudes de lo sucedido dentro del terreno de juego y fuera de él. *ABC* destacó la afluencia de aficionados españoles, todos ellos unidos

37 «Posibilidades del equipo español», *La Vanguardia*, 02/07/1950, pág. 21.

38 «España eliminó a Inglaterra del torneo mundial de fútbol», *ABC*, 04/07/1950, pág. 1.

39 «Tercera victoria de España en el torneo mundial de fútbol», *ABC*, 04/07/1950, pág. 5.

por un notable patriotismo y amor a su nación: «Se veían grupos de españoles ostentando en sus gorras los colores nacionales. También había muchas banderas y se oía constantemente la palabra 'España', 'España'. Mientras el estadio iba llenándose lentamente y los altavoces interpretaban canciones y piezas de música inglesas y españolas»⁴⁰. De nuevo se contraponía el valeroso fútbol de los españoles, un prodigio de voluntad, frente a la técnica y al fútbol científico de los ingleses. «Indudablemente el fútbol inglés es eternamente académico, pero el nuestro, sin excluir su técnica, posee mayor velocidad y es más eficaz ante la puerta», continuaba la crónica en páginas posteriores⁴¹. Y ello era motivo de doble orgullo para los españoles. Así invitaba el redactor a celebrar el triunfo del conjunto nacional:

«Me figuro la alegría con que la victoria española se habrá recibido en nuestra Patria. Quiero hacer constar que los compatriotas residentes en el Brasil se sienten orgullosos de ser españoles (...) el entusiasmo de la colonia española era enorme, y puede decirse que en masa asistió al encuentro contra Inglaterra para alentar a sus compatriotas».

El fútbol como recipiente del orgullo y del sentimiento nacional español. Nada que ver con el sentimiento inglés después del partido, recogido por el propio periódico por medio de su corresponsal en Londres. El periodista criticaba veladamente la querencia de los ingleses por explicar la derrota de su equipo mediante los errores arbitrales y titulaba con sorna «Inglaterra, 2-España, 6», en referencia a los goles totales anotados en el campeonato. Contrapuesto al resto de artículos al respecto de *ABC*, esta pequeña columna bien podía reafirmar la calidad y la superioridad de España frente a los lamentos constantes de los ingleses, ahora enfundados en un peripatético traje desconsolado y protestón⁴². Pero para España las expectativas se habían disparado totalmente: en dos columnas, *ABC* informaba de que España y sólo España había logrado clasificar para la fase final sin conceder apenas un empate, frente a los tropiezos suecos, brasileños y uruguayos⁴³. Y el corresponsal en Brasil enviaba más fragmentos de prensa internacional, en el que, de nuevo, se destacaba la «hombría», el «coraje», y el «corazón»⁴⁴. Tres signos identitarios del fútbol español que tanto dentro como fuera de las fronteras se propagaban con insistencia.

La Vanguardia se mostró menos entusiasmada que *ABC* en sus crónicas del partido. Por un lado, apenas una concesión al buen perder de los ingleses en su portada del 4 de julio⁴⁵, muy lejos del derroche gráfico de su compañero madrileño. *La Vanguardia* dedicó cuatro páginas al evento,

40 «Nuestra selección nacional logró, en Río de Janeiro, al vencer brillantemente a la de Inglaterra, uno de los triunfos más notables de la historia del fútbol español», *ABC*, 04/07/1950, pág. 15.

41 «Nuestra selección nacional logró...» (cont.), *ABC*, 04/07/1950, pág. 16.

42 «La única verdad», *ABC*, 04/07/1950, pág. 17.

43 «Nuestro equipo en la fase final», *ABC*, 04/07/1950, pág. 21.

44 «Juicios laudatorios para nuestros jugadores», *ABC*, 04/07/1950, pág. 20.

45 «Los ingleses celebran su derrota», *La Vanguardia*, 04/07/1950, pág. 1.

siempre dentro de la sección de Deportes, frente a la apertura y las ocho páginas de *ABC*. Las diferencias no terminan ahí: si *ABC* recurría a tópicos más velados que en su previa pero aún presentes sobre la furia y el coraje de los españoles, *La Vanguardia* trazaba crónicas de perfil más ligero e indudablemente mejor escritas. Por contra, las felicitaciones de Francisco Franco al combinado nacional fueron publicadas en un gran cuadro a la derecha de la crónica/resumen del partido en la primera página de la sección de Deportes⁴⁶. Del mismo modo que *ABC*, *La Vanguardia* se hizo eco de las reacciones furibundas y dignas de otro estudio sobre nacionalismo y fútbol, aunque en el caso inglés, de la prensa británica tras el partido. Aunque lo interesante aquí es, de nuevo, la utilización por parte de ambos diarios de estas altivas declaraciones de sus homólogos ingleses para realzar la victoria de España. Los dardos de su enviado especial resultaban esta vez más sutiles que los de *ABC*⁴⁷:

«Toda esta algarabía de reproches y confusiones revela, en realidad, la decepción que ha sufrido la opinión inglesa ante la derrota a manos de los españoles del otrora invencible fútbol inglés, una derrota que se ha producido al final de una semana especialmente aciaga para el deporte británico. Después de su total eliminación en Wimbledon y su derrota por los negros de las Indias Occidentales en Lords».

Más adelante, *La Vanguardia* llevará a portada declaraciones de personalidades notables sobre el triunfo de «la furia española», de nuevo recurriendo al estereotipo del vigor y el empuje frente a la técnica inglesa. Hay que matizar, no obstante, que si bien *La Vanguardia* aplaude el partido de Inglaterra también se muestra crítica con su rigidez técnica, en un discurso menos maximalista y más matizado, y por tanto menos estereotipado, respecto a sus homólogos del *ABC*. Mayor interés reviste, sin embargo, una pequeña crónica publicada en la página 14 de ese mismo día sobre el seguimiento del partido en la capital catalana, Barcelona. Todo un ejemplo de proceso nacionalizador por medio del fútbol, y más aún en una ciudad donde el nacionalismo tuvo antes de la dictadura franquista tanta importancia. El redactor habla de más de un millón de barceloneses apoyando a la selección española en su encuentro contra Inglaterra y de un auténtico y hondo sentimiento de alegría por la victoria del combinado nacional que, en páginas anteriores, había vuelto a ser citado como «nuestro equipo». También el de los catalanes⁴⁸:

«Toda Barcelona, así, toda, sin excepciones, desde un punto u otro, se hallaba a la escucha. Y se fueron siguiendo, con la fértil imaginación española que Dios nos ha dado, paso a paso, las incidencias del encuentro. Cuando en los primeros minutos los delanteros ingleses

46 «España, en el sensacional encuentro de Río, derrotó a Inglaterra por 1 a 0», *La Vanguardia*, 04/07/1950, pág. 11.

47 «Fallo de la tradicional ecuanimidad inglesa», *La Vanguardia*, 04/07/1950, pág. 12.

48 «En Río había 100.000 y en Barcelona un millón», *La Vanguardia*, 04/07/1950, pág. 13.

bombardeaban sin descanso la puerta defendida por Ramallets, el barcelonés apretó con rabia las quijadas; cuando, acto seguido, vino la reacción del once de la camiseta grana, el barcelonés abrió los ojos en actitud de nerviosa expectativa; cuando llegó el descanso con el empate a cero (...), siguió la inquietud, porque no consistía en ganar la Liga del grupo, consistía en vencer al coloso».

El gran éxito: la Eurocopa de 1964

Catorce años después del primer gran éxito de la selección española durante el franquismo, España lograría el que durante aún más años que el gol de Zarra serviría de punto de referencia mitológico para el fútbol nacional. En 1964 uno de los equipos más talentosos de la historia de la selección española se imponía en Madrid al combinado de la Unión Soviética por dos tantos a uno⁴⁹. Se trataba del primer título, y hasta más de cuarenta años después único, que la selección española conseguía en su historia, tras la medalla de plata en los Juegos Olímpicos de Amberes en 1920. La simbología del triunfo vendría marcada por las propias circunstancias políticas de la época y por la naturaleza del rival: nada menos que la Unión Soviética, el enemigo comunista, la antítesis del régimen franquista. Hasta el punto de que cuatro años atrás, durante la celebración del primer torneo europeo de selecciones, el propio régimen impidió al combinado español enfrentarse al soviético en los cuartos de final. Por aquel entonces Di Stéfano aún jugaba para España, y la negativa del régimen de permitir la entrada de los futbolistas soviéticos impidió que la selección demostrara si era capaz o no de alzarse con el trofeo⁵⁰. Finalmente, fue la propia Unión Soviética la que se llevó el premio en aquella primera edición. En 1964 los mismos equipos volverían a encontrarse en la final y, esta vez, la dictadura franquista no se opuso a la celebración del partido. No en vano, la posible victoria se trataba de un elemento simbólico irreplicable a nivel deportivo. Y así fue: el gol de Marcelino con la presencia de Francisco Franco en el palco sirvió de elemento de reafirmación nacional frente al enemigo tradicional del régimen, el comunismo.

Todos estos elementos —oportunidad histórica, poderío del rival, connotaciones políticas— estaban presentes en las crónicas previas al partido decisivo, que tuvo lugar el 21 de junio de 1964 en el estadio Santiago Bernabeu. Como ya sucediera frente a Inglaterra en 1950, *ABC* presentaba el enfrentamiento entre ambos equipos desde estereotipos deportivos y culturales. Por un lado, el conjunto soviético representaba la sublimación de lo mecánico, el encanto de lo industrial y la certidumbre de la técnica. Por otro, el español se aferraba al «divo» y al natural carácter individualista de los latinos. Los rusos, como son frecuentemente citados en las crónicas, habían «encontrado en el fútbol un juego muy acorde con su característica de hacer protagonista a la masa

49 «Marcelino dio a España su mayor triunfo», *Historia de la Eurocopa*, Madrid, As, 2008, pp. 40-41.

50 «La política se inmiscuye en el deporte», *Historia de la Eurocopa*, Madrid, As, 2008, pp. 18-19.

o al coro». Era un juego «muy asociativo, de conjunto», frente a «nuestro fútbol, el español», mucho más «individualista, como somos los españoles o los latinos, pendientes del 'divo'». Sin embargo, el cronista en cuestión no creía que se debiera subestimar a los soviéticos. En todo caso, la selección indudablemente favorita era la española⁵¹:

«Nuestra historia futbolística es larga y dilatada, pero no aparece en ella un encuentro con Rusia porque el fútbol de este país en el orden internacional se desarrolla precisamente en los últimos treinta años en que hemos estado cortados diplomáticamente. Por antigüedad, por calidad histórica, España debería vencer a Rusia».

Adiós al sentimiento de inferioridad propio de las crónicas previas al partido entre España e Inglaterra. La generación de futbolistas con la que contaba la selección nacional invitaba al optimismo, ahora más que nunca tras las victorias en Europa del Real Madrid y el Fútbol Club Barcelona. El mensaje era claro: no hay ningún motivo por el que la Unión Soviética sea mejor que España. En una España en plena ascensión como país, el victimismo era algo ya enterrado. Por su parte, *La Vanguardia* se mostraba mucho menos entusiasmada en todos los sentidos. En su crónica previa del mismo domingo en el que tendría lugar el partido, el periódico alertaba sobre un posible exceso de optimismo por parte de los españoles. Lejos del claro favoritismo que su homólogo madrileño otorgaba a la selección nacional, *La Vanguardia* optaba por no reducir las posibilidades de los soviéticos. Esta prudencia y carencia de entusiasmo se veía reflejada también en el espacio dedicado a la previa del partido. Muy lejos de las varias páginas de *ABC*: apenas un recuadro a tres columnas en la primera página de Deportes, ni siquiera a página completa, tras, eso sí, un titular a cinco columnas meramente informativo. De mayor interés revierte sin embargo la entradilla de la noticia relativa al partido que enfrentaría a España y la Unión Soviética. Ocupa prácticamente un tercio del texto, y sobre él sobrevuela la sombra de la política. *La Vanguardia* hace un llamado para evitar caer en la politización del partido, hasta el punto de decir que «hemos de hacer el esfuerzo para comprenderlo así y atenernos a las consecuencias. De otra manera no valdría la pena la lucha por la convivencia que se viene sosteniendo en todo el mundo», en referencia a la compleja pero necesaria tarea de afrontar el choque como un evento únicamente deportivo⁵². Las diferencias se acentuaron aún más cuando, dos días más tarde, las diferentes cabeceras trataron la victoria de España en sus páginas. Si bien es posible establecer unas líneas comunes, al igual que el caso anteriormente tratado del Mundial de 1950, en esta ocasión el entusiasmo, traducido en una mayor relevancia informativa del evento, iba a corresponder a *ABC*. Es posible establecer una lectura política: mientras *ABC* hacía las veces de órgano nacionalista y leal al régimen franquista, *La*

51 «España y la URSS, en una final sin pronóstico», *ABC*, 21/06/1964, pág. 91.

52 «Las selecciones de España y la URSS, frente a frente en el partido final de la II Copa de Europa de Naciones», *La Vanguardia*, 21/05/1964, pág. 62.

Vanguardia, sin dejar de estar férreamente controlada por la dictadura, se orientaba hacia un público distinto. Catalán y de diferente sensibilidad.

¿En qué se traduce esto a la hora de leer los dos periódicos? No sólo en los contenidos, de un claro cariz propagandístico y patriótico por parte de *ABC* y de mayor peso informativo y analítico en *La Vanguardia*, sino también en la forma: ambos llevaron la victoria a su portada⁵³, al contrario que en la gesta de menor importancia de 1950, pero las similitudes terminaron ahí. *ABC* desplegó todo un arsenal de crónicas y montajes fotográficos. La victoria de España frente a la Unión Soviética aparece en las páginas 14, 15 y 17 en forma de fotografías comentadas. Y más tarde, si bien no es apertura de periódico como en la victoria de España frente a Inglaterra en el Mundial de catorce años atrás, sí cuenta con un espacio preferencial en la sección de Deportes. Seis páginas completas, que junto a las previamente citadas hacen diez en total, dedicadas al partido. *La Vanguardia* se mostró mucho menos exhaustiva en su información sobre el tan trascendente partido: portada y apertura de Deportes, donde página y media, la 35 y la 36, se encargarían de dar cuenta de la victoria al lector barcelonés. Y ya, porque el resto de páginas de Deportes irían dedicadas a otros menesteres. En lo relativo al contenido y al tratamiento de la información, de nuevo *ABC* ofrece una perspectiva mucho más emocional e ideológica que *La Vanguardia*. Sin embargo, merecen destacarse dos aspectos de uno y otro periódico. Por un lado, ambos insisten en la culminación simbólica que la Eurocopa supone para el régimen franquista. Una especie de agregado emocional y deportivo a los paralelamente citados «veinticinco años de paz». *ABC* es mucho más exhaustivo en esta parcela, con fragmentos que se acercan al culto a la personalidad puro y duro, pero la mayor relajación ideológica de *La Vanguardia* no impide que las cartas estén marcadas de antemano.

La crónica oficial del partido: desde el principio, la entradilla insiste en el tópico del particular temperamento español, destacado por su especial «elemento emocional». Se trataba pues de un partido de fútbol «entendido a la española», en el que los jugadores debían mostrarse aguerridos y corajidos, hasta el mundo de evitar «los fracasos que hemos lamentado en otras ocasiones». La victoria de España partía ya de un elemento tan español como atemporal: el carácter. «Todos hemos sentido un especial impulso que ha producido una situación nueva. Más aún, inédita», comentaba el cronista de *La Vanguardia*. Así que, por lo pronto, España había alcanzado el cetro europeo gracias a una especie de fuerza puramente española al margen de elementos tácticos o técnicos. ¿A qué se debía tan importante hecho, que había propiciado nada menos que una victoria que en años anteriores hubiera tornado en fracaso? Quizá a la particularidad política del partido. Política y emocional:

53 «Apoteosis en el 'Bernabeu': España vencedora en la II Copa de las Naciones», *La Vanguardia*, 23/06/1964, pág. 1; y «La Copa de Europa, para España», *ABC*, 23/06/1964, pág. 1.

«El clima en que se ha jugado este España-URSS no ha tenido —ni podría tenerlo— precedente. Se trataba de un partido único, aparte de los demás, distinto de todos. Un partido que no puede incluirse en la lista general. Más que nunca, esta vez el ambiente ha sido decisivo».

Como se verá más adelante, esta sutilidad del redactor del periódico barcelonés no se verá correspondida en su homólogo madrileño. *La Vanguardia* en apariencia acoge el partido con frialdad y exquisita, por llamarla de algún modo, neutralidad. Pero en apenas una veintena de líneas ya ha introducido la idea fuerza que dominará la imagen del español y de sus futbolistas: su capacidad para estar unidos y para, con convicción y devoción, sobreponerse a las circunstancias adversas. Una suerte de pensamiento *mágico* que tendría su continuación en los párrafos siguientes, introducidos bajo el cintillo «Pueblo y público»:

«Los ciento veinte mil espectadores que acudieron y se estrujaron en el estadio Bernabeu no estaban dispuestos a perder este partido. Su presencia y su actitud demostraban bien claramente su deseo, su exigencia, de victoria. Nada ni nadie les arrebataría el triunfo».

De nuevo, la unidad por encima de todo lo demás. La unidad de los aficionados y, de forma paralela, la unidad del país, acaso uno de los pilares del nacionalismo español y muy afianzado en el imaginario franquista. Una unidad, además, que rotaba en torno a la figura que mejor representaba a España: Francisco Franco:

«No faltó el primer español: Franco. Su presencia en el palco presidencial fue saludada con una inacabable ovación del estadio entero puesto en pie. Los españoles allí presentes quisieron demostrarle ante todo su adhesión en este cuarto de siglo de paz que le debemos y además su satisfacción porque estaba con ellos. Y Franco —junto a su esposa— saludó a su pueblo, enviándole, con su reposado ademán, el afecto y la seguridad».

Si el pueblo español estaba unido en contra del enemigo era gracias, en gran medida, a la figura de Franco. *La Vanguardia* fusiona aquí dos de las ideas principales que manejan la crónica antes de comenzar a hablar estrictamente del partido. El poder genuino del carácter español y la necesidad de que éste se desarrolle en un contexto de unidad nacional, propiciado por el máximo representante de la misma, Francisco Franco. Una vez superadas estas líneas, la crónica se desliza hacia un terreno mucho más deportivo, alejado no sólo de consignas políticas sino también de clichés y estereotipos, impecable en el apartado formal⁵⁴.

54 «España triunfa en la II Copa de Europa de Naciones», *La Vanguardia*, 23/06/1964, pág. 35.

La información de *La Vanguardia* del partido no termina ahí. Justo debajo de la crónica previamente citada aparece otra, de carácter más personal, que sirve de complemento a la pieza principal. En ella se da cuenta asimismo de lo sucedido en el partido, aunque la aproximación es más cercana a un artículo de opinión. Y es aquí donde podemos encontrar el análisis de lo sucedido en torno a los estereotipos, que de nuevo servirían para reafirmar una condición nacional distintiva del español frente a sus enemigos. En la pieza, titulada «Pereda, Jusainov y Marcelino consiguieron los goles del partido»⁵⁵, se presenta a los jugadores rusos como auténticos portentos físicos, férreamente inexpugnables en defensa y mecánicos. A los españoles, por el contrario, se les atribuyen condiciones físicas menos impresionantes pero una vivaz imaginación. Ni siquiera a nivel técnico se trata de equiparar a ambos equipos. El autor del artículo sostiene que el fútbol de los soviéticos «quizá tuviera más técnica» que el de los españoles, pero considera que la selección nacional contaba con jugadores más «ágiles y hábiles» y con la dosis de ingenio e «imaginación» necesaria para vencer al bien plantado equipo ruso. En algún momento, incluso, se plantea la conveniencia de redundar en los tópicos sobre el rival:

«Los lugares comunes, los tópicos, llegan a serlo porque calan pronto en la gente y les facilita su propia interpretación de los hechos. De esta forma, nos hemos cansado de oír estos días que los rusos, los jugadores rusos de fútbol, son poco imaginativos. No sé. Ocurre, eso sí, que los rusos son, constituyen un equipo fuerte y homogéneo, y concebido así el fútbol, es más difícil dar cuatro regates seguidos, lanzar el balón hacia atrás o pasarse al sitio del contrario».

La imagen que se transmitía del fútbol español era la que, de algún modo, podría resumir el carácter del pueblo español: puede que no el más fuerte físicamente, puede que no el más dotado técnicamente, pero desde luego el que más corazón, empuje, espíritu e ingenio podía ofrecer. La crónica se complementa con un pequeño recuadro donde se da cuenta del recibimiento de Francisco Franco a los jugadores de la selección española después de la victoria⁵⁶, como ya sucediera en el mismo periódico tras la victoria ante Inglaterra en 1950 —aunque en aquella ocasión se tratara únicamente de la felicitación del dictador—. Las similitudes entre los relatos de *ABC* y *La Vanguardia* existen pero, como ya se ha visto, el discurso del diario catalán es más laxo, menos patriótico y mucho más centrado en lo deportivo que, como veremos, el del periódico madrileño. No obstante, hay algo en lo que ambos coinciden plenamente: las crónicas de los periódicos extranjeros. *ABC* y *La Vanguardia* se sirvieron del mismo teletipo para recoger las reacciones de los diarios europeos⁵⁷. Al igual que en el caso del Mundial de Brasil, se puede comprobar cómo los

55 «Pereda, Jusainov y Marcelino consiguieron los goles del partido», *La Vanguardia*, 23/06/1964, pág. 35.

56 «Audiencia del Jefe del Estado a los jugadores de la selección nacional», *La Vanguardia*, 23/06/1964, pág. 35.

57 «Prensa extranjera», *La Vanguardia*, 23/06/1964, pág. 36; y «Repercusión en la prensa extranjera», *ABC*,

estereotipos sobre el carácter y el fútbol español se reproducen con mayor profundidad en la prensa europea que en los periódicos nacionales. Es el caso de los diarios italianos: el *Corriere della Sera* llevaba a portada «España furia», como destaca el teletipo reproducido por ambos periódicos, y de algún modo podía contribuir a afianzar la imagen nacional que de sí mismo tenía el español. También merece la pena destacar el espacio dedicado a la prensa soviética. En la crónica se entrelazan dos elementos: por un lado, el redactor de turno destaca las protestas soviéticas a cuenta de los árbitros, señalando el mal perder, o achacando la victoria a elementos ajenos al talento español, del rival; por otro, se analizan los elogios que el mismo rival vierte sobre el propio equipo nacional. Este doble proceso permite presentar al equipo español tanto víctima de infundadas acusaciones y ataques —la victoria gracias a la connivencia arbitral— como ejemplo para el rival derrotado y admirable prodigio de talento.

A partir de aquí, la efusividad y la carga ideológica de *ABC* no tiene nada que ver con lo anteriormente expuesto de *La Vanguardia*. Desde el primer momento el periódico no ocultaría sus cartas. La apertura de la sección de Deportes intercalaría la crónica del partido con un pequeño alegato propagandístico a modo de introducción. Antes que nada, el lector se veía obligado, por prioridad informativa, a leer lo siguiente⁵⁸:

«Ante el equipo de la URSS, cuya roja bandera estaba izada en lo alto del estadio (...) una masa heterogénea de 120.000 españoles de todas las edades y clases tributó el domingo al Jefe del Estado una de las más sostenidas, fervientes y clamorosas ovaciones que registra su larga vida política (...) Al cabo de veinticinco años de paz, detrás de cada aplauso sonaba un auténtico y elocuente respaldo al espíritu del 18 de julio. En este cuarto de siglo, diríase que nunca había rayado más alto la intencionada y entusiasta adhesión popular al Estado nacido de la victoria sobre el comunismo y sus compañeros de viaje, de dentro y de fuera».

El mensaje no podría ser más explícito. Lo más importante del partido no era el resultado, aunque eso llegaría más tarde, sino la indudable muestra de cariño y afecto del pueblo español a Francisco Franco. Un hecho doblemente relevante dada la presencia de medios de comunicación de toda Europa y del enemigo tradicional del régimen: el comunismo. *ABC* lo recuerda: «la victoria sobre el comunismo», ya viniera desde fuera, en este caso la Unión Soviética, o desde dentro, en este caso los derrotados en la contienda bélica. España se enorgullecía primero del cuarto de siglo de paz y de Francisco Franco, y, más tarde, de sus futbolistas y de su sentimiento patriótico. Pero lo esencial, como la estructura informativa de *ABC* dejaba claro, era la lealtad al dictador.

23/06/1964, pp. 58-59.

58 «España gana la Copa de Europa de naciones al vencer a la URSS por 2-1», *ABC*, 23/06/1964, pág. 55.

El partido no sólo había servido para que el pueblo reafirmara su apoyo a Francisco Franco, sino que también ejercía de símbolo del progreso y la modernidad del país. Es en el siguiente párrafo del pequeño artículo introductorio donde se puede encontrar un mayor espíritu nacionalizador. Para *ABC*, la victoria de España sobre la Unión Soviética representaba el éxito del proyecto franquista, que durante los años sesenta comenzaba a despegar el vuelo gracias a los planes desarrollistas introducidos a principios de la década. El fútbol español caminaba en 1964 paralelo al crecimiento del país, o así al menos lo entendía el periódico. Más aún: estos éxitos, tanto los deportivos como los económicos y sociales, surgían de la «unidad» del pueblo español, de su solidaridad y de su coherencia. Las cuestiones deportivas quedaban más al margen. El partido culminaba la «ventura nacional» de todos los españoles. Era un éxito total:

«Por encima de sus espléndidos y evidentes valores deportivos, esta final de la Copa de Europa de Naciones tiene una extensa significación cívica y política que sólo los miopes empecinados pueden negar. España es un pueblo cada día más ordenado, maduro y coherente, que marcha solidario por los caminos reales del desarrollo económico, social e institucional. A esta luz clara y rotunda, la hostilidad de quienes desde el exterior continúan con el reloj de la historia parado cobra un tinte grisáceo y grotesco. España avanza unida en la labor y en el propósito. Es una ventura nacional».

Los destinos de la selección española y de España como país quedaban de este modo unidos, y los gestos de afecto y apoyo de los aficionados del Bernabeu a su equipo representaban su adhesión a la nación. Un relato, el del encuentro, que no haría sino perpetuar los clichés culturales y deportivos de cada selección e incidir en el simbolismo político y patriótico del partido. Por lo pronto, la crónica destacaría la justicia con la que España habría obtenido el título. Merece la pena respetar al equipo soviético, da a entender el redactor, pero España ha sido sin ninguna duda un equipo superior merecedor de la victoria. Aquí el triunfalismo es notorio, lejos ya de la equidistancia emocional de *La Vanguardia* o de la reverencial admiración hacia Inglaterra en el Mundial de Brasil. Pese a tratarse de un partido nivelado, según *ABC*, era «normal» que España se impusiera en el marcador, «porque fue el equipo de mayor chispa y mejores agudezas en el ataque». E insistía el redactor: «No es la primera vez, ni será la última, que un gol bien hecho justifica un resultado». España era la merecedora triunfadora no sólo del partido, sino de todo el campeonato. Más aún: ya no había que tener miedo a la leyenda de algunos equipos. La Unión Soviética no había parecido tan fiera durante el transcurso del partido. España estaba al mismo nivel que todos los demás, sino más alta. Una idea patriótica reflejada en el siguiente fragmento:

«(...) vencer al campeón cuando el campeón era la URSS tenían un aliciente mayor por la

aureola que envuelve a todo lo soviético, a su gigante personalidad, a su fama, a la curiosidad por observar sus figuras, al misterio de lo desconocido, aunque luego, al hacerles bajar del pedestal, comprobemos que los jugadores son como nosotros y que en fútbol no son mejores que nosotros».

Y si así se trataba no era gracias a la técnica, a la táctica o al físico. De nuevo, España había logrado imponerse a su rival gracias a su «inspiración» y «decisión en los frutos» típica del «temperamento español». *ABC* redundaba una vez más en los tópicos del fútbol español y del carácter nacional: la emoción, la «luz de esperanza», acaso el «genio de la hispanidad», aunque el propio periodista admita que no es para tanto. Los triunfos de España poco tenían que ver con su pericia técnica o con su fortaleza física. Se trataba de la inspiración, de la habilidad o el ingenio. La crónica tampoco quedaba exenta de connotaciones políticas, aunque en esta ocasión mucho más ligeras. Explica el cronista:

«La final europea ha tenido una grandeza previa y otra grandeza posterior al partido que han sido superiores al partido mismo. El clima apasionante, el nerviosismo, el espíritu de lucha, el compromiso o la responsabilidad nacional, el temor a perder, tenían que influir en el juego».

La idea de «responsabilidad nacional» sitúa al encuentro por encima de lo deportivo, en un estadio de reto patriótico que concierne a todos los españoles. Su superación es un éxito del país en su conjunto, no sólo del equipo nacional de fútbol. Se trataba, no en vano, de un «gran partido» que había jugado toda la nación: una «manifestación oficial y sentido popular» de «grandeza sorda y brillantez social colectiva», que debía mostrar al mundo «una comprensión libre, sin menoscabo del firme criterio de lo que somos y del por qué lo somos». La final de la Eurocopa era el espejo en el que España reflejaba su propia imagen hacia el resto del mundo. La imagen de un país unido en torno a su líder, Francisco Franco, que camina hacia la victoria de la mano de su selección de fútbol. El simbolismo es poderoso porque el fútbol, como bien recuerda el redactor de *ABC*, es un «mercado común» de «sociabilidad» y «contacto de los países» al que ahora España accedía por «derecho propio». Y si el fútbol se trataba de un gran teatro donde los países definían su identidad colectiva, España había ganado entonces algo más que un trofeo, había «ganado también para el mundo otro partido, como es el de la interpretación de nuestros pasos y nuestra vida en cada instante». Y mucho más, incluida la transformación del rojo de la camiseta en el azul nacional.

«El 2-1 del marcador es bastante, pero hay más por debate y por encima de la victoria obtenida por nuestro equipo azul: es el triunfo nacional completo de la dirección del

deporte español, para el que tiene la política del Estado en pleno reconocimiento, la máxima confianza, el posible apoyo. Y la gratitud, en justa correspondencia a lo que el deporte español pone personal y colectivamente al servicio de su Patria»⁵⁹.

Cuesta encontrar mejores ejemplos de nacionalización de las masas por medio del deporte que el triunfo de la selección española frente a la Unión Soviética en 1964. Como se ha visto, el régimen desplegó toda su artillería mediática para relacionar la positiva marcha del país y su triunfo un cuarto de siglo después con la brillantez del equipo de fútbol nacional. Deporte y nación se mezclaban hasta el punto de no haber diferencia entre uno y otro. Los éxitos de uno y de otra quedaban estrechamente relacionados sobre los pilares ideológicos del régimen: la unidad de todos los españoles en torno al dictador Francisco Franco y los estereotipos y clichés sobre el carácter y la forma de ser de los españoles. Así, el fútbol determinaba la forma de ser política y social, o al menos así aspiraban a difundirlo los medios de comunicación analizados, de los ciudadanos españoles. *ABC* en gran medida y *La Vanguardia* con mayor sutileza. Será una constante el mayor protagonismo deportivo en las páginas del diario madrileño que el barcelonés, pero no convendría despreciar la ligereza y menor inversión emocional mediante la que *La Vanguardia*, frente al entusiasmo de *ABC*, trata la victoria del equipo nacional.

1959: el Tour de Federico Martín Bahamontes

El fútbol fue sin duda el principal deporte del país durante el franquismo, pero los éxitos del combinado nacional y de los clubes más importantes de España tuvieron también paralelismos en otros deportes. Un caso significativo, por repercusión social e importancia de los logros, fue el del ciclismo: un análisis superficial de la prensa deportiva o de la sección deportiva de los diarios generalistas revela cómo el ciclismo, durante los cincuenta y los sesenta, tuvo un protagonismo importante en el espectro mediático español. Sin que ello tuviera una relación directamente proporcional con la frecuencia de sus éxitos, por muy paradójico que sea. En todo caso, sí hubo hazañas relevantes y de amplio eco mediático. Y la más célebre de todas ellas fue la consecución del Tour de Francia de 1959 por Federico Martín Bahamontes⁶⁰. Por primera vez en la ya dilatada historia de la ronda francesa, la prueba más dura y prestigiosa del calendario internacional y en la que habían inscrito su nombre los ciclistas de mayor leyenda, un español se alzaba en París con el maillot amarillo. Este hecho tan excepcional, ubicado temporalmente en el corazón del franquismo, no pasó desapercibido para la prensa del régimen y para la propia dictadura. Poco a poco, conforme el delgado escalador afianzaba su ventaja sobre el resto de ciclistas europeos, tanto la prensa

59 «España gana la Copa de Europa de naciones al vencer a la URSS por 2-1», *ABC*, 23/06/1964, pág. 57.

60 Para consultar los resultados obtenidos por Indurain en el Tour de Francia de 1995, véase la página oficial del Tour de Francia. [<http://www.letour.fr/HISTO/us/TDF/1959/index.html>, consultado por última vez el 28/10/2013]

generalista como la prensa deportiva comenzaron a aumentar la carga patriótica en su retórica diaria. Como otras victorias, la de Bahamontes rápidamente sería presentada como el fruto del talento innato de los españoles, de su coraje y de su capacidad para sobreponerse a las dificultades, entre las que se incluían con frecuencia las conspiraciones extranjeras contra el honrado deportista español. Más aún: el logro sin duda excepcional de Bahamontes reflejaría el lugar de España en el mapa y serviría de escaparate para un país y un régimen necesitados de prestigio internacional. No entraremos aquí a valorar si esta empresa tendría éxito o no, dado que se trataría de una investigación de enfoque radicalmente distinto, pero sí podemos afirmar que, al menos, el franquismo trató de lamerse sus propias heridas, a las puertas de la década de los sesenta, tras el ascenso a lo más alto de Bahamontes.

Lejos de las eufóricas crónicas finales, Bahamontes no contaba en demasía con el favoritismo de la prensa española los días previos al inicio de la ronda gala. *La Vanguardia* ni siquiera cita al escalador castellano: por el contrario, glosa las virtudes y las gestas aún reciente de su principal rival deportivo, el luxemburgués Charly Gaul⁶¹. Por su parte, *ABC* sí cita a Bahamontes, pero lejos de lanzar las campanas al vuelo tras unas altisonantes declaraciones del toledano, el redactor de turno decide rebajar los ánimos y reprender implícitamente a Bahamontes por sus eufóricas y demasiado altivas palabras⁶². De igual modo, *Mundo Deportivo* también se muestra escéptico ante las posibilidades de Bahamontes, en paradójico contraste con los recortes de prensa de los periódicos franceses recogidos por el propio diario, quienes sí contaban al ciclista toledano entre los favoritos⁶³. De hecho, *Mundo Deportivo* incluso incluye un perfil de Antonio Suárez, compañero de Bahamontes en el equipo español, vigente campeón de España de ruta y presentado como líder paralelo al propio Bahamontes dentro del combinado nacional⁶⁴. Es decir, lejos de otros deportes y acontecimientos, donde destaca por encima de todos el fútbol, la prensa nacional no tenía prevista una victoria espectacular de Bahamontes. Ningún periódico decidió lanzar las campanas al vuelo. Al contrario. Un evidente contraste con otras situaciones de excesivo optimismo o análisis totalmente cegados por el patriotismo deportivo ya analizadas con anterioridad que o bien da fe de la poca consideración que la prensa tenía del ciclista castellano o bien ejemplifica cómo, ante la ausencia de éxitos en este deporte, los periódicos no confiaban en las posibilidades patrióticas, propagandísticas o nacionalizadoras del ciclismo. Sin duda, esto puede deberse a la ausencia total de triunfos españoles anteriores en la ronda francesa y a la precaria situación del ciclismo nacional durante la década de los cincuenta y anteriores. Lejos de las victorias, el deporte no era tan interesante desde un punto de vista patriótico.

61 «Comenzará la XLVI Vuelta a Ciclista a Francia», *La Vanguardia*, 25/06/1959, pág. 24.

62 «Bahamontes, Kopa y Goyaga, hombres del día», *ABC*, 25/06/1959, pág. 58.

63 «120 corredores y trece naciones participan en la Vuelta a Francia que se inicia hoy en Mulhouse» y «'Un destacado escalador debe ganar el Tour' según los técnicos franceses», *Mundo Deportivo*, 25/06/1959, pág. 4.

64 «Antonio Suárez: bajo los pasos de Baldini», *Mundo Deportivo*, 25/06/1959, pág. 5.

La situación cambió conforme Bahamontes se acercó a los primeros puestos de la general, con el gran colofón de la última etapa y su entrada en el velódromo de París vestido de amarillo. Las palabras del atleta toledano al inicio del Tour dejaban de ser pintorescas y pasaban a hacerse realidad. Del escepticismo controlado que protagonizaba las crónicas previas a la vuelta francesa se pasó a la exaltación del ciclista castellano cuando éste venció en la cronoescalada al Puy de Dôme. Bahamontes había logrado imponerse en apenas doce kilómetros a todos los demás y se había colocado segundo en la clasificación general, a unos pocos segundos del líder. En realidad, Bahamontes era el líder virtual, dado que el maillot amarillo por aquel entonces, retenido por un puñado de segundos, era el residuo de una escapada bidón al inicio del Tour, compuesta por ciclistas sin importancia para la general. Era tal la importancia de la victoria del corredor español que algunos redactores no pudieron evitar sentirse emocionados. Así, el periodista de *Mundo Deportivo* se confesaba incapaz para la «música» en su crónica de la etapa, embriagado por la emoción y sintiendo desde Francia el «júbilo de España entera». No debía haber dudas: la victoria de Bahamontes emocionaba a todos los españoles. Más tarde, el propio escritor incurriría en otros hitos culturales e históricos de la España reciente para glosar con suficiente épica el triunfo del ciclista:

«Incluso me han preguntado [los periodistas franceses] por un cuadro del entierro del Conde Orgaz que hay en Toledo, pintado por el Greco. Los amigos de Radio Bilbao también eran asediados a preguntas sobre el Alcázar toledano, y por la ciudad del César, cuna de Federico, el nombre de su esposa... ¡comprenderán mis lectores cómo me siento hoy pequeñísimo!».

Incluso en la cima del Puy de Dôme, el fervor patriótico arrojaba a Bahamontes. El periodista afirmaba haber escuchado «muchas voces dirigidas a España, de compatriotas que no han podido contenerse a la vista del gran triunfador de hoy con bandera bicolor». Puede que antes del Tour Bahamontes fuera un simple corredor español más, pero ahora se había convertido en el depositario del honor del país y del alma de todos sus compatriotas. La retórica patriótica acompaña a la crónica hasta el final, pero tiene su punto álgido en estos primeros párrafos que recurren al imaginario colectivo nacional y patriótico para ensalzar la figura del ciclista toledano⁶⁵. Los paralelismos no terminan ahí, sino que se introducen en lo más profundo de los hechos históricos españoles, aquellos que los periodistas del franquismo consideraban necesario reivindicar. Nada impide a otro periodista de *Mundo Deportivo* comparar a Bahamontes con las revueltas comuneras, designarlo como un enviado por la providencia de Dios, evocar su figura como la conquista española del extranjero o, de nuevo, recurrir uno de los hitos culturales de Toledo, El Greco, para su exaltación heroica y nacional:

⁶⁵ «Aplastante demostración de Bahamontes en la escalada contra reloj del Puy de Dôme», *Mundo Deportivo*, 11/07/1959, pág. 4.

«Y cuando Bahamontes reencarnando el coraje y la bravura de los antiguos comuneros de Castilla se ha lanzado a la conquista del Puy de Dôme (...) como si quisiera advertirles que si aquello que estaban contemplando no era una cosa corriente, de todos los días, sino un fenómeno que sólo se da cada cien años, cuando Dios elige a uno de sus hijos. La sangre celta y romana de estas latitudes y las Galias orgullosas de la más antigua civilización europea, han sucumbido al paso de este ex mozo del mercado de Toledo, que indiferente a tantos vestigios en su historia ha plantado la bandera de España en la cúspide del Puy de Dôme. ¡Lastima que el Greco no pueda revivir por unas horas para dejar constancia de esta proeza española en uno de sus maravillosos lienzos!».

Por si no hubiera quedado claro, el autor remata el perfil de Bahamontes con un vehemente: «Federico Martín Bahamontes, 'El conquistador'»⁶⁶. Pocos días más tarde el corredor español conquistaría realmente el maillot amarillo, tras una larga escapada en compañía de Charly Gaul. *ABC* hablaría de un triunfo «irresistible», adjetivo utilizado con frecuencia por el periódico para describir las proezas de Bahamontes, y se alegraría por la capacidad del corredor para sobreponerse a todas las «confabulaciones» que la carrera le presentaba⁶⁷, una tónica general en la prensa española sobre los enemigos, reales o no pero siempre extranjeros, a los que debían hacer frente los deportistas nacionales. La visión de *Mundo Deportivo* sobre la poca querencia de la prensa francesa hacia Bahamontes, y por ende hacia los españoles —identificación constante del deportista con su nación— es muy significativa. Al día siguiente de la consecución del maillot amarillo, un periodista del diario se preguntaba: «¿Por qué no nos quieren?». Y en el texto se encontraba la respuesta: una mezcla de envidia por el desempeño del español frente al pobre rendimiento de las estrellas francesas. Bahamontes era líder del Tour de Francia por motivos muy claros⁶⁸:

«¿Quiéren saber por qué Federico Martín Bahamontes es el líder del Tour? (...) Porque es tan robusto como el glorioso Alcázar de Toledo y ha reencarnado la valentía de sus mártires».

La Vanguardia por su parte prefería resaltar la unión y el esfuerzo conjunto de todos los corredores del equipo español que, en contraposición a años anteriores, donde primaban las rencillas internas e incluso el sabotaje de unos a otros, habían logrado definitivamente el maillot amarillo⁶⁹. El diario barcelonés se decantaba por la unidad: el equipo al unísono conseguía los

66 «Este fue el vencedor de la etapa: Federico Martín Bahamontes», *Mundo Deportivo*, 11/07/1959, pág. 5.

67 «Bahamontes, irresistible en el Grand Bois y el Romeyere, viste el maillot amarillo del Tour», *ABC*, 14/07/1959, pág. 41.

68 «Consideraciones sobre un posible triunfo de Bahamontes en el Tour: ¿Por qué no nos quieren?», *Mundo Deportivo*, 15/07/1959, pág. 5.

69 «El español Bahamontes figura primero en la clasificación general con más de cuatro minutos de ventaja sobre su inmediato seguidor», *La Vanguardia*, 14/07/1959, pág. 23.

triumfos y lo hacía en tanto que estaba unido, una lectura con claros paralelismos con la retórica de unidad nacional del franquismo. Cabe destacar que, de manera sorprendente, *La Vanguardia* llevó un partido de la Copa Davis —en el que el equipo español se impuso al británico— a la página dos, con gran despliegue gráfico y por encima del logro de Bahamontes⁷⁰.

Dadas las circunstancias era normal que la victoria final del ciclista toledano en París desatara la euforia y el patriotismo en los periódicos españoles. Más aún cuando la fecha de la última etapa, generalmente un paseo hasta la capital francesa sin incidencia en la clasificación general, coincidía con la fecha del alzamiento nacional: el 18 de julio. Desde el punto de vista del franquismo, qué mejor modo de mostrar el amor por la patria en un día tan señalado y por el ídolo local, en esencia un representante de España y los españoles. Las miradas de *ABC* se centraron en Toledo: primero con una crónica hablando del entusiasmo de las gentes de la ciudad castellana, entre crespones amarillos y proyectos para declararle hijo adoptivo de la urbe, y más tarde con reportajes fotográficos mostrando las calles de Toledo repletas de gente en conmemoración del triunfo⁷¹. *Mundo Deportivo* también recogió el enorme entusiasmo de los aficionados toledanos cuando Bahamontes alcanzó el podio de París, ahondando en la construcción de la comunidad imaginada en torno a la victoria del ciclista⁷². Se habla de vecinos en cuyas solapas se encontraba la imagen de Bahamontes y de símbolos en su honor de todo tipo. El más significativo, sin lugar a dudas, el águila: el apodo de Bahamontes, el Águila de Toledo, se encuadraba de manera ideal en el imaginario nacionalista del franquismo, quien hacía del águila un icono nacional —introducido en la bandera después de la Guerra Civil—. Así que, dada esta feliz casualidad, *ABC* escribía junto a la fotografía de un águila viva expuesta en Toledo en honor al ciclista⁷³:

«He aquí el mejor símbolo, el más tradicional, diáfano y español de Bahamontes. A lo largo de veintidós etapas, nuestro atleta 'fue' el 'Caballero del Greco', el 'primer espada', 'Aníbal', cuando atravesó los Alpes. Pero nada tan plástico y sugestivo como el águila viva y la bicicleta que se exhiben en Toledo, cuyo significado entienden todos».

El tono de las crónicas del diario madrileño difiere mucho del adoptado en las etapas anteriores. Una vez conseguido el Tour, los redactores de *ABC* se entregaron fervorosamente al patriotismo deportivo, haciendo de la gesta de Bahamontes un motivo de orgullo y satisfacción de todos los españoles. De este modo, la incertidumbre por la última etapa que restaba por disputarse se transformaba en el sufrimiento de los españoles, «mordidos por la inquietud y el temor de que

70 «La brillante victoria española sobre el equipo británico de tenis», *La Vanguardia*, 14/07/1959, pág. 2.

71 «Los toledanos, entusiasmados con Bahamontes», *ABC*, 18/07/1959, pág. 49. Véase también el reportaje gráfico de *ABC*, 19/07/1959, pág. 35.

72 «En Toledo se desborda el entusiasmo popular», *Mundo Deportivo*, 19/07/1959, pág. 5.

73 «Júbilo en Toledo», *ABC*, 19/07/1959, pág. 43.

alguna circunstancia extraña nos jugase una mala pasada». El motivo de orgullo es doble: Bahamontes no sólo ha conquistado el Tour, sino que además lo ha hecho el día nacional de España —instaurado tras la victoria del bando nacional— en la capital de Francia. Se trataba de un acontecimiento extraordinario y, a juzgar por las crónicas, todo lo que podría enorgullecer a cualquier español. De este modo, el redactor no duda en remarcar el abucheo sufrido por parte de Anquetil y otros ciclistas franceses, reprendidos por su propio público a su llegada a París por tan pobre desempeño. Por contra, Bahamontes era aplaudido y vitoreado por un público que no era el suyo, dando fe del extraordinario talento del ciclista español —reconocido incluso por los aficionados extranjeros— y poniendo en evidencia a sus rivales para su escarnio y ridículo. A partir de esta perspectiva, lo que en un principio era un liderazgo compartido y el escepticismo ante el posible rendimiento del escalador toledano se convertía en exageración retórica. Bahamontes era un hombre «superdotado físicamente» que inscribía su nombre, «pero también el de su Patria», entre los grandes ciclistas de todos los tiempos. Nada menos que a la altura de Bartali, Coppi o Maes, partiendo de un hecho singular que era exagerado con descaro: la doble consecución del maillot amarillo y del Premio de la Montaña. Un hecho que desataba la «apoteosis» española en el podio del Tour. Puede que Bahamontes se llevara «las glorias y los honores», pero aquellas veleidades no podían ocultar «lo más importante»: que el «Himno Nacional español» fuera escuchado «precisamente en París» un 18 de julio. La simbología resultante de tan señalada fecha marca toda la crónica, pero alcanza su punto más alto en su párrafo final, de una gran carga nacionalizadora⁷⁴:

«Dos hechos memorables se unían, se entrelazaban y se presentaban como un símbolo. España resurgió en un 18 de julio lejano ya en el tiempo, pero presente en nuestro ánimo, y cuando esto se conmemoraba, un español alcanzaba en tierra extraña la meta que parecía estarnos vedada para siempre. El nombre de España era pronunciado con admiración por muchos de los que hasta entonces lo habían ignorado o lo habían considerado con indiferencia. Un grupo de españoles celebraba estos acontecimientos con emoción y alegría, con euforia y confianza, con orgullo y satisfacción».

A la hora de la verdad, *ABC* fue el periódico más claramente politizado de todos los que este trabajo analiza. *Mundo Deportivo* había mostrado un mensaje más patriótico hasta ese momento, pero generalmente dentro del ámbito estrictamente deportivo —pensemos en su artículo referido al supuesto desencanto de la prensa francesa para con Bahamontes—, pero el día de la victoria definitiva no introduciría un aderezo nacionalista o franquista tan claro como su homólogo madrileño. Pese a todo, las crónicas de *Mundo Deportivo* referidas al ciclista castellano y a su consecución del Tour siguen salpimentadas de detalles que, en lo relativo a la nacionalización de las

⁷⁴ «Bahamontes, vencedor del Tour, es aclamado en el Parque de los Príncipes de París», *ABC*, 19/07/1959, pp. 65-66.

masas mediante el deporte, merecen reseñarse. Por lo pronto, el diario catalán dedicaría la mayor parte de su ejemplar del día a Bahamontes: en la portada se introducía la crónica, una gran foto del corredor y en páginas posteriores se añadían opiniones de ciclistas y periodistas extranjeros, crónicas de ambiente, relato de la etapa o incluso publicidad donde el propio Bahamontes era el protagonista, además de su biografía⁷⁵. Se insistiría de nuevo en la unidad de todos los españoles en torno al toledano, también en la del propio equipo español en torno a su jefe de filas. Y en lo que supone toda una novedad, se buscarían referentes deportivos españoles para igualar sino superar la gesta de Bahamontes: para *Mundo Deportivo*, el Tour conseguido para España en 1959 estaba a la misma altura que la plata de la selección española de fútbol obtenida en los Juegos Olímpicos de Amberes, en 1920. Se recurría así a un mito del deporte español con palabras totalmente exageradas:

«La victoria en esto, y en tantas cosas, tiene tanto de lección, que uno la da por bienvenida, porque cree que puede y debe proyectar una nueva y cambiante luz sobre el ciclismo. Debe representar, a nuestro modo de ver, lo que significó por ejemplo para el fútbol, el éxito de Amberes, primera piedra de su actual fuerza y grandeza».

¿De qué fuerza hablaba el redactor de *Mundo Deportivo*? Como se ha visto anteriormente, el único logro reseñable de la selección española de fútbol por aquel entonces databa de 1950 y ni siquiera se trataba de un título, sino de una victoria en cuartos de final del Mundial de Fútbol ante Inglaterra. Este hecho no era un obstáculo para resaltar una «fuerza y grandeza» más que dudosa, del mismo modo que el pobre rendimiento de los ciclistas españoles hasta el momento en el Tour no impedía a *Mundo Deportivo* tejer hilos que llevaran desde los pioneros ciclistas españoles hasta el éxito de Bahamontes:

«La ilusión de tantos años, la quimera que persiguieron primero un Jaime Janer, más tarde los Trueba, Ezquerro y Cañardo, y en un periodo más cercano, Bernardo Ruiz y Loroño, se ha vuelto de carne y hueso».

No obstante, cabe destacar cierto espíritu crítico hacia el modelo deportivo español. El redactor reconoce que el éxito de Bahamontes y sus compañeros nace del «silencio», de la «humildad» y del «espíritu de sacrificio», en un párrafo lacónico —«que este triunfo valga para algo más que para disparar salvas de honor y de gloria»— rematado al final de la crónica con un explícito: «Bahamontes es el Amberes de nuestro ciclismo, y desde su altura se avizora un gran porvenir... si todo, repetimos, no queda en fuegos de artificio». Así que el patriotismo de claro signo

⁷⁵ Véase *Mundo Deportivo*, 19/07/1959.

político de *ABC* se transformaba en *Mundo Deportivo*, una vez más, en un patriotismo de corte más deportivo, centrado en la propia salud del ciclismo español y en su comparación a otros deportes o naciones vecinas. Las referencias explícitamente políticas no son tan comunes, pero *Mundo Deportivo* también incluye menciones al grito unánime de los españoles en torno al corredor toledano o, en la misma línea, al «milagro» de «apasionar a todo un país»⁷⁶. Por último, se podría mencionar la cobertura de *La Vanguardia* al respecto: si bien Bahamontes aparece en la página tres, en una hoja dedicada al reportaje gráfico, la sección de Deportes tan sólo dedica una página y media. Y con una retórica muy laxa, estrictamente deportiva, sin alardes patrióticos semejantes a los de *ABC*, en contraposición a, como hemos visto, las victorias de la selección española. No obstante, hay dos puntos destacables de *La Vanguardia* que pueden ser extrapolables al resto de crónicas sobre Bahamontes y su Tour tanto de *ABC* como de *Mundo Deportivo*: la presencia de Langarica, director del equipo español, como el líder por encima de sus corredores y sabio experto que supo controlar a Bahamontes y llevarle en brazos hasta la victoria final; y el punto exótico pero no exento de carga ideológica de Fermina, la mujer de Bahamontes que hace su aparición recurrente en los textos sobre el ciclista a medida que se acerca la última etapa⁷⁷. La esposa del toledano será convertida en ejemplo de mujer que acude a París a felicitar a su marido el día de su victoria, además de objeto de aplauso y comentario por el resto de la prensa internacional o los propios aficionados franceses. Un papel que los medios le reservan y que, de algún modo, delimitaría el rol de la mujer en el franquismo.

Santana y la Copa Davis: del ostracismo al orgullo de ser español

El 2 de julio de 1966 *ABC* se rendía a Manuel Santana⁷⁸. El tenista madrileño había logrado lo que ningún otro deportista español en la historia: se había impuesto en el Campeonato de Wimbledon, acaso aún hoy el torneo de tenis más prestigioso y relevante del circuito internacional. El diario madrileño dedicó la portada en su totalidad a la imagen de Santana levantando y besando el cetro que le acreditaba como campeón de Wimbledon. De este modo, Santana pasaba a la inmortalidad del deporte español y del espectro mediático del momento: no en vano, tanto *ABC* como *La Vanguardia* y *Mundo Deportivo* decidieron delegar en Santana las funciones que pocos años antes había desempeñado Bahamontes. La de un atleta excepcional a cuyos triunfos atribuir las mejores virtudes del pueblo español. En todo caso, el caso de Santana en Wimbledon fue excepcional por dos motivos: el primero, por la superficie sobre la que se disputa todavía hoy el campeonato, hierba, una excepcionalidad dentro de los grandes torneos de tenis del planeta; el

76 Todo lo expuesto en la última página extraído de: «El XLVI Tour para Bahamontes: primer ciclista español que inscribe su nombre en el historial de los vencedores», *Mundo Deportivo*, 19/07/1959. pág. 1.

77 *La Vanguardia*, 19/07/1959, pp. 3 y 32-33.

78 «La primera raqueta del mundo», *ABC*, 02/07/1966, pág. 1.

segundo, y más importante en el contexto del trabajo que nos atañe, por el extraordinario eco mediático, quizá propiciado por el hecho mencionado con anterioridad, que su victoria alcanzó entre los tres diarios aquí analizados. En 1966 Manuel Santana ya había ganado por dos ocasiones el Torneo de Roland Garros, celebrado en París sobre tierra batida, y el Abierto de Estados Unidos en una ocasión, celebrado en Nueva York sobre hierba también. Y sin embargo, ninguna de sus otras victorias, sin duda tan relevantes para el deporte español como la certificada en Wimbledon, tuvo una respuesta tan entusiasta por los periódicos españoles. Santana fue el tenista que abrió el camino de muchos otros, un prodigio fuera de lo común al margen del sistema deportivo franquista. Una isla sin parangón dentro del deporte nacional, del mismo modo que Bahamontes, en absoluto producto de un proyecto de Estado. Pero su potencial nacionalizador y su instrumentalización por parte de la prensa no fue simétrica en todos sus logros, sino que se redujo, fundamentalmente, a sus éxitos en países anglosajones. Antes de llegar a la fecha con la que se abre este apartado del trabajo, conviene repasar cuál había sido el protagonismo informativo de Santana en sus anteriores victorias y qué se decía de él y de su deporte en los tres periódicos analizados.

Manuel Santana irrumpió en el circuito internacional de tenis en 1961. Ese año, obtuvo su primera victoria de renombre mundial: el Torneo de Roland Garros. ¿Renombre? Depende. Para la prensa española del momento el acceso a la final del tenista español no mereció demasiado espacio en sus páginas. *ABC*, por ejemplo, se centraba en la actualidad futbolística y rellenaba el resto de la sección de Deportes con informaciones referidas a carreras ciclistas con un protagonismo limitado de los corredores españoles, campeonatos juveniles de atletismo, concursos de hípica, torneos de polo o incluso campeonatos de pesca y caza. Santana había accedido a la final del torneo parisino pero *ABC* ni siquiera hizo mención al respecto⁷⁹. Sí recogía una breve crónica de su victoria ante el italiano Nicolo Pietrangeli al día siguiente, junto a noticias destacadas de hípica o etapas parciales del Giro de Italia. El pequeño recuadro, ni siquiera apertura de la sección deportiva, sí incluía nada disimulados elogios hacia su talento. El cronista de *ABC* utilizaba un recurso ya visto en las victorias de Bahamontes: destacar el apoyo de un público extranjero, en este caso de nuevo francés, para exaltar el talento excepcional del deportista, además de las habituales referencias a la patria y la identificación consciente del deportista con el resto de los españoles —«nuestro compatriota»—⁸⁰:

«Ningún jugador de tenis ha sido posiblemente más aclamado que Santana; el que fue de chico servidor de juego en las pistas del Club de Campo y debe la gloria deportiva que hoy se le entrega a su modestia, a su constancia y a la protección que le dispensa la familia Romero Girón».

79 Véase *ABC*, 27/05/1961, pp. 61-64.

80 «Manuel Santana, campeón internacional de Francia», *ABC*, 28/05/1961, pág. 111.

Más sorprendente es la clamorosa ausencia de Santana en *Mundo Deportivo*. El día que debía disputarse la final de Roland Garros, el diario barcelonés no dedicó ni una sola palabra al partido. Pese a tratarse de un periódico íntegramente deportivo y a glosar un listado amplio y profundo de eventos deportivos de diverso calado celebrados en España y en el extranjero —entre el que se incluyen deportes como el hockey sala o el tenis de mesa—, la final de Roland Garros no merece ninguna atención por parte de la publicación⁸¹. La victoria del tenista madrileño debía antojarse muy remota, dado que al día siguiente *Mundo Deportivo* incluía en un pequeño breve en portada el triunfo de Santana⁸². Tanto *ABC* como *Mundo Deportivo* no habían creído oportuno tratar por adelantado las posibilidades del español en París, fuera por la escasa relevancia social del tenis en el momento o por cualquier otro motivo, pero no tuvieron más remedio que recoger en sus páginas lo sucedido en París. En una breve crónica, *Mundo Deportivo* se cura en salud: se refiere a Santana como «bravo», en un adjetivo común a los deportistas españoles de la época, y glosa algunas hazañas anteriores de Santana. Más aún, el cronista habla de la principal gesta del tenis español de toda la historia y de Santana como el campeón de tierra batida del mundo. Palabras y adjetivos que dotan de relevancia y peso tanto al tenista como al torneo, pero que palidecen en proporción al espacio mediático del partido y del triunfo de Santana. Apenas tres columnas, en la esquina superior izquierda, de la quinta página del periódico —*Mundo Deportivo* contaba con menos de diez páginas por ejemplar, en términos genéricos, por aquel entonces—⁸³. Desde luego, su éxito no inspiraba el mismo entusiasmo entre los periodistas que el de Bahamontes, pese a tratarse de hazañas pioneras y comparables en cuanto a magnitud deportiva.

El tratamiento del primer Roland Garros obtenido por Santana choca frontalmente con la importancia otorgada a la Copa Davis de ese mismo año, cuya ronda eliminatoria entre España y Nueva Zelanda se disputaría pocos días después. *Mundo Deportivo*, por ejemplo, destacaría la celebración de los partidos entre ambas selecciones en la pista central de la Ciudad Deportiva del Real Madrid⁸⁴, y durante los cuatro días entre los que se disputarían los partidos mantuvo una cobertura mucho mayor que la dispensada al triunfo individual de Santana⁸⁵. El propio tenista madrileño ejercería de estrella de la selección en la eliminatoria, que finalmente vencería el equipo neozelandés. En cualquier caso, la aventura de España no llegaría más allá de los cuartos de final, cuando el combinado nacional cayó ante el equipo sueco. Un hecho proporcionalmente mucho menos importante que la consecución de Roland Garros por parte de Manuel Santana. Pero la Copa

81 Véase *Mundo Deportivo*, 27/05/1961, pp. 1-6 o más concretamente «Actividad deportiva», *Mundo Deportivo*, 27/05/1961, pp. 4-5.

82 «Santana vencedor del Torneo Internacional de París», *Mundo Deportivo*, 28/05/1961, pág. 1.

83 «Manolo Santana, gran vencedor», *Mundo Deportivo*, 28/05/1961, pág. 5.

84 «Mañana viernes, dará comienzo el encuentro de tenis entre España y Nueva Zelanda, para la copa Davis», *Mundo Deportivo*, 01/06/1961, pág. 2.

85 «España venció a Nueva Zelanda por tres victorias a dos», *Mundo Deportivo*, 05/06/1961, pág. 1 y «La Copa Davis», *Mundo Deportivo*, 05/06/1961, pág. 2.

Davis tenía un peso mediático mayor, probablemente al disputarse por selecciones nacionales y no de forma individual —cabe recordar que el Tour de Francia, pese a tratarse de una competición esencialmente individual, se corría por equipos-naciones—. Ya se ha visto más arriba como el Tour de Bahamontes compartió espacio informativo, puntualmente, con los progresos del equipo español en la Copa Davis de 1959. Durante los cuatro días en los que se disputó la semifinal entre España y Gran Bretaña de aquel año, *Mundo Deportivo* y *La Vanguardia* llegaron a situar los resultados del equipo español, encabezado por Andrés Gimeno, por encima incluso de los progresos de Bahamontes en las carreteras francesas. Todo ello bañado en un claro simbolismo nacional, puesto que era España al fin y al cabo quien se enfrentaba al equipo anglosajón: cuando se producían las derrotas, se recurría a los «imponderables» para explicar la inferioridad —como el calor, la suerte, o el mal momento de forma de los tenistas españoles—, pero jamás a una superioridad técnica o a un mayor talento del rival, en un ejemplo de cara a suavizar el fracaso de los deportistas españoles y, por tanto, de la nación que representaban⁸⁶. Sin embargo, el combinado nacional terminó imponiéndose al británico y llegó a la final del cuadro europeo. Y como cabía esperar, su victoria se celebró en los términos que merecía. O al menos así se entendió en *La Vanguardia*:

«Si como se dijo ayer después de las sensacionales victorias de Gimeno y Santana sobre sus adversarios ingleses, habían sucedido dos milagros, se trata ciertamente de esos milagros que proceden del entusiasmo y el acierto cuando son puestos al servicio del pundonor por quienes ostentan una representación a la que está vinculado el prestigio deportivo del propio país y se quiere tener la tranquilidad de conciencia de haber cumplido con el deber hasta el último esfuerzo».

«Deber», «pundonor», «representación». El primer párrafo de la crónica de *La Vanguardia* denotaba claramente un simbolismo nacional y muestra la importancia comparada, para los medios de comunicación del momento, del equipo nacional de la Copa Davis frente a los triunfos individuales de Santana. Se exaltaban las virtudes naturales de los deportistas españoles, donde siempre primaban atributos relacionados con el orgullo y la virilidad —el «pundonor»— al servicio de la patria —la insistencia en el concepto de la «representación»⁸⁷. *La Vanguardia* publicó esta crónica a toda página en la sección de Deportes, y como ya hemos visto, *Mundo Deportivo* dedicó un amplio espacio a la eliminatoria completa durante cuatro días. Lejos de tanto entusiasmo se situaba *ABC*, cuyo interés por el tenis siempre parecía muy menor al de sus homólogos⁸⁸.

86 En este caso, véanse las crónicas relativas a la victoria de Andrés Gimeno sobre su oponente en la primera ronda en «España en Inglaterra, empatadas a una victoria», *Mundo Deportivo*, 10/07/1959, pp. 1-2 y «Ventajas de Inglaterra por dos victorias a una», *Mundo Deportivo*, 11/07/1959, pp. 1-2.

87 «Con las brillantísimas victorias de Andrés Gimeno sobre William Kinght y Manuel Santana ante Michael Davies, el equipo de España eliminó al de Gran Bretaña por 3 puntos a 2, clasificándose para la final de la zona europea de Copa Davis», *La Vanguardia*, 12/07/1959, pág. 34.

88 Por ejemplo, véase el tratamiento otorgado a la eliminatoria de Copa Davis, breve y conciso, en «España elimina a

Aquel fue sin duda el hito más importante del tenis español, aunque más tarde cayera eliminado frente a Italia en la final de la fase europea del torneo. Hasta entonces la selección española nunca había llegado tan lejos en la Copa Davis ni el tenis español había obtenido un éxito tan rotundo —pese a ello, seguía siendo un logro menor, muy matizado posteriormente por el desempeño del combinado español frente a Italia—. Pero este caluroso recibimiento al desempeño de los tenistas españoles en el torneo internacional no tuvo respuesta alguna a la hora de glosar los posteriores triunfos de Santana. Ya hemos visto cómo las crónicas sobre su partido ante Pietrangeli en 1961 contaban con un espacio limitado tanto en *ABC* como en *Mundo Deportivo*, y la situación se repetiría tres años después: en 1964 Manuel Santana llegaba de nuevo a la final de Roland Garros y se enfrentaba, otra vez, al mismo rival. ¿Cuál fue la reacción de los periódicos? De nuevo *ABC* y *Mundo Deportivo* ignorarían casi completamente el trayecto de Santana hasta la final del considerado torneo sobre tierra batida más importante del planeta. El mismo día del partido el diario deportivo no reseñaría el acceso del tenista español a la final: por el contrario, sus páginas estarían trufadas de eventos de todo tipo y de relevancia internacional limitada —torneos locales de vela, atletismo o rugby—⁸⁹. Lo mismo se puede decir de *ABC*. El periódico generalista dedicaría tres páginas a la final de la Copa de Europa, en la que participaba el Real Madrid frente al Inter de Milán, y dejaría en un segundo plano el desarrollo de Roland Garros —muy por debajo en relevancia informativa del Campeonato del Mundo de Tiro de Pichón o de designaciones institucionales de la Federación Internacional de Hockey sobre patines—⁹⁰. *ABC* sí incluyó, en todo caso, un pequeño breve informando de la suspensión del partido de dobles entre la pareja española Santana-Arilla y la australiana Emerson-Fletcher⁹¹. Pero nada relativo al acceso de Santana a la final del torneo individual masculino.

Al igual que en ocasiones anteriores, sería *La Vanguardia* quien mayor cobertura diera al partido, ofreciendo tanto una previa el día del mismo⁹² como una crónica al siguiente, en la que se reconocía la valía de Santana como uno de los mejores tenistas «no profesionales» del mundo, además de una nueva celebración de sus virtudes más hispánicas. A saber: «su ímpetu, su tenacidad, su muñeca vigorosa», contrapuesta a la elegancia y al tenis «puro, preciso» de Pietrangeli. Del mismo modo que la derrota servía para minimizar la inferioridad de los tenistas españoles ante sus rivales británicos en base a excusas e «imponderables», como se ha visto en base a la Copa Davis de 1959, la victoria de Santana permitía una exaltación de las virtudes del oponente italiano, de modo que las propias del español Santana quedaran aún más resaltadas. Pietrangeli era uno de los

Inglaterra y jugará contra Italia la final de la Copa Davis», *ABC*, 12/07/1959, pp. 87-88.

89 Véase *Mundo Deportivo*, 30/05/1964, pp. 5-8.

90 Véase *ABC*, 30/05/1964, pp. 16-19; «El Español Pedro Rael, campeón del mundo de tiro de pichón» y «Oliveras de la Riva, nuevo presidente de la federación internacional», *ABC*, 30/05/1964, pág. 99.

91 «El partido Santana-Arilla y Emerson-Fletcher», *ABC*, 30/05/1964, pág. 101.

92 «Santana y Pietrangeli disputarán el partido final del Campeonato Internacional de Francia», *La Vanguardia*, 30/05/1964, pág. 33.

«diez mejores jugadores del mundo», y pese a su dejadez en los entrenamientos y provechosa edad, su talento le había permitido llegar a la final como en sus mejores años⁹³. El diario barcelonés aprovechaba la coyuntura para destacar la participación del propio Santana y de Roy Emerson en el XII Trofeo Conde de Godó, que comenzaría a disputarse al día siguiente⁹⁴, demostrando el mayor peso informativo que el tenis siempre había tenido en sus páginas. Todo lo contrario que *ABC*, para quien la segunda victoria de Santana sólo merecía, al igual que en la primera ocasión, una pequeña pieza al final de la sección de Deportes⁹⁵. *Mundo Deportivo*, por su parte, no tuvo más remedio que publicar la victoria de Santana en la segunda página y dedicándole un espacio mucho más notorio que en 1961. El diario iniciaba la crónica del siguiente modo:

«Monolo Santana inscribió ayer a su ya dilatado y brillante palmarés otro triunfo resonante: el de campeón de los Internacionales de Francia, la famosa competición anual de Roland Garros que equivale, en realidad, a un campeonato mundial sobre pistas de tierra».

La relevancia era lo primero: Santana no era un mero ganador de Roland Garros sino que se había proclamado campeón del mundo, un título mucho más redondo, en tierra batida. Dado que, al igual que en 1961, tamañas palabras no se correspondían con el eco que el torneo había tenido en las páginas del periódico, *Mundo Deportivo* se excusaba del siguiente modo:

«También en esta ocasión hemos tenido que padecer la inexplicable carencia de información de la Agencia. Inexplicable, en efecto, tratándose de una competición de tanta resonancia mundial. Para subsanar esta deficiencia informativa, tratamos de establecer enlace telefónico con Manolo Santana, pero el recurso nos falló las dos veces que tratamos de llevarlo a la práctica».

En la crónica no faltaron las referencias obligadas a los anteriores fracasos españoles en Copa Davis, comparando la victoria de Santana con un desquite nacional, ni la explicación de la victoria del tenista en base a los atributos ya mencionados con anterioridad en otros textos: Santana se había hecho campeón «a fuerza de tenacidad, de perseverancia y de vocación y de haber sabido superar pasajeras etapas de desaliento, por las que forzosamente hubo de pasar cuando no teniéndosele, como se le tiene ahora, como jugador imprescindible». El campeón español no lo era tanto por su pericia técnica como por su capacidad de resistencia, empeño y sacrificio. Atributos

93 «Tenis: extraordinaria victoria de Manuel Santana en Roland Garros», *La Vanguardia*, 31/05/1964, pág. 36.

94 «Manuel Santana y Roy Emerson, grandes figuras del XII Trofeo Conde de Godó – XXXVII Concurso Internacional del Real Barcelona que se inicia mañana», *La Vanguardia*, 31/05/1964, pág. 63.

95 «Santana venció a Pietrangeli en la final de París», *ABC*, 31/05/1964, pág. 92.

que casaban bien con la imagen que el franquismo transmitía de otros deportistas españoles y que son redundantes en toda clase de crónicas deportivas. También merece la pena destacar el pequeño dardo envenenado que el cronista de *Mundo Deportivo* envía a las autoridades federativas del tenis español. Como ya sucediera con Bahamontes, la victoria de Santana no se debía ni remotamente a los esfuerzos de las instituciones deportivas españolas, y así lo hacía saber *Mundo Deportivo* al lector⁹⁶:

«En estas horas jubilosas para Santana, vaya también nuestra felicitación a don Álvaro Romero Girón, el único que ayudó a Santana en las horas difíciles de su niñez y el único que ha seguido ayudándole después, incluso cuando Manolo estaba ya, como jugador, en una etapa en la que las ayudas debía haberlas recibido única y exclusivamente de la federación de su deporte: esa Federación que en estos momentos debe estar bañándose en el agua de rosas del resonante triunfo del otrora despreciado Santana».

El crecimiento mediático de Santana se tornó imparable a partir de ese momento. En 1965 se alzaría con el título del Abierto de Estados Unidos. En 1966 se impondría en el Campeonato de Wimbledon. La conquista del mundo anglosajón por parte de Santana supuso un grata noticia para *ABC*, que llenó sus páginas deportivas de fotos y crónicas elogiosas hacia el deportista español. El diario, que anteriormente había pasado por encima de los logros de Santana en suelo francés, no perdió la oportunidad de presentar el triunfo de Santana en Estados Unidos como el exponencial crecimiento del prestigio español en el continente americano. Al día siguiente de su logro, en una crónica del corresponsal en Nueva York, el diario prefería presentar la victoria de Santana como un elemento más dentro del «buen año» de los españoles en Estados Unidos. En primera instancia, Santana no era un deportista excepcional, sino un *embajador* de la imagen de España en el país anglosajón, junto al comisario del pabellón español de la Feria Mundial de Nueva York, Miguel García Sáez, y al arquitecto Javier Barroso. Los tres hombres simbolizaban para el redactor «un magnífico año» para el país:

«Todo ello, la excelencia deportiva, el buen gusto dinámico en una sociedad tecnológica y la presencia del pasado en el presente, era indispensable no sólo afirmarlo en los libros, sino demostrarlo en los hechos en el coloso anglosajón del Nuevo mundo. Lo ha sido en este año de 1965 por esos tres españoles llamados Javier Barroso, Miguel García Sáez y Manolo Santana».

Santana se unía de este modo a otros dos nombres más o menos institucionales. Por la

⁹⁶ Todo lo relativo a la crónica de *Mundo Deportivo* en «Santana, triunfador de 'Roland Garros'», *Mundo Deportivo*, 31/05/1964, pág. 2.

estructura de la información, *ABC* dejaba claro que la valía de su logro, cosechada en un «deporte minoritario», tenía más que ver con la imagen de España en el mundo anglosajón que con su propio talento como atleta. Santana se convertía así en un instrumento político: él ante todo era un embajador de España y sus logros definían lo que otros países pensarían de su nación⁹⁷. La cuestión deportiva quedaba relegada a un segundo plano, como demuestra la introducción de la crónica del partido, de un carácter más técnico y ajustado a lo acontecido en la pista, después del texto del corresponsal sobre la buena marcha de los asuntos españoles en Estados Unidos. *ABC* no dio prioridad a Santana por el valor deportivo de su triunfo, sino por el valor simbólico nacional y político. El éxito de Santana coincidió con la celebración de los Campeonatos Mundiales de Ciclismo en San Sebastián, donde en el campo de la pista los corredores españoles se mostraron superiores a muchos de sus rivales. La medalla de oro de Miguel Mas y el éxito de Guillermo Timoner, junto al inevitable desarrollo de la competición doméstica de fútbol, contaron con mayor respuesta informativa por parte del diario⁹⁸.

Esto ayudaría a explicar la repentina relevancia de Santana para los redactores de *ABC*: cuando el diario observó elementos políticos y nacionalizadores aprovechables en su carrera no dudó en otorgarle cobertura informativa, designándole como un representante del devenir de España en Estados Unidos. Al parecer, nada de esto tenía demasiada importancia si la victoria se lograba en Francia. Por el contrario, no se aprecia un especial entusiasmo ni en *La Vanguardia* ni en *Mundo Deportivo*. La primera ocupaba gran parte de sus páginas deportivas en los Mundiales de Ciclismo y en el inicio de la Vuelta a Cataluña, y reservaba tanto parte del reportaje gráfico del día como parte de la sección de Deportes al éxito de Santana en Forest Hills⁹⁹. Lo mismo se puede decir del diario deportivo: pequeño espacio en portada y elogiosa crónica, como era habitual hacia Santana. Se trataba la suya de una «gesta», acaso «una de las más señaladas del deporte español de todos los tiempos», dotando de gran carga épica al relato. La importancia de lo realizado por Santana era doble, porque se había impuesto en la hierba de Forest Hills y eso permitiría al equipo español de Copa Davis batirse en menor inferioridad de condiciones al equipo australiano, especialista en dicha superficie y siguiente rival en el torneo. Las miradas se centraban otra vez, de manera inevitable, en el combinado nacional¹⁰⁰.

En 1965 España había conseguido lo impensable. Tras sortear con éxito los cruces ante

97 «Manuel Santana: personalidad deportiva del momento en Norteamérica», *ABC*, 14/09/1965, pág. 75.

98 Véase «Campeón y campeónísimo», *ABC*, 14/09/1965, pág. 14; «Dominio incesante del Atlético de Madrid sobre el Elche, con fruto de tres goles», *ABC*, 14/09/1965, pág. 69; o «Clamoroso final de los campeonatos del mundo en Anoeta, con el triunfo de Timoner», *ABC*, 14/09/1965, pág. 73.

99 «Tenis: Manuel Santana, Campeón de Estados Unidos», *La Vanguardia*, 14/09/1965, pág. 42 y «Santana triunfa en el trofeo de Forest Hills», *La Vanguardia*, 14/09/1965, pág. 32.

100 «Santana triunfó en Forest Hills», *Mundo Deportivo*, 14/09/1965, pág. 1 y «Sensacional triunfo de Santana», *Mundo Deportivo*, 14/09/1965, pág. 16.

Grecia, Chile, Alemania del Este y Checoslovaquia, se había plantado en la final del cuadro europeo de la Copa Davis. Al igual que seis años atrás, España alcanzaba la final parcial de uno de los cuadros clasificatorios para la definitiva ronda final, que habría de decidir el candidato a arrebatarse el trofeo al vigente campeón, Australia. La hazaña se logró: España eliminó a Sudáfrica en Barcelona., y en la fase inter-zonal eliminó primero a Estados Unidos y más tarde a la India. El combinado español había llegado más lejos que nunca en la Copa Davis, y en diciembre, al final de la temporada, los tenistas viajarían a Australia para disputar la copa sobre la superficie de hierba. Y con ellos algunos corresponsales: entre ellos el de *ABC*, quien albergaba pocas esperanzas en la consecución del título. Según su visión, Australia partía como favorita porque su segundo hombre, Stolle, era mejor que el español, Gisbert, y sería «pedirle demasiado» a Santana que ganara sus tres partidos respectivos —el individual y el dobles—. Pero el tenis era sólo accesorio y complementario: desde el titular hasta el cuerpo del texto, el redactor enviado a Australia destacaba la unión de la comitiva española en las fechas tan señaladas de Nochebuena y Navidad. Los deberes litúrgicos se cumplían, haciendo hincapié en la unión, incluso desde las antípodas¹⁰¹.

Las diversas piezas que servían de previa al partido dejaban claro tanto la confianza de los jugadores australianos como la resignación de los españoles. Dadas las circunstancias, y pese a las palabras de los deportistas nacionales —«nosotros creemos que tenemos probabilidades de ganar», explicaba en un apartado el entrenador de los tenistas españoles, Kurt Nielsen—, *ABC* decidió mirar el lado positivo: «Pero sea cual fuere el resultado, el éxito financiero se halla asegurado, y habrá bastante dinero para el equipo español». ¿Un consuelo prematuro? No tanto como la venda antes de la herida recogida por el diario en boca del tenista Andrés Gimeno, quien no participaría en esta ocasión en la eliminatoria: «Si España tuviera pistas de hierba, ganaría»¹⁰². Antes de jugar, España ya tenía preparadas las excusas para poner en contexto la derrota de sus tenistas: se debería, primeramente, al terreno de juego, no a su falta de talento frente a los australianos. Sea como fuere, y pese a los augurios, *ABC* hizo del equipo español el depositario de todas las esperanzas de los españoles:

«En vísperas del ya trascendental encuentro con Australia, publicamos una nueva relación de entidades y personas que, con su firma, se suman a este apoyo moral que ofrecemos a nuestros tenistas, aspirantes calificados en la disputa de la Copa Davis».

El diario, como había hecho en días anteriores, dedicó prácticamente una página entera a mostrar al resto de los españoles la *comunidad imaginada*: un listado de personalidades relevantes

101 «La circunstancial, pero unida, familia tenística española pasó tranquila la Nochebuena y Navidad de Sydney», *ABC*, 26/12/1965, pág. 103.

102 «El éxito financiero, asegurado» y «Si España tuviera pistas de hierba, ganaría», *ABC*, 26/12/1965, pág. 104.

que mostraban su «aliento» al tenis español. La Copa Davis era una empresa nacional, y así lo certificaba el interés y el apoyo mostrado por, entre otros, la Federación Castellana de Fútbol, la familia Prats o el presidente de la Empresa Nacional de Telecomunicaciones¹⁰³.

De poco serviría el espíritu unido y entregado del resto de los españoles para que el combinado español se sobrepusiera a Australia. Tanto Santana como Gisbert perdieron sus respectivos partidos, dejando la eliminatoria en una muy difícil situación para los españoles. Ni los cánticos de apoyo de los aficionados españoles congregados en Sidney ni la «luminosa aparición» de las banderas nacionales —apoyando el papel identitario de los deportistas en las crónicas— lograron que Santana, la estrella del equipo, se impusiera a Stolle. El partido había estado muy igualado. Tanto que *ABC* consideraba que Stolle había tenido «chorra»: según el redactor, el australiano «estuvo afortunado en tres 'net' o pelotas que caen en campo ajeno después de dar en la red». Pese a ello, se aplaudía tanto a Stolle por su buena victoria como a Santana por su derrota¹⁰⁴. *La Vanguardia* llevaba la información a primera página: como hemos visto desde el inicio de este apartado, apostó con mucha más firmeza por el tenis desde un primer momento que su homólogo de la capital¹⁰⁵. Para el diario barcelonés también era importante resaltar la presencia de españoles, con actitud típicamente española —«se distinguen por sus corbatas y pañuelos con la bandera española y por su contagiosa alegría»—, al otro lado del mundo. Para el redactor de *La Vanguardia* la derrota española debió ser matizable:

«[Santana] técnicamente ha sido superior a Stolle. El jugador español ha leído una extensa gama de golpes desde todos los ángulo de la pista (...) Pero [Stolle] ha tenido más fuerza en las piernas, más suerte y se ha beneficiado de alguna decisión dudosa del juez árbitro, Sprouls, también australiano (...) España ha perdido hoy dos puntos, pero debió alcanzar el empate a uno. El tenis da resultados anormales, y el del partido de Santana-Stolle ha sido uno de éstos».

Los favores arbitrales, la conspiración —la nacionalidad del árbitro, común a la del rival— o el mero azar privaron a España de su suerte, en un nuevo ejercicio de minimización de la derrota y de los logros del rival. Las crónicas aceptaban los resultados desfavorables, pero dejaban claro que si España caía ante su rival se debía a factores externos e incontrolables, y no tanto a la superioridad natural o puntual del oponente¹⁰⁶. Fueran cuales fueran los motivos del fracaso, los diarios recogían

103«Más telegramas de aliento para los tenistas españoles», *ABC*, 26/12/1965, pág. 105.

104«Cuando los aficionados lean estas líneas ya se habrá resuelto el partido de dobles», *ABC*, 28/12/1965, pág. 93.

105«España entra con mal pie en el 'challenge round' de la Copa Davis», *La Vanguardia*, 28/12/1965, pág. 1.

106«Australia —con las victorias de Stolle y Emerson— aventaja a España por dos a cero», *La Vanguardia*, 28/12/1965, pág. 61.

la decepción de los españoles desde Sidney hasta Barcelona¹⁰⁷: a uno y otro lado del mundo las vivencias del equipo de tenistas se vivían como propias. Las esperanzas de levantar el trofeo se desvanecieron completamente cuando la pareja de dobles española perdió ante la australiana: *Mundo Deportivo* llevó la noticia a primera página con material gráfico incluido¹⁰⁸, y tanto *ABC* como *La Vanguardia* mantuvieron la amplia cobertura ofrecida en días anteriores. La Copa Davis se disputaba en fechas donde apenas había otras competiciones deportivas que pudieran plantear batalla mediática, de modo que su protagonismo informativo fue muy amplio. Santana y Arilla cayeron ante Roche y Newcombe dada la mayor frescura de los segundos y el cansancio de la estrella española. Según *Mundo Deportivo*: «El cansancio y cierta desmoralización ha hecho mella en el equipo español, de manera especial en Manolo Santana». El tenista sufrió el «castigo» del sol y del calor australiano, según el redactor, quien no dudaba en afirmar que: «En mi opinión, Manolo Santana ha actuado, no sólo hoy, sino incluso ayer, muy por debajo de sus posibilidades»¹⁰⁹. La ausencia de victorias convertía al otrora héroe deportivo nacional en un atleta que no había ofrecido lo suficiente. Pero esto era secundario ante el largo historial de agravios que los españoles podían esgrimir durante su visita a Australia:

«Nuestro equipo no ha recibido que digamos muchas facilidades. El presidente de la Asociación de Tenis se limitó a recibirle en el aeropuerto, pasó más tarde por el hotel... y si te he visto no me acuerdo. Para entrenarse las pegas han sido continuas. No ha habido forma de jugar en los 'courts' centrales de White City hasta la última semana en la que también —casualidad— podían hacerlo los australianos, hasta entonces fuera de Sidney jugando los torneos previos».

Mundo Deportivo buscaba así dificultades de signo no deportivo que pudieran explicar la ya consumada eliminación de España¹¹⁰. *ABC* prefería destacar el apoyo incondicional de los españoles presentes en la ciudad australiana —hasta el punto de destacar que «dos mujeres espectadoras españolas, presas de crisis nerviosas, tuvieron que ser evacuadas del estadio», probablemente por el calor, coyuntura que no impide mostrar al diario cierta mimetización en la derrota entre los aficionados y el equipo nacional— y la redención pública de la delegación española tras la derrota: *ABC* publicó una pequeña carta con las firmas de todos los jugadores de la selección española de tenis bajo el título: «Todos hemos hecho lo posible por conseguir la victoria». La «victoria», se entiende, no era una cuestión resumida a los cuatro tenistas y otros tantos delegados federativos enviados a Australia, sino que era empresa común de todos los españoles. De ahí que sus

107«Decepción en Barcelona», *ABC*, 28/12/1965, pág. 94.

108«La Copa Davis se queda en Australia», *Mundo Deportivo*, 29/12/1965, pág. 1.

109«La Copa Davis se queda en Australia», *Mundo Deportivo*, 29/12/1965, pág. 6.

110«Entre canguros... y raquetas», *Mundo Deportivo*, 29/12/1965, pág. 6.

representantes en Sidney, Santana y compañeros, ofrecieran una disculpa simbólica en forma de firma dedicada a todos los lectores españoles de *ABC*¹¹¹. El «todos» que encabezaba el titular era inclusivo: por «todos», el lector podía entender «todos los españoles». La nación al completo.

Sin embargo, este pesimismo inducido por la derrota global quedó totalmente olvidado cuando, en el último día de competición, Santana venció a Roy Emerson en su partido individual. España salvaba el honor y *La Vanguardia* llevaba un hecho a priori insignificante, como la victoria parcial que simplemente maquillaba un resultado global muy holgado para Australia —4-1—, a su portada: «Júbilo español en Sidney». El reportaje gráfico era lo suficientemente significativo: varios españoles celebrando con alboroto la victoria de Santana en tres fotografías diferentes¹¹². Y en páginas interiores todo tipo de exageraciones y metáforas que resaltaban el desempeño del tenista español, cuestionado los días anteriores por su pobre desempeño, según algunos periodistas, en sus partidos previos. España podía haber perdido la Copa Davis, pero este hecho era menor en comparación a lo verdaderamente importante: «Manuel Santana es el mejor jugador 'amateur' del mundo» —según el ránking anual—. *La Vanguardia* prefería dejar de lado las decepciones y exaltar una irrelevante victoria:

«Rotundos aciertos de Santana en la red, nuestro jugador ha demostrado en la 'Catedral del tenis' y sobre la hierba de Sidney su indiscutible categoría como primera raqueta del mundo, ganando ante los boquiabiertos espectadores al más famoso de los campeones australianos (...) Santana ha salido a hombros del 'court' central, aupado por el entusiasmado grupo de españoles residentes aquí, la mayoría de ellos ahogados en lágrimas ante el triunfo del compatriota».

El fervor patriótico se desplegaba en torno a Santana, a quien *La Vanguardia* llegaba a bautizar como «Superman vestido de blanco». Toda exageración servía para hacer olvidar las derrotas y transmitir las mejores virtudes, reales o no, de los deportistas españoles. La crónica no desperdiciaba la ocasión para incluir el entregado comportamiento del público español, quien llegó a invadir la pista al final del partido¹¹³. Además, como buen héroe nacional, Santana se había impuesto a toda clase de impedimentos y obstáculos en su camino a la gloria: desde el «campo adversario» hasta su mayor fatiga frente a Emerson —que no había jugado el partido de dobles—, pasando por el calor o la pista de hierba, «bien distinta a las que Manolo suele pisar». La victoria de Santana transformaba radicalmente la visión de la eliminatoria: pese a sentenciar Australia la Copa

111«Los españoles han animado mucho a nuestros jugadores» y «Todos hemos hecho lo posible por conseguir la victoria», 29/12/1965, pág. 105.

112«Júbilo español en Sidney», *La Vanguardia*, 30/12/1965, pág. 1.

113«La formidable victoria de Santana frente a Emerson dejó el resultado final en un honroso 4 a 1», *La Vanguardia*, 30/12/1965, pág. 39.

Davis en los tres primeros partidos, ahora el trofeo había estado «a punto de ir camino de España»¹¹⁴. *ABC* no se mostraba tan entusiasmado, pero sí destacaba la apoteosis de españolidad desatada tras la derrota de Emerson: «Los enardecidos españoles se arrojaron sobre el sudoroso y asustado Santana», contaba el periódico, reafirmando el carácter improvisado, alegre y festivo de los españoles frente a la flemma anglosajona y los impresionados australianos. Bulerías, congas y bailes: España era una fiesta, y la victoria parecía una mera excusa para dejarse llevar por atributos tan nacionales como los mostrados por la crónica¹¹⁵. *Mundo Deportivo*, finalmente, prefería caer ligeramente en el entusiasmo de *La Vanguardia* antes que el escepticismo de *ABC*, quien nunca parecía demasiado interesado por el tenis si los resultados no se contaban por victorias. El diario deportivo dedicó la portada, destacó la categoría de «mejor jugador del mundo» de Santana y afirmó que en el partido disputado en Sidney entre el tenista español y Emerson se había visto «el mejor tenis de estos últimos 20 años». Los españoles podían sentirse orgullosos de sí mismos: el honor del tenis español, y por ende de todo el país, quedaba muy alto, a juicio del cronista de *Mundo Deportivo*. Una filosofía resumida en un titular muy elocuente y que dice mucho de cómo afrontó la prensa española la nimia victoria de Santana: «Derrotados, no; vencidos». La derrota no era un término aceptable para España¹¹⁶.

Las victorias de Santana tanto en Nueva York como en Sidney, además de sus logros cosechados en años anteriores en París, le llevaron a la primera plana del deporte nacional: como se mencionaba al principio del artículo, *ABC* decidió llevar a primera página su éxito total en el Campeonato de Wimbledon, el más prestigioso de todos cuantos se organizaban en el circuito internacional de tenis. En 1966 Santana ya era un ídolo nacional. Obviado al inicio, en ocasiones despreciado o bajo sospecha, cinco años después del inicio de su fulgurante carrera, el tenis y él mismo ya contaban con un protagonismo notorio en las páginas de los periódicos. La creciente popularización de sus victorias y la progresiva importancia de los logros obtenidos, sin menospreciar el componente patriótico implícito en las eliminatorias de Copa Davis, donde Santana era el mejor jugador español, hicieron que los diarios fueran conscientes poco a poco de sus éxitos. *ABC*, *La Vanguardia* o *Mundo Deportivo* sólo prestaron atención a Santana cuando vieron en él virtudes típicas del ideal de españolidad franquista, un instrumento de propaganda institucional en otros países —muy significativa en este caso es su victoria en Estados Unidos— o una forma de nacionalizar a las masas mediante los torneos de Copa Davis. Todo ello culminó en su mayor logro deportivo y personal: la victoria ante el norteamericano Dennis Ralston. Al igual que *ABC*, *Mundo Deportivo* llevó la final de Wimbledon a su portada dos días consecutivos: la misma jornada en la

114«Santana, jugador número uno», *La Vanguardia*, 30/12/1965, pág. 40.

115«Premio de consolación tras la pérdida de la Copa Davis: Santana vence a Emerson» y «Invasión de la pista después del triunfo de Santana», *ABC*, 30/12/1965, pág. 101-102.

116Véase *Mundo Deportivo*, 30/12/1965, pág. 1 y 6-7.

que se habría de disputar y el día posterior, en el que Santana se había proclamado «rey» del tenis mundial¹¹⁷. El éxito de Santana se encuadraba de nuevo dentro de las más «resonantes gestas» de la historia del deporte hispano. Sin duda era un hecho por encima de lo ordinario del deporte español, demasiado dependiente entonces, y el lenguaje épico que empaña las crónicas sobre Santana y otros héroes deportivos nacionales así lo subraya, de talentos aislados, de hechos singulares sin estructura alguna que los sostuviera. El propio Santana pasaba a interpretar su papel afirmando que su triunfo era «de España, de su pueblo y de su club: el Real Madrid». La gloria era compartida por toda la nación y Santana se enorgullecía de ello, tanto o más como *Mundo Deportivo* se enorgullecía de recoger su orgullo patriótico: «Nunca me he sentido más español que en esta tarde gloriosa que colma todas mis aspiraciones como tenista», decía el atleta tras un destacado del diario. Cualquier signo de españolidad se destacaba con entusiasmo¹¹⁸:

«En las graderías bastantes sombreros cordobeses, algunos adornados con cintas de los colores de España, daban sabor español a la finalísima. Para empezar, una vistosa banda de música interpretó música española durante varios minutos».

Al igual que en ocasiones anteriores, los medios no desaprovecharon la oportunidad para remarcar virtudes positivas transmitidas por el régimen franquista que cimentaron la victoria del héroe deportivo de turno. Así, *La Vanguardia* decía: «Su victoria ha sido el producto de cuatro cualidades: trabajo, constancia, destreza y norma». Santana era un «español de nuevo cuño», posiblemente acorde a los tiempos de prosperidad que por aquel entonces vivía el país. A las muchas virtudes del madrileño había que unir el «genio» y la «valentía», otros atributos ya utilizados para definir, por ejemplo, el juego de la selección española y que tan bien cuadraban con el carácter tópico español. «No se arredra por nada y eso es el remate que necesita un tenista para alcanzar la cúspide», aseveraba un columnista del diario. La victoria de Santana era de todo el tenis español y todos los españoles habían estado pendientes de ella, reafirmando el sentimiento comunitario y nacional en torno un evento deportivo:

«Y, se diga lo que se diga, resulta hermoso que un solo hombre haya tenido pendiente de la televisión a millones de españoles que sufrían con cada uno de sus fallos y se levantaban de la silla, del sillón, del diván del café, de la taberna, del bar, del círculo o de su casa cada vez que Manolo sumaba puntos en su haber. Resulta hermoso que, por lo menos la mitad de los espectadores de este torneo aristocrático que ha entrado hasta nuestros más populares hogares, supieran contabilizar la extraña puntuación del tenis».

117«Santana-Ralston, en la gran final de hoy en Wimbledon», *Mundo Deportivo*, 01/07/1966, pág.1; y «Santana, 'rey' del tenis mundial», *Mundo Deportivo*, 02/07/1966, pág. 1.

118«¡Santana también vencedor en Wimbledon!», *Mundo Deportivo*, 02/07/1966, pág. 8.

El éxito de Santana representaba también la historia de España: tanto él como Bahamontes y como Gento eran «nuestros niños pobres» que habían «promocionado y vencido en la difícil lucha de la vida, del triunfo y de la popularidad», del mismo modo que el país que ahora se recuperaba de las heridas del traumático pasado y de los años menos prósperos. *La Vanguardia* hacía apología de lo popular: «No se desgarran las vestiduras de los que piensan en nuestros sabios, pintores o poetas (...) pero esta popularidad del torero o el campeón es otra popularidad, al alcance de todas las fortunas». Wimbledon se enmarcaba dentro del imaginario colectivo popular como un triunfo del pueblo llano y de la voluntad de la nación española. Cabía incluso espacio para el desprecio disimulado pero presente por *la intelectualidad*, en beneficio de los nuevos héroes del pueblo y de los nuevos símbolos de España: sus deportistas más exitosos. Y también cabía un pequeño espacio para la particularidad local, tan presente en Bahamontes pero tan olvidada en Santana. El tenista era madrileño y su éxito era el resultado de «la prosperidad madrileña». Tan representativo era el triunfo de Santana que sólo cabía enorgullecerse de la propia nacionalidad española¹¹⁹:

«Y todo porque supermanuel, Manolo, Manolillo Santana, juega al tenis como un granuja, con una gracia que está a mitad de camino entre la de los ángeles y los toreros. Con gente así da gusto ser español».

Quedaba todo dicho.

¹¹⁹Todos los comentarios y extractos de *La Vanguardia* se pueden encontrar en «Manuel Santana, primer español vencedor», «Primero y único», «Bravísimo Santana» y «Supermanuel, Manuel, Manolo, Manolillo Santana», *La Vanguardia*, 02/07/1966, pág. 38.

Análisis práctico (II): Barcelona'92 y Miguel Indurain, los éxitos de la democracia

Introducción

El fin del franquismo y la Transición democrática permitió la liberalización de la prensa y mayores márgenes para la libertad de expresión. Se ponía fin de este modo a casi cuarenta años de control mediático por parte del régimen en todos los diarios. ¿Suponía esto el punto y final del deporte como representante de los anhelos nacionales de todos los españoles? Nada más lejos de la realidad. Es cierto que durante el franquismo, como ya se ha analizado en base al fútbol, el ciclismo y el tenis, la prensa mantuvo un discurso obviamente patriótico, poco sutil y matizado. Nada de esto, o al menos nada tan explícito, podremos encontrar en los recortes de prensa a partir de la llegada de la democracia. Pero no se debe entender el patriotismo deportivo en los medios de comunicación como algo exclusivo únicamente de las dictaduras y los regímenes autoritarios. Pese a la poca literatura desarrollada en torno a este fenómeno a partir de la Transición, los medios de comunicación españoles también utilizaron los éxitos más reseñables de los atletas y deportistas nacionales para proyectar una imagen determinada de España, los españoles y su identidad nacional. Si en el franquismo los atributos estaban relacionados con la virilidad, la raza, la furia o el pundonor, a partir de la democracia los paralelismos buscarán afirmar la presencia de España en el panorama internacional totalmente normalizada, su definitivo progreso como nación europea y su modernización tanto política como económica. El relato mediático será más sutil, más elaborado, pero de fondo subyacerá un espíritu semejante al de los medios de comunicación del franquismo: los éxitos deportivos eran éxitos nacionales.

Y dentro del periodo democrático se pueden destacar dos grandes éxitos o eventos para apuntalar la nueva imagen de España, inmersa en plena modernidad. Primero, los Juegos Olímpicos de Barcelona. Concedidos en 1986 y organizados en 1992, los Juegos Olímpicos supusieron el colmo de la capacidad organizativa española y un ejemplo paradigmático de su puesta en funcionamiento como país tan moderno y avanzado como cualquier otro. Las diversas victorias españolas en aquel evento, aún no igualadas, vendrían a reforzar esta idea. Segundo, los cinco Tour de Francia cosechados consecutivamente por Miguel Indurain. España ya era capaz de fabricar grandes deportistas históricos. Indurain sería el primer referente, el primer gran héroe nacional, mucho antes de la eclosión de diversos deportistas en el siglo XXI. Siglo que queda al margen de este pequeño análisis, pero cuyo estudio depara grandes posibilidades en el futuro dada la frecuencia y la magnitud de sus éxitos.

Barcelona'92: el progreso de España

Pocos eventos deportivos atraen las miradas de todo el planeta como los Juegos Olímpicos. Y pocos, también, logran un impulso mediático tan amplio. La reciente candidatura de Madrid 2020 —finalmente fracasada— pone de manifiesto la poca frecuente unanimidad mediática, que no social, alrededor de un evento deportivo: organizar los Juegos Olímpicos se considera positivo al margen de cualquier otra consideración. Un símbolo de modernidad, la definitiva implantación de España en el marco de la normalidad democrática, su asiento maduro en la comunidad internacional y en la Europa occidental: todo ello vinieron a representar los Juegos Olímpicos de Barcelona, celebrados en el verano de 1992, para España. El discurso mediático alrededor de los Juegos Olímpicos —JJOO en adelante— trató de crear nuevas referencias nacionales para los españoles. Dejados atrás los años del franquismo, y en un contexto diferente de nacionalización y de promoción de patriotismo constitucional¹²⁰, Barcelona'92 colocaba a España en la primera línea del mundo moderno y representaban la unidad de la empresa nacional, de todos los españoles, por un futuro común. Este discurso se mantuvo presente desde la elección de la ciudad condal como sede de los JJOO hasta la ceremonia de clausura, pasando por los muy diversos y múltiples éxitos deportivos españoles cosechados en Barcelona'92: nunca antes —y nunca después— la delegación española lograría tantas medallas. Un total de 22 metales y la sexta posición del medallero¹²¹: un hecho sin precedentes que simbolizaría, para los medios de comunicación aquí analizados, el progreso de España y su posición, digamos natural, en el escenario político y deportivo internacional.

Por supuesto, la interpretación que cada diario hizo de Barcelona'92 quedó supeditada a su propia visión de España. Mientras *La Vanguardia* analizó el éxito de la candidatura en clave local y regional, *ABC* siempre primó la imagen de España sobre la de Barcelona y Cataluña. España era interpretable desde diferentes ópticas y el tratamiento de Barcelona'92 en los medios de comunicación sólo es un reflejo más de ello. Hay que tener presente en todo momento, no obstante, que todos los periódicos serán consciente durante el tratamiento de Barcelona'92 de la dicotomía nacional a la que hacía frente la organización: por un lado la identidad nacional catalana y, por otro, la española. Ambas se superponen difusamente en las noticias y artículos de opinión de la prensa analizada y caminan de la mano, a veces desde ópticas divergentes, pero siempre en paralelo.

¹²⁰Véase, por ejemplo, la construcción de la nueva identidad nacional española de perfil conservador construida tras el franquismo en Balfour, Sebastian: «La derecha política y la idea de nación», en Ortiz Heras, Manuel (coord.), *Culturas políticas del nacionalismo español: del franquismo a la Transición*, Madrid, Libros de la Catarata, 2009, pp. 59-73.

¹²¹El medallero de Barcelona'92 se puede consultar en la web oficial del Comité Olímpico Internacional. [<http://www.olympic.org/barcelona-1992-summer-olympics>, consultado por última vez el 14/10/2013]

Reflejo que se intuye desde el primer momento: el Comité Olímpico Internacional eligió a Barcelona sede de los Juegos Olímpicos de 1992 el 17 de octubre de 1986. Al día siguiente la noticia era portada en todos los diarios nacionales: *La Vanguardia* optó por dar protagonismo al nombre de Barcelona con una fotografía panorámica de una multitud de barceloneses celebrando la designación —en la que se pueden apreciar las banderas de Cataluña y de Barcelona, en ningún caso la española—¹²². Sin duda se trataba de un hecho con una significativa relevancia local para *La Vanguardia*: en páginas interiores el diario barcelonés prefería fijarse en la «expresión de júbilo» de los vecinos de la ciudad condal, reafirmando el carácter popular, integrador y comunitario de los JJOO. El proyecto olímpico no podía tratarse únicamente de una idea propulsada por las élites políticas cuando miles de personas celebraban en las calles de Barcelona la designación del COI. El protagonismo popular se anteponía al institucional: «El pueblo lo celebró y los representantes de todas las instituciones se sumaron a la alegría común». Pese al claro enfoque local de *La Vanguardia*, el diario también incidía en su crónica de los acontecimientos en el encuadre de Barcelona y Cataluña en la España democrática. No en vano, la noticia se introducía con las declaraciones de Pasqual Maragall, alcalde de Barcelona, tras la decisión pública del COI: «Lo que es bueno para Barcelona es bueno para Cataluña; lo que es bueno para Cataluña es bueno para España. Visca Barcelona». En la construcción de esta frase, elegida por el diario para abrir la primera crónica del número, se incluyen todas las representaciones identitarias presentes en el relato de *La Vanguardia* alrededor de los Juegos Olímpicos: por un lado, el carácter de Barcelona como ciudad protagonista; por otro, el marco de Cataluña como región diferenciada del resto de la unidad nacional española; y por último, España como referencia estatal en la que se encuadran las dos anteriores.

En los JJOO cabían todas las identificaciones nacionales o regionales posibles y *La Vanguardia* decidió no cerrar la puerta a ninguna de ellas¹²³. Estas ideas se reproducían en el editorial del periódico: «Creíamos que eso [los JJOO] era bueno para Barcelona, para Cataluña, para España, y pensábamos que nuestro periódico tenía que aportar también a ese compromiso el esfuerzo y el entusiasmo de todos nuestros equipos». La empresa era ya común a todos los ciudadanos de Cataluña: estaba a prueba «la inventiva, el buen sentido, todas las cualidades que tradicionalmente se nos atribuyen a los catalanes». Y una responsabilidad mayúscula, no sólo dada la naturaleza propia de los JJOO, sino también por los hechos excepcionales que habían ensombrecido las anteriores ediciones —desde el terrorismo hasta el fracaso económico, pasando por los boicots—: Barcelona'92 tenía ante sí el reto de ser más brillante y más ejemplar que ningunos otros Juegos Olímpicos. Para *La Vanguardia*, sólo la unidad, «el entusiasmo y la cooperación», podían ser la vía que llevar hacia el éxito: una unidad que incumbía a todo el Estado

¹²²«Barcelona ya vive su sueño olímpico», *La Vanguardia*, 18/10/1986, pág. 1.

¹²³«La elección de Barcelona como sede olímpica provoca una de las mayores expresiones de júbilo de su historia», , 18/10/1986, pág. 3.

—«Barcelona es Cataluña y es España»— sin perder de vista la particularidad cultural y política de Cataluña —la referencia a las «instituciones históricas» recuperadas por la comunidad autónoma o el llamamiento a que Cataluña «no se encierre en sí misma»¹²⁴. La unidad era la idea central sobre la que rotaba gran parte del imaginario olímpico de *La Vanguardia*, pero también del *ABC*. La diferencia estribó en la perspectiva territorial: si el diario catalán abría su número con el protagonismo indiscutible de Barcelona, *ABC* despojó del componente local a la decisión del COI. Su portada era lo suficientemente indicativa: «España olímpica», sobre el logotipo de los JJOO y un mapa de la península ibérica. La nación española por encima de cualquier otra consideración. *ABC* acompaña tan explícita portada con las fotografías de algunas de las personalidades políticas que, a juicio del diario, más habían colaborado para la consecución del éxito español. El primero de todos, en la margen superior izquierda, naturalmente, era Juan Carlos I, quien había liderado el proceso y sobre quien recaía gran parte del éxito en tanto que representaba la unidad de los españoles. Véase el párrafo que acompañaba a la ilustración de la primera plana:

«Barcelona, y España entera con Barcelona, fue elegida ayer en Lausana sede de los Juegos Olímpicos de 1992. La victoria de la Ciudad Condal es, en primer lugar, la victoria de España y de todos los españoles que, encabezados por Su Majestad el Rey, han apoyado, con entusiasmo y esperanza que ahora se cumple, la candidatura de la capital catalana. Es, también, un éxito del Gobierno de la nación y, sobre todo, de la Generalidad de Cataluña, que preside Jordi Pujol».

El patriotismo de *ABC* rota aquí en torno a la figura de la estabilidad institucional, el rey Juan Carlos I, sin dejar de lado uno de los cimientos de la constitución de 1978: el Estado de las Autonomías —representado por la referencia explícita y elogiosa hacia el Gobierno de Cataluña—. El éxito aunaba todos los ingredientes de la España moderna¹²⁵. En páginas interiores la disposición de la información hacía hincapié en las mismas ideas: tras una serie de reportajes gráficos sobre la ceremonia del COI y el estado de las obras en la capital condal, *ABC* comenzaba su información nacional destacando el llamamiento del rey a todos sus compatriotas: «Tengo una gran alegría, como todos los españoles». El Estado, en su máxima representación institucional, y los ciudadanos quedaban unidos, al igual que en *La Vanguardia*, por el proyecto común de Barcelona'92. Las disparidades regionales quedaban en un segundo plano dado que «el éxito de Barcelona nos llena de orgullo a todos los españoles». De manera consciente, *ABC* incluía a Barcelona y Cataluña como punta de lanza del imaginario nacional, de un proyecto que trascendía del mero hecho deportivo y que implicaba a toda la sociedad en algo, no especificado, de mayor entidad e importancia social¹²⁶:

124«La generación del 92», *La Vanguardia*, 18/10/1986, pág. 4.

125«España olímpica», *ABC*, 18/10/1986, pág. 1.

126«El Rey: 'Tengo una gran alegría, como todos los españoles'», *ABC*, 18/10/1986, pág. 41.; y «Barcelona olímpica»,

«Hasta que el fuego se apague, Barcelona ve cumplido su deseo, se hace realidad su sueño. Su polideportividad merecía la atención y la entrega de la antorcha. España asciende así a un grado que nos compromete a todos, porque no es sólo el deporte lo que se pone en juego».

Las ideas de modernidad y éxito en torno a Barcelona'92 se reproducían en cada rincón del espectro político y *ABC* se encargaba de reproducirlas: en boca del PSOE, los JJOO eran el «éxito de la España democrática», una imagen del país que «el mundo empieza a conocer y a estimar en su más justa medida». Alianza Popular reivindicaba el «punto de unión» que los JJOO debían ser para todos los españoles; la CDS consideraba la decisión del COI un éxito «para Barcelona, para Cataluña y para España, por el que debemos felicitar a todos los catalanes y nos debemos felicitar todos»; el presidente de la Comunidad de Madrid, Joaquín Leguina, felicitaba a la ciudad condal y ofrecía «nuestro abrazo [el de la Comunidad de Madrid] y nuestra ayuda. Barcelona'92 ha de ser la más hermosa e importante Olimpiada de la historia, todos estamos y estaremos cerca de vosotros». En fin, los testimonios eran diversos pero recogían sentimientos unánimes en una página dedicada completamente a esta labor —en la que cabían también las palabras de los empresarios de la construcción y de la hostelería, incluyendo a nuevos actores sociales en el balance sobre la designación de Barcelona—, compartidos tanto por el propio diario como por sus homólogos¹²⁷. No en vano, *La Vanguardia* destacaba en una de sus muchas páginas dedicadas a la cobertura de la noticia la felicidad del rey por la decisión del COI y su mensaje de unidad para todos los españoles, quienes debían ahora trabajar juntos por los JJOO. Idéntico discurso mantenían Felipe González y Jordi Pujol, instituciones, partidos políticos de diversa índole, empresarios y sindicatos¹²⁸.

El eco mediático no ofrecía dudas ni admitía espacio para la disidencia. Sólo *El País*, y de manera marginal, dedicaba al día siguiente de la elección de Barcelona'92 espacio a los grupos políticos contrarios —y siempre minoritarios— a los Juegos Olímpicos¹²⁹. Pero este pequeño espacio de disidencia quedaba fuertemente contrarrestado por la información ofrecida por el diario al día siguiente de la decisión del COI. El propio editorial de *El País* resumía la postura del periódico al respecto, en la línea de las ya mostradas por *ABC* y *La Vanguardia*:

«La elección de Barcelona como sede de los Juegos Olímpicos de 1992 es una gran noticia

ABC, 18/10/1986, pág. 42.

127«Las fuerzas políticas creen que el esfuerzo colectivo ha sido la clave del éxito», *ABC*, 18/10/1986, pág. 44.

128«El Rey exhortó a todos los españoles a trabajar por los JJOO», *La Vanguardia*, 18/10/1986, pág. 12; «Felipe González y Jordi Pujol apelan a un esfuerzo colectivo para afrontar con garantías el reto olímpico», *La Vanguardia*, 18/10/1986, pág. 13; y «Instituciones, partidos políticos, sindicatos y empresarios se felicitan por el triunfo de Barcelona», *La Vanguardia*, 18/10/1986, pág. 18.

129«Grupos minoritarios se oponen al proyecto», *El País*, 18/10/1986.

[http://elpais.com/diario/1986/10/18/deportes/529974025_850215.html, consultado por última vez el 14/10/2013]

para España. Las citas olímpicas se han convertido en acontecimientos multitudinarios de enorme importancia, y su convocatoria en nuestro país abre una oportunidad más para mostrar a la comunidad internacional la realidad española. Al mismo tiempo servirán para dar un empuje histórico a las obras de modernización y a la mejora de la infraestructura de la Gran Barcelona».

Los inconvenientes y obstáculos enumerados por *El País* —la pobre competencia deportiva de los atletas españoles o la escasa formación física de la sociedad española, así como las dificultades económicas a las que habría de hacer frente el Estado a la hora de financiar los JJOO— no tenían tanto peso como las ventajas ofrecidas por la organización del evento: Barcelona podía convertirse en «la ciudad racional y pujante que desean y merecen sus habitantes» y los JJOO simbolizaban «la unidad» de todas las fuerzas políticas catalanas y las instituciones españolas —según *El País*, el éxito olímpico permitió «la primera tregua interior que se conceden los partidos políticos catalanes desde la muerte de Franco»—. La elección de la ciudad condal respondía también a una deuda histórica —«España era el único gran país europeo, moderno e industrializado que, nunca había conseguido albergar unos Juegos Olímpicos»— y sus frutos ya eran tangibles —Barcelona contaba ya con «el 70% de las instalaciones deportivas necesarias» y se habían iniciado obras «decisivas», como la remodelación del estadio de Montjuic—. El éxito de Barcelona se había convertido de este modo en una celebración necesaria por sus consecuencias positivas para la ciudad y el país y por lo que simbolizaba: un logro nacional construido a base de «unanimidad» entre todos los españoles. Algo que debía «servir de lección en otras cosas», según *El País*, «para Cataluña y para España»¹³⁰.

Seis años después y llegó «el día D»: así bautizó *La Vanguardia* a la fecha en la que se celebraría la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos de Barcelona. Tan memorable evento tuvo lugar en el Estadio Olímpico de Montjuic el 25 de julio de 1992, y ese mismo día, al margen de su ejecución final, *La Vanguardia* desplegaba su suplemento olímpico y todo un arsenal de columnas de opinión apoyando con entusiasmo el evento. «El día D» culminaba un proyecto que, el día de su presentación, se anteponía a la «larga crisis económica» y al «recuerdo del reciente golpe de Estado». Los Juegos Olímpicos eran un foco de optimismo frente a la difícil situación económica y política de España a principios de los años noventa. Una década después, «unas inversiones superiores a 800.000 millones de pesetas» habían cambiado la cara de Barcelona y había puesto de manifiesto la capacidad organizativa de catalanes y españoles en torno a dos pilares identitarios básicos del sentimiento regional catalán y de la Transición: los Juegos Olímpicos y la colaboración entre distintos promotores para ejecutarlos con éxito mostraba «el seny» y «el espíritu

¹³⁰«Victoria olímpica», *El País*, 18/10/1986. [http://elpais.com/diario/1986/10/18/opinion/529974006_850215.html, consultado por última vez el 14/10/2013]

de pacto» de todos los implicados. Como ya se ha visto, todos los implicados era la sociedad española en su conjunto. Las palabras del director de *La Vanguardia*, Juan Tapia, también iban dedicadas a reafirmar la personalidad catalana dentro de la vorágine española de los JJOO y de las posibles lecturas políticas que el evento traía al país: había «quedado garantizada» la presencia de símbolos catalanes, lo cual satisfacía los deseos de «una inmensa mayoría». Un ejemplo más de cómo los JJOO de Barcelona'92 eran los «más universales de la historia», además de un hito fruto de su tiempo: aquellos en los que, hasta la fecha, participaron más países¹³¹. *La Vanguardia* tenía claro que los Juegos Olímpicos eran una empresa de rango nacional haciendo suyas las ideas de Jordi Pujol: «El prestigio de Barcelona, de Cataluña y de toda España no se podrá defender si los Juegos no salen bien». Todo lo que aconteciera en Barcelona'92 afectaba y determinaba «la identidad de Cataluña», y también definía la percepción que desde esferas internacionales se tendría de España en el futuro. El discurso en torno a la identidad nacional catalana quedaba siempre enmarcado dentro de la estructura estatal o identitaria de España: ambas ideas, Cataluña y España, compartían espacio dentro del imaginario de *La Vanguardia* a la hora de explicar los Juegos Olímpicos en clave identitaria¹³².

Los columnistas del diario tampoco renegaban del conflicto identitario que suponían los JJOO, pero quitando hierro o conflictividad al asunto: se presentaba la exhibición de banderas de distinta índole desde un punto de vista ameno, ofreciendo la gran variedad de filiaciones políticas e identidades nacionales que conformaban Cataluña. En este caso, el toque nacionalizador no tenía nada de español y sí mucho de catalán: la comunidad imaginada de todos los catalanes y su construcción era variada y diversa, pero al final se resumía, aquellos días, a la bandera olímpica¹³³. Al día siguiente de la ceremonia el discurso resultaba redundante: Juan Tapia titulaba su columna con un sonoro «Barcelona deslumbra», y afirmaba que «al empezar a escribir esta nota, cuando desfila el equipo de Lituania, ya se puede afirmar que la ceremonia inaugural de la XXV Olimpiada ha sido un éxito». En realidad, esa afirmación se había realizado mucho tiempo atrás sin dar tiempo a que se realizara. Y por un motivo simple que poco tenía que ver con el acto en sí o con el desarrollo deportivo de los JJOO: «[durante la ceremonia] ya se vio que estábamos ante una magnífica exposición de Barcelona, de Catalunya y de la nueva España y democrática»¹³⁴. *El País* compartía el mismo punto de vista. Los JJOO determinarían la nueva imagen de Barcelona, Cataluña y España en el globo terráqueo:

«El gran objetivo de la cita olímpica ha sido resituar a Barcelona, y a su través España y

131«Llegó el día D», *La Vanguardia*, 25/07/1992, pág. 2.

132«Un día histórico», *La Vanguardia*, 25/07/1992, pág. 22.

133«El forastero y las banderas», *La Vanguardia*, 25/07/1992, pág. 23.

134«Barcelona deslumbra», *La Vanguardia*, 26/07/1992, pág. 2

Cataluña, en el mapa del mundo, en plena era tecnológica y de profundas mutaciones de la geopolítica y la economía mundiales. Esta nueva ubicación, más competitiva, en el entrecruce de los flujos internacionales, será directamente proporcional a los elementos intangibles pero perceptibles, del acontecimiento».

En resumen: de los JJOO dependía en gran medida no sólo el prestigio de España y de Barcelona, sino también su éxito económico futuro y político. Todo estaba en juego, de algún modo, y todo dependía de «la exactitud organizativa», «la exactitud horaria», «el funcionamiento de las comunicaciones» o «la calidad de las ceremonias». Una gran prueba para el país al completo, cuyo éxito dependía en no menor medida de cuestiones «imponderables» como «la cantidad de los récords o la emergencia de nuevas grandes figuras de los récords». *El País* afirmaba que llegar hasta la ceremonia inaugural había sido un éxito, pero recurría a un viejo mantra de la prensa española para justificar los posibles fracasos: los imponderables. De manera mucho más sutil que en anteriores ocasiones, no cabe duda, pero presente al fin y al cabo¹³⁵. En el mismo sentido se expresaba el director del diario por aquel entonces, Joaquín Estefanía: el «hito en la historia de España del siglo XX» de Barcelona'92 respondía a la unidad —ilustrada en esta ocasión con la metáfora «remando unidos en la misma dirección»— de instituciones y ciudadanos. Los JJOO no sólo representaban una unión por un objetivo, sino la prueba de fuego por la propia convivencia entre las distintas identidades nacionales de España. El mensaje central de Estefanía, en todo caso, no era este, sino uno mucho más interesante para los objetivos que se ha marcado este trabajo:

«Las limitaciones localistas más insólitas han tenido su manifestación en ese 'Freedom for Catalonia' que han desplegado los sectores más estultos del independentismo catalán y algunos nacionalistas sobrepasados de tono. Su sorprendente leyenda —¡en inglés!— demuestra la palmaria necesidad de buscar una repercusión artificial en los visitantes y periodistas extranjeros, que a miles estarán en Barcelona durante los Juegos, deseosos de marcas y emociones fuertes».

Estefanía cargaba con dureza contra el independentismo catalán acusándole de politizar los Juegos Olímpicos y recurriendo al actual estado democrático de España y el amplio grado de autonomía obtenido por Cataluña tras la dictadura. Para ello el periodista recordaba la colaboración y el apoyo de todos los españoles a la candidatura de Barcelona y a su posterior empresa organizativa, además de al compromiso de los políticos catalanes de velar por la exhibición de símbolos catalanes y españoles en igual proporción. Los JJOO eran posibles gracias a la colaboración decidida de tres entidades territoriales como la ciudad de Barcelona, la comunidad

¹³⁵«Arrancan los Juegos», *El País*, 25/07/1992. [http://elpais.com/diario/1992/07/25/opinion/712015212_850215.html, consultado por última vez el 16/10/2013]

autónoma de Cataluña y el Estado español. Sobre ese modelo —exitoso como ya se ha visto anteriormente— no sólo se asentaba la construcción de Barcelona'92, sino también las bases de futuro para la prosperidad de todos los actores implicados. Estefanía, en definitiva, acudía a la legitimidad de la democracia, el reconocimiento de la diversidad y las relaciones colaborativas, identitarias y económicas que vertebraban tanto a Barcelona, como a Cataluña, como a España para desarrollar un marco nacionalizador español. Es decir, apostaba por utilizar la imagen de éxito de los JJOO para apuntalar el proyecto unitario de España. Con todos los matices que los ciudadanos catalanes quisieran argumentar, pero desde la articulación de un espacio de colaboración y unidad¹³⁶. En este sentido, *El País* no dudaba en destacar «las palmas» que ahogaban a «los pitos» nacionalistas —catalanes— durante los ensayos previos a la inauguración oficial. Puede que una pequeña muchedumbre pitara tanto al himno de España como al rey Juan Carlos I, pero «los aplausos atronadores de la inmensa mayoría de los espectadores redujeron los silbidos a un indefinido fondo de agudos»¹³⁷.

En este sentido, ningún diario dotó de tanta importancia a la figura del rey, y al respeto que concilió entre todos los presentes, como *ABC*. Como es natural, el diario monárquico decidió dotar de mayor protagonismo a las instituciones estatales y a la idea de España que a Barcelona o Cataluña. La portada del día siguiente a la inauguración hacía pivotar a Barcelona sobre España: «Barcelona convierte a España en centro de atención del deporte mundial». La construcción de la frase es interesante: Barcelona era un accesorio para el auténtico protagonismo de la noche, España, de modo que su importancia quedaba relegada a un segundo plano. La idea fuerza no tendría que corresponderse con el resto de piezas del periódico porque servía de eslogan y gancho para sus lectores. El texto se sobreponía sobre una imagen del príncipe Felipe portando la bandera¹³⁸. Las prioridades de *ABC* quedaban claras: el marco de referencia era España, en un discurso de clara connotación nacionalizadora, puesto que extendía el éxito de los Juegos Olímpicos a todos los ciudadanos españoles por igual, dejando a un lado el protagonismo de Cataluña y, en menor medida, Barcelona. Por ejemplo: el recibimiento al equipo olímpico español por parte de los espectadores de Montjuic fue «emocionante», y lo más destacable, al igual que en portada, era el abanderamiento del príncipe Felipe. Al mismo tiempo se introducían las fotografías en primer plano de las infantas Elena y Cristina¹³⁹. *ABC* también apostaba por la unidad, pero desde el rey: no se trataba del encaje de bolillos identitario propuesto por *La Vanguardia*, ni de la apelación al progreso, la alianza y la

136«Dentro de quince días...», *El País*, 25/07/1992.

[http://elpais.com/diario/1992/07/25/opinion/712015211_850215.html, consultado por última vez el 16/10/2013]

137«Las palmas ahogan los pitos», *El País*, 25/07/1992.

[http://elpais.com/diario/1992/07/25/deportes/712015207_850215.html, consultado por última vez el 16/10/2013]

138«Barcelona convierte a España en centro de atención del deporte mundial», *ABC*, 26/07/1992, pág. 1.

139«Emocionante recibimiento al equipo olímpico español, con el Príncipe de Asturias como abanderado», *ABC*, 26/07/1992, pág. 4; y «Los barceloneses recibieron clamorosamente a los Reyes al hacer su aparición en el palco», *ABC*, 26/07/1992, pág. 5.

unión de España por un futuro mejor alentado por *El País*, sino la potencia del símbolo monárquico como nexo de unión de todos los españoles. De este modo, *ABC* podía afirmar que «los barceloneses recibieron clamorosamente a los Reyes al hacer su aparición en el palco» y, más tarde, dotar de un protagonismo desmesurado a Juan Carlos I en la crónica del evento. *ABC* optó por el siguiente titular: «Los Reyes inauguraron, en medio de una cerrada ovación, la XXV Olimpiada de la era moderna». Barcelona como ciudad quedaba relegada a un segundo plano, y el protagonismo de los voluntarios, los atletas o el espectáculo ofrecido por la organización eran prioridades secundarias para el periódico conservador. Los reyes encabezaban el éxito de los JJOO: unos reyes que por sí mismos ya representaban la estabilidad institucional, el orden territorial y nacional vigente y a toda la ciudadanía española en su conjunto. La construcción del éxito olímpico que hacía *ABC* se realizaba desde arriba hacia abajo, pero siempre desde el punto de vista de España —sustituida por el rey— antes que el de Barcelona o Cataluña —que ya quedaban englobadas dentro de la figura del rey—¹⁴⁰.

Desde un punto de vista comparativo, también es interesante mostrar cuál fue el protagonismo dado por *ABC* y por *Mundo Deportivo* al momento culminante de la ceremonia de inauguración: el encendido del pebetero olímpico por Antonio Rebollo, una vez recibió la antorcha olímpica de las manos de Juan Antonio San Epifanio —Epi—, jugador del Fútbol Club de Barcelona de baloncesto. El periódico generalista optó por el equilibrio: Rebollo aparecía en el reportaje gráfico que poblaba las primeras páginas del periódico, pero Epi protagonizaba, en una fotografía a toda página, la apertura de la sección dedicada a los Juegos Olímpicos. En lo relativo a las crónicas, tanto Epi como Rebollo contaban con un pequeño espacio conjunto en el relato general de la ceremonia y con apartados específicos para cada uno: una columna para Epi y un gráfico dedicado en integridad a explicar la labor de Rebollo en el encendido del pebetero¹⁴¹. *Mundo Deportivo* prefería delegar todo el protagonismo en Epi, llevando su nombre y su fotografía a la primera crónica del periódico sobre la ceremonia inaugural. Empezaba de este modo:

«Llegó con la noche. De la mano de un catalán nacido en Zaragoza el 16 de junio de 1959 y del pulso firme de un arquero que colocó una flecha de gloria en lo alto de un pebetero de 21 metros de altura y millones de ilusión».

El primer párrafo de *Mundo Deportivo* adelantaba la posición del periódico en páginas

140«Los Reyes inauguraron, en medio de una cerrada ovación, la XXV Olimpiada de la era moderna», *ABC*, 26/07/1992, pág. 23.

141*ABC*, 26/07/1992, pág. 8; «...y se hicieron los Juegos», *ABC*, 26/07/1992, pág. 71; «Los Reyes presidieron la brillante inauguración entre el clamor popular», *ABC*, 26/07/1992, pp. 72-73; «Epi: 'He tocado la felicidad, fue una sensación increíble'», *ABC*, 26/07/1992, pág. 74; «El día más largo, la noche más hermosa», *ABC*, 26/07/1992, pág. 75.

venideras. Epi era un símbolo tanto de la selección española de baloncesto como del Fútbol Club Barcelona de baloncesto, y sin embargo el diario le bautizaba como «un catalán nacido en Zaragoza». *ABC* y *Mundo Deportivo* componen los extremos de este análisis: el periódico generalista trazó el relato más nacionalizador desde el punto de vista español, y la publicación deportiva hizo lo propio desde el catalán. Rebollo pasaba a un segundo plano, citado con frecuencia como «el arquero», aunque con una gran fotografía del momento del relevo en la siguiente página¹⁴². Este enfoque de *Mundo Deportivo* se ve apoyado por otros pequeños detalles: destacó como en ningún otro diario el «trato preferente» del idioma catalán en la ceremonia de apertura, llevando al primer nivel informativo el uso que de él hizo Juan Carlos I a la hora de leer su discurso inaugural; del mismo modo, citó en varias ocasiones la presencia de Lluís Companys tanto desde un punto de vista simbólico como por su protagonismo en la alocución de Pasqual Maragall; o hizo referencia al diseño de las corbatas de la delegación española durante el desfile de deportistas: cuatribarrada y compuesta por los mismos colores que la bandera catalana —aunque en diagonal—. Es interpretable: los colores también representaban la bandera de España y, como muestran las fotografías, contaban con más de cuatro barras rojas¹⁴³.

Quien no tenía ninguna duda del significado subyacente de los Juegos Olímpicos, corbatas incluidas, era *ABC*: Barcelona'92 era, ante todo, una celebración de la españolidad. Del mismo modo que los triunfos deportivos de la selección española de fútbol en la Eurocopa de 1964, los de Bahamontes en el Tour de Francia de 1959 y los de Santana durante la década de los sesenta servían para reafirmar a los españoles dentro de un marco identitario común, cohesionado en torno a hitos deportivos presentes y reivindicables por el nacionalismo español, los JJOO de 1992 eran el teatro donde se escenificaba la identidad nacional común de todos los españoles. Los triunfos deportivos conducían al mismo punto que en ocasiones anteriores. Con motivo de la victoria de la selección española de fútbol en el torneo olímpico, cosechada ante la selección de Polonia en el Camp Nou, estadio del Fútbol Club Barcelona, *ABC* tituló lo siguiente: «Los barceloneses dieron un baño de oro y españolidad a los Juegos Olímpicos». Y en un amplio texto de portada, añadió:

«La Cataluña profunda, la del desafío de Gaudí y el misterio de Pau Casals, la de la fuerza de Miró y la imaginación de Dalí, la del vanguardismo de Tapies y la que acogió al genio de Picasso, la de Montserrat Caballé y José Carreras, la de Josep Pla y Joan Maragall, la del gran Cambó y el inolvidable Tarradellas ha bañado de españolidad los Juegos Olímpicos».

142«Epi lleva el fuego el día más grande», *Mundo Deportivo*, 26/10/1992, pp. 2-3.

143Véase «El rey Juan Carlos abre los Juegos en catalán y Montjuïc explota de júbilo», *Mundo Deportivo*, 26/07/1992, pp. 4-5; «Un aplauso que duró 81 minutos», *Mundo Deportivo*, 26/07/1992, pág. 9; y «El Príncipe conquista Montjuïc», *Mundo Deportivo*, 26/07/1992, pág. 10.

ABC acudía a los símbolos culturales catalanes y a figuras destacadas del nacionalismo catalán para vertebrar la identidad española: se trataba de un discurso aglutinador, pero que encuadraba la personalidad nacional catalana en la idea de la «españolidad». El diario aportaba pruebas, a su modo, contundentes: «la ovación unánime» de los barceloneses presentes en el estadio al rey Juan Carlos I, «los aplausos interminables al Himno Nacional» y la bandera española, el cariño profesado hacia el príncipe Felipe o «el constante flamear de banderas españolas en todos los actos deportivos» venían a resumir «el sentimiento del gran pueblo catalán». *ABC* también articulaba su relato en torno a la especificidad regional de Cataluña: el estallido de españolidad incomparable que habían supuesto los JJOO se desarrollaba a partir del «catalanismo admirable». *ABC* hablaba de «la entrañable senyera» y «el culto a la maravillosa lengua catalana, un vaso de agua clara para el buen gusto literario». Esta concepción de la españolidad a partir del regionalismo bebía directamente de modelo de integración nacional del franquismo¹⁴⁴: así, el resto de españoles podía sentir orgullo por Cataluña al mismo tiempo que «emoción por el espectáculo que los barceloneses estaban dando al mundo entero» mientras la selección española se imponía a la polaca¹⁴⁵.

Una explosión retórica y nacionalizadora, la de *ABC*, que en términos de grandilocuencia se puede comparar, salvando todas las distancias oportunas, con sus palabras sobre la victoria de España sobre la Unión Soviética en la Eurocopa de 1964. No es casual que el diario generalista acudiera de nuevo al fútbol para reproducir un discurso semejante: la victoria de Fermín Cacho podía ser encomiable, pero *ABC*, como también hemos visto en ocasiones anteriores —especialmente en lo referido al tenis— estaba mucho más interesado en el fútbol que en cualquier otro deporte. Prueba de ello es la poca carga nacionalizadora que *ABC* otorgó a otros éxitos deportivos conseguidos el mismo día. No se aprecia el mismo entusiasmo patriótico por la primera medalla de oro del atletismo español, obtenida por Fermín Cacho en los 1.500 metros lisos, ni por las medallas de plata cosechadas tanto por Carolina Pascual en gimnasia como por Jordi Arrese en tenis individual¹⁴⁶. Las prioridades del diario rotaban en torno a otros elementos extradeportivos: la «apoteosis de las banderas españolas en el Nou Camp» y los gritos fervorosos de «España, España» en el estadio, a lo que dedicaba tres fotografías en el apartado gráfico, o al talismán que representaba el rey Juan Carlos I, dado que «allí donde acude, España se supera y consigue una

144 Véase, aunque centrado específicamente en el caso valenciano, COLOMER RUBIO, Juan Carlos: «'El regionalismo bien entendido'. Una política de construcción nacional», SAZ, Ismael; ARCHILÉS, Ferran (eds.), *La nación de los españoles. Discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea*, Valencia, Publicacions de la Universitat de Valencia, Rústica, 2012, pp. 379-393.

145 «Los barceloneses dieron un baño de oro y españolidad a los Juegos Olímpicos», *ABC*, 09/08/1992, pág. 1.

146 Véase, por ejemplo «Arrese rozó el oro, pero Rosset, con su servicio, lo sacó de lo más alto del podio», *ABC*, 09/08/1992, pág. 13; «Fermín Cacho sublima el atletismo español en mil quinientos», *ABC*, 09/08/1992 pp. 64-65; o «Carolina Pascual: enorme, hablando en plata», *ABC*, 09/08/1992, pág. 71.

medalla»¹⁴⁷. La perspectiva de *La Vanguardia* fue radicalmente distinta, como bien cabría esperar tras los ejemplos comentados unas líneas más arriba. El titular despojaba a la idea de España toda noción de protagonismo: «Barcelona despide sus Juegos con más de veinte medallas». Es decir, *La Vanguardia* resaltaba los éxitos cosechados por el equipo español —recurriendo de este modo al marco nacionalizador español— pero centraba la atención en Barcelona y su papel de protagonismo absoluto durante los Juegos Olímpicos —ejerciendo de contrapeso en el marco identitario local —¹⁴⁸. La línea editorial del diario barcelonés apoyaba esta idea:

«Los prestigios de Barcelona, Cataluña y España han salido notablemente reforzados de la prueba a que nos sometió el mundo después de confiarnos el privilegio de preparar esta gran fiesta mayor universal que son los Juegos contemporáneos. La imagen de Cataluña y de su capital, Barcelona, no habían alcanzado jamás la proyección internacional lograda en estos últimos quince días. Ciertamente, la inmejorable impresión causada por la organización de esta Olimpiada abarca también a España e, incluso, por extensión, a la Europa del sur y a la Comunidad Europea en general».

La proyección de los Juegos Olímpicos se disparaba: sobrepasaba cualquier marco político e identitario imaginado hasta ahora y venía a representar a la totalidad de la Comunidad Europea, haciendo especial hincapié en los países del sur, de los que España formaba parte. Pero más adelante *La Vanguardia* centraba su preocupación en el efecto que los JJOO tendrían sobre Barcelona y Cataluña, dejando a un lado la figura de España, una vez los fastos de la celebración llegaran a su fin. *La Vanguardia* analiza el futuro de la ciudad condal y de las instalaciones olímpicas, además de la situación financiera del Ayuntamiento de Barcelona en clave comunitaria: se trata de una empresa de todos los ciudadanos de la capital catalana y, por tanto, la reflexión debe ser conjunta. Y también el grado de actuación¹⁴⁹. El marco de pensamiento de *La Vanguardia* quedaba claro, del mismo modo, en el suplemento dedicado a los Juegos Olímpicos: se llevaba la victoria de la selección española a la portada, pero el relato del éxito sólo ocupaba una humilde página, sin referencias grandilocuentes al fervor patriótico de los aficionados presentes en el Camp Nou o a la presencia tumultuosa de banderas rojigualdas; por contra, se ponía el acento en las medallas obtenidas por dos tenistas barceloneses, Jordi Arrese y Arantxa Sánchez Vicario —en compañía de la aragonesa Conchita Martínez—. Las prioridades informativas de *La Vanguardia* caminaban por otros derroteros, y las columnas de opinión que sucedían inmediatamente después a la portada del suplemento tenían como centro de gravedad a la ciudad de Barcelona¹⁵⁰. En todo

147«Apoteosis de las banderas españolas en el Nou Camp», *ABC*, 09/08/1992, pág. 10; y «El Rey, talismán», *ABC*, 09/08/1992, pág. 11.

148«Barcelona despide sus Juegos con más de veinte medallas», *La Vanguardia*, 09/08/1992, pág. 1.

149«El impulso de la Olimpiada», *La Vanguardia*, 09/08/1992, pág. 12.

150*La Vanguardia/Barcelona'92*, 09/08/1992, pág. 2; «Una medalla de plata de buena ley», *La*

caso, *La Vanguardia* había percibido cierta españolización del ideario catalán tras los Juegos Olímpicos. Al día siguiente de la clausura, en la primera crónica del suplemento de Barcelona'92, Bru Rovira, bajo una imagen imponente de la clausura de los JJOO, se preguntaba qué había podido suceder en apenas dos semanas para que España fuera tomada con normalidad dentro del imaginario catalán, citando, entre otros hechos a su juicio sorprendentes, la «naturalidad» con la que el rey Juan Carlos I convivió con el himno catalán durante las galas de apertura y cierre¹⁵¹:

«¿Alguien se atrevería a pronosticar, hace quince días, que se oirían los gritos de 'España, España' en el Nou Camp, en la catalana Terrassa o en las Piscinas Picornell mientras luchan nuestros waterpolistas? Curiosa experiencia, estos juegos: se empezó temiendo por la falta de catalanidad y algunos dicen que se ha acabado españolizando Cataluña. Euforia de medalla. Euforia organizativa. Euforia política. Queda para los sociólogos —y los psicólogos— explicar este juego de conversiones en sólo dos semanas. Los atletas españoles ondean banderas regionales o de su pueblo, las emisoras de aquí empiezan a hablar del equipo español y poco a poco dejan de dar la paliza sobre la catalana Arantxa o el catalán Guardiola».

Precisamente Guardiola protagonizaba la portada de *Mundo Deportivo*: lo acontecido en el Camp Nou y en el estadio olímpico constituía un éxtasis¹⁵². ¿Nacional? Se parecía bastante:

«En poco menos de 15 días, la España deportiva ha pasado de la prehistoria al año 2000. Hoy hasta resulta difícil retener en la memoria las medallas conquistadas por los deportistas españoles. Ayer ya se contabilizaban veinte».

El deporte español estaba de enhorabuena y *Mundo Deportivo* se congratulaba de ello, caminando en un difícil equilibrio entre la personalidad de los deportistas catalanes y la identidad nacional española. *Mundo Deportivo* no tuvo reparos en caer en la succulenta tentación de explicar el oro del fútbol español viajando en el tiempo setenta años: concretamente a Amberes. La selección española había remontado en el último minuto con un gol de Kiko y ante tamaña demostración de nervio y coraje, *Mundo Deportivo* se volvía a rendir al tópico de la furia: «Vuelve la furia para ganar la medalla de oro». La identidad deportiva de la selección no había cambiado un ápice desde 1964: «En el momento quizá más mercantilizado del balompié mundial, la furia ha vuelto a vestirse de rojo». Una vuelta a las esencias bienvenida por *Mundo Deportivo* tanto en su crónica particular

Vanguardia/Barcelona'92, 09/08/1992, pág. 3; «Gigi, Joe y otras chicas del montón», *La Vanguardia/Barcelona'92*, 09/08/1992, pág. 4.; y «El Camp Nou aupó al campeón», *La Vanguardia/Barcelona'92*, 09/08/1992, pág. 15.

151 «Fuego en el corazón y la memoria», *La Vanguardia/Barcelona'92*, 10/08/1992, pág. 3.

152 «Éxtasis 92», *Mundo Deportivo*, 09/08/1992, pág. 1.

del partido como en el resumen general de la jornada: «Y Quico, Guardiola, Ferrer, Toni, Berges, en un Camp Nou abarrotado —95.000 espectadores— y con banderas españolas. Superando a los legendarios de Amberes, con sus mismas armas, la furia y el coraje». *Mundo Deportivo* se felicitaba por el regreso de la furia y su columnista Tomás Guasch iba más allá y trazaba un símil histórico en base a las proezas de Rodrigo de Návárez, «guerrero que defendió heroicamente contra los moros la ciudad de Antequera». El periodismo español entraba de nuevo en los símiles que remitían a la gloria pasada de España, para orgullo de todo lector o aficionado al fútbol. El periodista hilaba fino: Kiko se apellidaba Narváez, al igual que el guerrero en cuestión, y él había sido «el hombre de nuestro fútbol olímpico, la espada que ha vencido a moros y cristianos». Y terminaba su pequeña columna así: «Ojalá nos haya nacido una nueva era. Furiosa». Como furioso era el espíritu de las gargantas, «ya afónicas por el esfuerzo», del Camp Nou: un festival multicolor en el que «se alzaron senyeres y banderas españolas». Para *Mundo Deportivo*, las dos identidades podían compartir espacio unidas por un mismo motivo: el regreso de la furia y, siguiendo los pasos de *ABC*, la presencia del «talismán», del rey Juan Carlos I, que aquella noche fue «el Rey de oro» y cuya presencia animó tanto a la grada como a los futbolistas sobre el terreno de juego¹⁵³. La apoteosis deportiva encontraba su espejo en la euforia patriótica, recurriendo tanto a viejos elementos del discurso de cohesión identitaria —la furia, el temperamento español— como a nuevos —el progreso, la nueva España democrática, el rey, la convivencia de distintas identidades—, y se ponía un broche de oro, de este modo, a dos semanas de deporte y exaltación nacional.

Los cinco Tour de Francia de Indurain: el primer referente

Miguel Indurain fue el primer ciclista en la historia en conseguir cinco Tour de Francia consecutivos¹⁵⁴. La gesta tuvo una resonancia mayúscula en la prensa deportiva y generalista española: Indurain era el mejor ciclista del mundo, uno de los mejores ciclistas de la historia y el primer referente deportivo de la historia de España. Atrás quedaba cualquier otra victoria o éxito nacional en cualquier modalidad: nada ni nadie se podía comparar con el ciclista navarro, cuya gesta no encontraba ecos en la historia del deporte moderno. Y mucho menos en el español. Ni Bahamontes, ni Ocaña ni Pedro Delgado, anteriores vencedores en la ronda gala, podían compararse en grandilocuencia y talento a Miguel Indurain. Cuando Indurain se vistió de amarillo por enésima vez en julio de 1995, la prensa española ya tenía claro que la proyección icónica y simbólica de Indurain sobrepasaba con creces la que hubiera podido tener cualquier otro deportista nacional con

¹⁵³Véase «Cacho y el fútbol desatan más éxtasis», *Mundo Deportivo*, 09/08/1992, pág. 2; «Vuelve la furia para ganar la medalla de oro», *Mundo Deportivo*, 09/08/1992, pág. 12; «Narváez, el Bueno», *Mundo Deportivo*, 09/08/1992, pág. 13; y «Un Rey de oros en un Camp Nou mágico», *Mundo Deportivo*, 09/08/1992, pág. 14.

¹⁵⁴Para consultar los resultados obtenidos por Indurain en el Tour de Francia de 1995, véase la página oficial del Tour de Francia. [<http://www.letour.fr/HISTO/us/TDF/1995/index.html>], consultado por última vez el 28/10/2013 y <http://www.letour.fr/le-tour/2014/us/history/>, consultado por última vez el 28/10/2013]

anterioridad. Tanto *ABC* como *Mundo Deportivo* como *La Vanguardia* llevaron su primer maillot amarillo de aquella edición a su portada¹⁵⁵. *ABC* consideraba la gesta de tal magnitud, aún sin haberse completado apenas la mitad de la competición, que Indurain protagonizaba parte de su editorial del día. Para el diario monárquico, Indurain era cada día un ciclista más perfecto, un dominador absoluto y un auténtico intimidador capaz de desatar «el terror» entre sus rivales. No obstante, se reservaba la posibilidad de que, contra todo pronóstico, Indurain no llegara de amarillo a París¹⁵⁶. Las expectativas se habían disparado por todo lo alto. Todavía no había nada ganado, tal y como recogía el periódico ya en su sección deportiva, pero *ABC* comparaba la victoria de Indurain en la primera contrarreloj de aquella edición con algunas de sus memorables exhibiciones en ediciones anteriores¹⁵⁷. *Mundo Deportivo* recordaba que en ediciones previas las victorias de Indurain en la contrarreloj se traducían en triunfos generales en el Tour de Francia. La ocasión permitía redundar en la hegemonía del ciclista navarro: Indurain no sólo era superior a sus rivales, sino «un campeón de leyenda», un «elegido» capaz de «intuir que sus adversarios están flojos» y de resistir más que los demás. Restaban todavía muchas etapas, pero «la afición» podía «relamerse de gusto, porque el Tour está abierto de par en par». *Mundo Deportivo* también recogía las opiniones de la prensa nacional e internacional sobre Indurain, quien era comparado con Eddy Merckx, probablemente el ciclista más afamado de la historia, y destacaba el patinazo de *L'Equipe* a la hora de pronosticar el resultado de lo sucedido el fin de semana. Según el diario deportivo, su homólogo francés no era capaz de valorar de manera adecuada la figura de Indurain, quien quedaba empequeñecido en sus apuestas previas a la contrarreloj ante sus rivales Berzin, Jalabert o Rominger. Un recurso habitual, por otro lado y como ya se ha visto en páginas anteriores, de la prensa española para ensalzar la imagen del deportista propio o para dibujar un enemigo proveniente del extranjero —sea deportista o no—¹⁵⁸.

Idéntica perspectiva tomó *La Vanguardia* tras la victoria definitiva de Miguel Indurain en la segunda y última contrarreloj del Tour de Francia, dos semanas después. Tan sólo restaba un día para el fin de la ronda gala e Indurain había ganado la etapa, afianzando su liderato y confirmando definitivamente su quinto Tour de Francia consecutivo. La gesta parecía impresionante, pero *La Vanguardia* reprochaba a la prensa francesa su escaso entusiasmo ante un hecho tan inusual: «*L'Equipe* no esconde las críticas al navarro en su artículo principal, en la página 2, en el que se comenta su entrada en la historia, 'evidente, pero amortiguada'». *La Vanguardia* recogía las críticas de los periodistas franceses al campeón español: no había ganado ninguna etapa en línea e Indurain, por tanto, carecía de «una cierta dimensión». De forma implícita, el diario barcelonés reproducía la

155 Véase «Indurain avanza imparable hacia su quinto Tour», *ABC*, 10/07/1995, pág. 1; «Líder», *Mundo Deportivo*, 10/07/1995, pág. 1; y «Indurain llega líder a los Alpes», *La Vanguardia*, 10/07/1995; pág. 1.

156 «Vestido de amarillo», *ABC*, 10/07/1995; pág. 17.

157 Véase «'Todavía no hay nada ganado'» y «Así marca las diferencias», *ABC*, 10/07/1995, pág. 67.

158 Véase *Mundo Deportivo*, 10/07/1995, pp. 1-9.

imagen que Mundo Deportivo ya había perfilado: el enemigo externo, esta vez en forma de prensa francesa, cuyos redactores no parecían capaces de comprender en toda su magnitud la grandeza de Indurain —y por ende la totalidad del público francés, basta observar la generalización nacional del titular, donde se habla de «los franceses»—. No en vano, La Vanguardia dedicó prácticamente una página entera al debate generado en L'Equipe¹⁵⁹. Una extensión que se complementaba con la crónica de la victoria final de Indurain y reportajes variados, incluyendo una fotografía en la primera página del diario¹⁶⁰.

La confirmación definitiva del triunfo de Indurain, el quinto consecutivo, plagó de paralelismos nacionales y llamadas al orgullo las crónicas de los cuatro diarios analizados en este trabajo. *El País* dedicó en su editorial grandilocuentes palabras a Miguel Indurain, y lo perfiló como un ejemplo a seguir en una sociedad ruidosa y alterada, dada su naturalidad y tranquilidad ante los medios de comunicación y sobre la bicicleta¹⁶¹:

«En un país tan dado a la verborrea, al gesto fatuo, al protagonismo gritón y trivial como el nuestro, la labor profesional de este hombre tranquilo que ha entrado en la gloria del ciclismo y es ya sin duda el mejor deportista español de todos los tiempos no es sólo una inmensa alegría para todos sus compatriotas, es sencillamente un orgullo. Porque tras los éxitos de este joven navarro se adivina una moral del esfuerzo, una vocación por el rigor y la superación personal y una sobriedad y modestia que podían parecer valores ya extintos en este país, sometido permanentemente a la histeria».

Indurain, al contrario que otros deportistas exitosos en el pasado, no era presentado como el depositario de las esencias de la identidad española. Al contrario, *El País* proponía una nueva vía: partir de sus atributos hacia un nuevo modelo de nación y de españolidad. La «moral del esfuerzo», el «rigor» o la «superación personal» debían ser metas a conseguir por el resto de sus compatriotas. *El País* articulaba su discurso nacionalizador en torno a variables poco clásicas para el nacionalismo español, pero proponía igualmente un modelo óptimo de españolidad basado en los nuevos tiempos y el futuro. El éxito total del ciclista navarro trascendía de nuevo lo deportivo y se presentaba como un faro acaso moral dentro de la sociedad española. Indurain aparecía dibujado como el hombre ideal. Sus atributos iban desde la «sabia economía del esfuerzo» hasta «el dominio intelectual», pasando por la «honradez consigo mismo y con su entorno», «la mejor ambición» y un «sano

159«Los franceses reconocen sin entusiasmo el aplastante dominio de Indurain», La Vanguardia, 23/07/1995, pág. 43.

160Véase «Indurain vuela hacia el olimpo», La Vanguardia, 23/10/1995, pág. 1; «Indurain estuvo como siempre», La Vanguardia, 23/10/1995, pág. 41; y «Indurain: 'Que nadie me hable del sexto Tour porque quiero disfrutar del quinto'», La Vanguardia, 23/10/1995, pág. 42.

161«El orgullo Induráin», *El País*, 24/10/1995. [http://elpais.com/diario/1995/07/24/opinion/806536807_850215.html, consultado por última vez el 28/10/1995]

sentido común». El «carácter» y unos «sólidos principios en la formación de la personalidad» hacían de Indurain el gran campeón que era, y *El País* aprovechaba su particular personalidad para emitir un mensaje moralizante para el resto de la sociedad —y también nacionalizador, en tanto que transmitía un mensaje unitario de atributos a obtener para la identidad nacional del país y de todos los españoles—, quien no había prestado la atención que merecía a tan grandes virtudes. «Por eso hay que felicitar a Indurain por su quinto Tour. Esperamos felicitarle por el sexto. Y tenemos que felicitarnos todos por él», remataba el editorial del diario. *El País* jugaba con la ambivalencia también en páginas anteriores: hacía de Indurain un ejemplo para los españoles pero no le dotaba de liderazgo generacional; le señalaba como un producto natural del progreso deportivo del país, pero le reservaba una parcela de trabajo individual al margen del sistema. «Nos pertenece, pero no nos pertenece», llegaría a escribir el cronista. Esta figura ambigua rompía, quizá por primera vez, con los clichés asociados a la españolidad y a los deportistas españoles: en Indurain no residía la furia, ni la rabia, ni el golpe de genialidad. Su principal virtud era el trabajo metódico, y la humildad y el saber estar su seña de identidad. Al igual que en la editorial, esta particularidad de Indurain se proyectaba, como un deseo, hacia el resto de la sociedad española y del deporte nacional. Contrapuesto al fútbol, protagonista total de la vida diaria de los españoles, Indurain proponía «un nuevo estilo: la buena administración de los recursos, el trabajo bien hecho, el método y, además de todo ello, el espíritu necesario para perseguir los grandes objetivos». ¿Hablaba el redactor del futuro del deporte español o de España misma? Indurain podía ser una isla en el proyecto deportivo nacional, pero debía erigirse como referente para los años venideros dados sus atributos intrínsecamente positivos y, por qué no decirlo, adecuados a los tiempos modernos de la España que debía ser moderna¹⁶².

ABC, naturalmente, observaba la victoria de Indurain desde otro punto de vista. Por lo pronto, su éxito sí podía entroncarse, a modo de epílogo brillante y dorado, en lo más hondo de la tradición deportiva española: él se ubicaba en lo más alto, por encima de nombres como Paco Gento, Federico Martín Bahamontes, Manuel Santana, Seve Ballesteros o Pedro Delgado. El día en que Indurain debía cruzar la meta de París y coronarse como uno de los mejores ciclistas de todos los tiempos, ABC construía su portada en torno a la figura imponente de Indurain y su mirada al infinito sobre la bandera de España. Por encima el montaje se sobreponía el titular: «La mayor hazaña de la historia del deporte español». El diario no tenía reparos en identificar a Indurain con España, y a su victoria con un éxito compartido por toda la nación¹⁶³. El mensaje se repetía un día más tarde: «Indurain, el mejor deportista español de todos los tiempos». ABC moldeaba el referente a su antojo: Indurain no era únicamente el mejor deportista español de todos los tiempos, sino que rivalizaba, cuando no superaba, a Anquetil, Hinault y Merckx, los otros tres ciclistas que subieron a

162«Un campeón sin límites», *El País*, 24/07/1995.

163«La mayor hazaña de la historia del deporte español», ABC, 23/07/1995, pág. 1.

lo más alto del Tour de Francia en cinco ocasiones, si bien ninguno de ellos lo hizo consecutivamente¹⁶⁴. Miguel Indurain había roto todos los esquemas del ciclismo y su nueva meta, los seis *Tours*, de cuya consecución ya parecía alardear ABC, no tenía referentes en la historia¹⁶⁵. Más adelante, el propio Federico Martín Bahamontes hablaba de «siete Tours» y se recogían los elogios a Indurain de algunas personalidades relevantes del mundo ciclista. La resonancia internacional del ciclista navarro era exhibida con orgullo por ABC. Matías Prats, uno de sus columnistas, hablaba del «estilo Induráin». Tanto ABC como *El País* incidían por igual en la personalidad del atleta de Villaba: su carácter era elogiado hasta el paroxismo en las páginas del medio conservador¹⁶⁶:

«Miguel Induráin no solo es un ciclista excepcional, el mejor del mundo por ahora, nacido en Villaba, Navarra, España, una gloria nacional en lo deportivo, sino que es, además, un arquetipo, un modelo original, un tipo duro en lo biológico, que parece hecho, mejor dicho, creado, como signo de lo mucho a lo que puede aspirar ese animal hambriento de perfección que es el hombre».

El estilo Indurain, el de un hombre que parecía representar un modelo ético prácticamente perfecto, debía ser querido «para nosotros y para mucha gente de nuestro país». Indurain era presentado otra vez como un referente moral, como el espejo en el que debían mirarse muchos españoles para que descendiera, de este modo, «el censo de los opinantes vacuos, los pretenciosos, los parlanchines, los hechiceros y los engallados». Indurain era «uno de esos españoles armónicos, sordo a los cantos de sirena, incapacitado para dar un mítin en parte alguna, que no le gusta alterarse, quizá porque intuya que en la violencia a uno mismo está el germen de la violencia a los demás». En definitiva, un hombre cuya «esencia» era al mismo tiempo «estilo», y cuyos indudables y exagerados atributos debían servir como modelo ético aceptable para el resto de la sociedad española. El referente deportivo transcendía así lo meramente atlético y se asentaba en lo más profundo, a ojos de Matías Prats, de la sociedad española. Esta idea cobraba toda su forma y se expresaba con la mayor intensidad posible en boca de Antonio Garrigues, quien hablaba directamente de «Indurainizar España». Los valores que se presuponían a Indurain debían servir, necesariamente, para depurar la vida pública española. Uno de los muchos atributos del ciclista navarro, la profesionalidad, parecía una quimera, en palabras de Garrigues, en España¹⁶⁷:

«[la profesionalidad] tema especialmente serio en un país como el nuestro, materialmente

164«Induráin, el mejor deportista español de todos los tiempos», ABC, 24/07/1995, pág. 1

165«El sexto sentido para el Tour», ABC, 24/07/1995, pág. 65; «Clamor en Villava: '¡Ya falta menos para el sexto!'» y «Trabajar para el siguiente», ABC, 24/07/1995, pág. 69.

166«Un hombre verdadero» y «El 'estilo Induráin'», ABC, 24/07/1995, pág. 72.

167«Indurainizar España (1995)», ABC, 24/07/1995, pág. 73.

inundado de individuos incompetentes que disfrazan su incultura, su falta de preparación y, en definitiva, su radical incapacidad mintiendo, gritando, amenazando y comprando voluntades. Hay que cambiar a toda prisa unos sistemas y unos mecanismos de valoración que favorecen la selección automática de los mediocres, de los tramposos y de los irresponsables».

Lejos quedaban ya las felices identificaciones deportista-nación del franquismo o el optimismo generalizado durante los Juegos Olímpicos. En 1995 España atravesaba una vez más un difícil contexto económico y una convulsa situación política y social, y en tales circunstancias Indurain, un ciclista capaz de ganar el Tour de Francia durante cinco años seguidos, no podía responder a la imagen del país. Debía ser al contrario: España tenía que construirse en torno a los atributos positivos de Indurain. Garrigues denunciaba «la creciente distancia de nuestra vida pública frente a lo que podríamos denominar 'el modelo Induráin'». Según el escritor, España se encontraba descabezada, sin referentes a los que encomendarse para evitar la «italianización» del país. En este sentido, «quienes pretendan alcanzar un liderazgo tendrán que llegar a ser 'nuestro mejor yo'. Eso es exactamente lo que es Induráin, el ganador del Tour 1996». Desconocemos si esta última frase, referida a 1996, se trata de un error o de una premonición. No es lo relevante, en todo caso. Garrigues definía en su artículo una españolidad modelo —«nuestro mejor yo»— en torno a Miguel Indurain y sus virtudes humanas y deportivas. El resto de españoles, desde la clase política hasta el conjunto de los votantes, podía encontrar en el navarro una suerte de guía espiritual para mejorar el país y hacer de España un lugar mejor. Se trataba de una nacionalización de las masas diferente, qué duda cabe, a las observadas hasta ahora, y generalmente radicadas en el orgullo por la identidad nacional compartida con el campeón, pero una nacionalización al fin y al cabo. ABC y *El País*, en gran medida, promovían iconos nacionales y redefinían la identidad española en torno a un modelo concreto, el de Indurain, que debía servir para depurar el país y para proyectar una mejor imagen de España hacia el futuro.

Conclusiones

Del gol de Zarra a la eclosión de Miguel Indurain como estrella rutilante del deporte español terciaron cuarenta y cinco años. Cuatro décadas y media de éxitos puntuales y sinsabores frecuentes. A partir de la década de los noventa, favorecidos por el impulso insoslayable de los Juegos Olímpicos de Barcelona, los deportistas españoles comenzarán a destacarse en diversas disciplinas que antes parecían vedadas. A partir del siglo XXI, el deporte español sencillamente estallará y se ubicará a la altura de los países históricamente punteros en diferentes modalidades como el tenis en cualquiera de sus superficies, el ciclismo en ruta en cualquiera de sus especialidades, el baloncesto, el balonmano, la Fórmula 1, la natación sincronizada, el motociclismo y un sinfín de modalidades deportivas en las que España, tras años de sequía, comenzaría a ser competitiva. Lejos quedan aún las 22 medallas de Barcelona'92, pero más lejos parecen las escasas cosechas que la delegación nacional recogía cada cuatro años antes de la cita en la ciudad condal. Todo esto, sin embargo, es un pasado más reciente al que el propósito de este trabajo no alcanza a analizar. Lo hubiera deseado, en cualquier caso: no creo que exista campo más prolífico para el análisis de los discursos patrióticos en torno al deporte español que el siglo XXI, en plena ebullición económica del país, crecimiento exponencial de la difusión de la prensa escrita y otros medios comunicativos y estallido sonoro de los éxitos deportivos españoles. Pero de eso habrá de ocuparse otro trabajo en el futuro. Lo aquí presentado resume, esencialmente, a la España que trató de asomarse al mundo del deporte profesional sin demasiado éxito, demasiado dependiente de los éxitos individuales, eternamente atrasada respecto a sus homólogos europeos.

Ese contexto deportivo alcanza tanto a la dictadura franquista como a los primeros años de democracia tras la muerte del dictador Francisco Franco. El deporte se asentó definitivamente como fenómeno de masas en la segunda mitad del siglo XX, y fue entonces cuando se postuló como una herramienta propicia para la nacionalización de las masas. Como se ha visto, este hecho no es únicamente propio de la dictadura: también en democracia, ya fuera durante los Juegos Olímpicos o a raíz de los éxitos de Miguel Indurain en las carreteras francesas, el deporte sirvió de vehículo óptimo para transmitir un ideal de españolidad y una imagen a menudo positiva y optimista del país. Uno de los objetivos primordiales de este trabajo era salirse del marco de análisis del franquismo, dado que, en cierto modo, obstruía una visión más general del deporte como instrumento nacionalizador. Sin duda, los éxitos de la selección española de fútbol, de Manolo Santana y de Federico Martín Bahamontes fueron instrumentalizados por el franquismo a diferentes niveles. España, por ejemplo, vencía al comunismo por segunda vez, guiada por Francisco Franco, en la final ante la Unión Soviética disputada en 1964. Bahamontes representaba el espíritu del español pobre, terco, resistente, humilde pero de genio fugaz, imprevisible y sufridor. Las victorias de

Santana fueron identificadas con el porvenir de España en los países anglosajones, y su papel como líder indiscutible del equipo de la Copa Davis permitió a todos los españoles sentirse orgullosos de sus compatriotas al otro lado del planeta. Pero, de algún modo, la creación de relatos nacionalistas en torno a hechos deportivos no resulta tan sorprendente, a priori, si hablamos de un régimen autoritario como la dictadura franquista. Los estudios hasta ahora publicados se han centrado en demasía en este aspecto, cerrando la puerta a otras posibilidades. Pudiera parecer que tan sólo las dictaduras o los regímenes autoritarios podían instrumentalizar a sus deportistas para transmitir ideales de nacionalidad o identidades sociales. Nada más lejos de la realidad.

El camino por recorrer en este sentido aún es largo, pero podemos decir que no es exactamente así. Tanto los Juegos Olímpicos de Barcelona como los triunfos de Indurain sirvieron para desarrollar relatos nacionalistas y patrióticos. Los medios de comunicación libres de la democracia ejercieron un papel semejante, en este sentido, al de los medios de comunicación subyugados por el aparato franquista. Tanto durante uno y otro periodo las victorias españolas eran motivo de orgullo, y los deportistas españoles aspiraban a representar modelos de conducta, de pensamiento y de identidad nacional para el resto de sus compatriotas. Nada de esto es tan especial del franquismo como a priori podríamos pensar: los discursos en democracia son más sutiles, están dotados de mayor elegancia y no caen en el burdo patriotismo —no siempre—, pero en última instancia persiguen objetivos similares. Cada uno desde su punto de vista, por descontado: *El País* presentó los Juegos Olímpicos de Barcelona como una vía para la modernización del país y para mejorar la imagen del mismo en el extranjero, actualizando la visión que el resto del mundo podía tener de España a su realidad política y social, totalmente renovada tras el fin de la dictadura y la llegada de la democracia; *La Vanguardia* optó por amalgamar diversas identidades —locales, regionales y nacionales— en una cobertura equidistante, repleta de referencias al catalanismo pero también al encuadre de Barcelona y Cataluña en España; *Mundo Deportivo* no perdió de vista sus raíces catalanas pero tampoco se resistió a celebrar los triunfos de los deportistas españoles en clave nacional-española; y *ABC* aprovechó la imagen proyectada por Barcelona'92 para realzar la figura de España sobre el nacionalismo catalán y desarrollar un discurso patriótico y vigoroso en torno a la idea de España como nación. Esta pluralidad de visiones no se daba en el franquismo, donde la mayor parte de los medios de comunicación reproducían estereotipos más o menos canónicos en torno a la figura individual de Bahamontes y Santana y alrededor de la selección española de fútbol, depositaria de las esencias de la españolidad gracias a su furia, a su genio irregular y a su pundonor. En definitiva: los discursos se actualizaron y se transformaron, pero nunca se apagaron. Los medios de comunicación, tanto durante el franquismo como después, transmitieron nación. Comunicaron España. Trataron de hacer patria y de hacer españoles. ¿Lo consiguieron? La respuesta a esta pregunta no era objeto de este trabajo, pero sin duda sería interesante conocerla en el futuro.

Bibliografía

- ABADÍA, Sixte; PUJADAS, Xavier: «Deporte y democratización en la España contemporánea: apuntes para un estudio», *Cultura, Ciencia y Deporte*, Murcia, núm. 2, 2005, pp. 51-56.
- AIZPURU, Mikel: «Sobre la astenia del nacionalismo español a finales del siglo XIX y a principios del XX», *Historia contemporánea*, Núm. 23, 2001, pp. 811-849.
- ÁLVAREZ JUNCO, José: *Máter dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.
- «Los 'amantes de la libertad'. La cultura republicana española a principios del siglo XX», en TOWNSON, Nigel (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 265-292.
- ANDERSON, Benedict: *Comunidades imaginadas : reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- ARCHILÉS, Ferran: «Melancólico bucle. Narrativas de la nación fracasada e historiografía española contemporánea», en SAZ, Ismael; ARCHILÉS, Ferran (eds.), *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011, pp. 245-330.
- BERTOMEU, Jordi: *Transformación de clubes de fútbol y baloncesto en Sociedades Anónimas Deportivas*, Madrid, Civitas, 1993.
- BILLIG, Michael: «El nacionalismo banal y la reproducción de la identidad nacional», *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 60, núm. 1, ene.-mar., 1998, pp. 37-57.
- CANTARERO ABAD, Luis: «La construcción de representaciones sociales a través del discurso textual: el club de fútbol del Real Zaragoza», en CANTARERO ABAD, Luis, ÁVILA, Ricardo (coords.): *Ensayos sobre deportes: perspectivas sociales e históricas*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2007, pp. 143-178.
- CAZORLA Prieto: *Deporte y Estado*, Pamplona, Thomson Reuters Aranzadi, 2013.
- COLOMÉ, Gabriel: «La Olimpiada Popular de 1936: deporte y política», *Working Papers: Institut de Ciènces Polítiques i Socials*, núm. 264, 2008.

- COLOMER RUBIO, Juan Carlos: «'El regionalismo bien entendido'. Una política de construcción nacional», en SAZ, Ismael; ARCHILÉS, Ferran (eds.), *La nación de los españoles: discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea*, Valencia, Publicacions de la Universitat de Valencia, Rústica, 2012, pp. 379-393.
- DE RIQUER, Borja: «La débil nacionalización española del siglo XIX», *Historia Social*, núm. 20, 1994, pp.97-144.
- DÍAZ NOCI, Javier: «Los nacionalistas van al fútbol. Deporte, ideología y periodismo en los años 20 y 30», *ZER Revista de estudios de comunicación*, 9 (2000), pp. 357-394.
- FORCADELL, Carlos; SALOMÓN, Pilar; SAZ, Ismael (eds.): *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, Rústica, 2009.
- FUSI, Juan Pablo, *España, la evolución de la identidad nacional*: Madrid, Temas de Hoy, 2000.
 ---«Los nacionalismos y el Estado español: el siglo XX», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. 22, 2000, pp. 21-52.
- GELLNER, Ernest: *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza, 2008.
 ---*Cultura, identidad y política : el nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, Barcelona, Gedisa, 1998.
- GONZÁLEZ AJA, Teresa (ed.): *Sport y autoritarismos: la utilización del deporte por el comunismo y el fascismo*, Madrid, Alianza, 2002.
 ---«La política deportiva en España durante la República y el Franquismo», en GONZÁLEZ AJA, Teresa (ed.): *Sport y autoritarismos: la utilización del deporte por el comunismo y el fascismo*, Madrid, Alianza, 2002, pp. 169-203.
- HOBBSBAWM, Eric: *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1992.
- LLOPIS GOIG, Ramón: «Clubes y selecciones nacionales de fútbol. La dimensión etnoterritorial del fútbol español», *Revista internacional de Sociología (RIS)*, vol. LXIV, 45 (2006), pp. 37-66.
- LÓPEZ DÍAZ, Carlos Jesús: «España en los Juegos Olímpicos de Helsinki 1952. La utilización del deporte y la prensa por el franquismo», *AGON International Journal of Sport Sciences*, 2(1) (2012), pp. 33-46.

- ORTEGA Y GASSET, José: *España invertebrada: bosquejo de algunos pensamientos históricos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1999.
- QUIROGA, Alejandro: «La nacionalización en España, una propuesta teórica», *Ayer*, núm. 90, 2013, pp. 17-38.
- SAZ, Ismael; ARCHILÉS, Ferran (eds.): *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011.
- La nación de los españoles. Discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea*, Valencia, Publicacions de la Universitat de Valencia, Rústica, 2012.
- SANZ HOYA, Julián: «De la azul a 'la roja': fútbol e identidad nacional española durante la dictadura franquista y la democracia», en SAZ, Ismael, ARCHILÉS, Ferran (eds.): *La nación de los españoles. Discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea*, Valencia, Publicacions de la Universitat de Valencia, Rústica, 2012, pp. 419-437.
- SHAW, Duncan: *Fútbol y franquismo*: Madrid, Alianza, 1987.
- SIMÓN SANJURJO, Juan Antonio: «Fútbol y cine en el franquismo: la utilización del héroe deportivo en la España de Franco», *Historia y Comunicación Social*, vol. 17, 2012, pp. 69-84.
- SMITH, Anthony D., *Las teorías del nacionalismo*: Barcelona, Ediciones Península, 1976.
- Nacionalismo: teoría, ideología, historia*, Madrid, Alianza, 2004.